

478

Emilia B
Emilia Rial Bile

PSOL-1/0007

C VIII

SIMON DE MARI

MERCADER FORASTERO

OBRA INSCRITA SO. FRENTE

LIBRO DE LA BIBLIOTECA

Por el Sr. D. JOSE SOL...
de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales...
de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales...
de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales...



LIBRERIA...

LIBRO DE JOSE SOL...

SIMON DE NANTUA
Ó EL
MERCADER FORASTERO

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS,

POR

M. I. P. DE JUSSEAU

que obtuvo el premio costeado por un anónimo y propuesto por la sociedad de instruccion elemental en favor del mejor libro destinado para la enseñanza del pueblo, de las ciudades y de las aldeas, y una medalla de oro añadida á este premio por la sociedad.

TRADUCIDO POR



BERIDA.

IMPRESA DE JOSE SOL AÑO 1846.

SIMON DE MANTUA

9 11

MERCADER TORASTERO

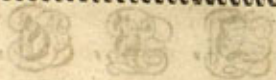
OBRA ESCRITA EN FRANCIA

101

M. J. S. DE MANTUA

~~~~~  
Deseo, amigos míos, que seáis sabios y felices. Cap. 58.

~~~~~



DEBIDA

IMPRESO EN MADRID EN LA OFICINA DE JOSE SOL



**AL SEÑOR DUQUE
DE LA ROCHEFOUCAULD,
PAR DE FRANCIA.**



ESTRATO

V. E. se ha hecho el órgano de aquel amigo del bien público cuya generosidad ha costado el premio que esta obra ha tenido la dicha de obtener, Era natural, Excelentísimo Sr., que yo desease ofrecer este trabajo à aquel que ha sido de este modo su primer autor. Aunque él haya querido cubrirse con un velo que yo he debido respetar, mis deseos, sin embargo, quedan cumplidos toda vez que V. E. me permite poner al frente de mi obra un nombre que la Francia y la Europa veneran, que uno está acostumbrado à ver inscrito al frente de todas las instituciones útiles y que está en posesion del reconocimiento nacional.

Este libro es destinado á la clase interesante á cuyo favor V. E. ha consagrado tantos cuidados, la cual al ver en él el nombre de V. E. quedará convencido de que nos hemos ocupado de su felicidad y escuchará con mas confianza algunas lecciones útiles. Si esta obra en fin consigue producir algun bien, todavía será V. E. el que le habrá producido, dignándose aceptar este débil obsequio de una gratitud infinita. Quedo de V. E. su mas atento seguro servidor—L. P. de Jussieu.

EXTRACTO

del programa adoptado por la sociedad de la instruccion elemental en su sesion del 20 de febrero de 1817.

Habiendo un anónimo hecho ofrecer á la sociedad una suma de mil francos, para un premio que hubiese de adjudicarse á una obra destinada al uso del pueblo y que mejor llenase las condiciones que ha indicado el mismo anónimo, la sociedad acepta esta oferta y decreta lo siguiente:

La sociedad adjudicará un premio de mil francos á la mejor obra elemental en que se delinearen con sencillez, precision y sabiduria

los principios de religion cristiana, de moral, de prudencia social, que deben dirigir la conducta de los hombres en todas las condiciones, instruirlos de los deberes que les imponen las cualidades de padre, de hijo, de marido, de ciudadano, de súbdito, de amo ó de operario, que les demostren la influencia positiva que tiene en su dicha el cumplimiento de todos estos deberes: que les hiciere sentir las ventajas que trae á la Francia el principio sagrado de la legitimidad y los beneficios de la carta constitucional, que les penetren en fin de la necesidad que hay de que todos se sometan á las leyes para que cada uno pueda gozar completamente de los bienes de la libertad y de la propiedad.

Esta obra no podrá pasar de 250 páginas impresas, ni contener menos de 200, y deberá dividirse en capitulos cortos.

El premio se adjudicará en una asamblea pública de la sociedad para la cual está señalado el 28 de febrero de 1818.

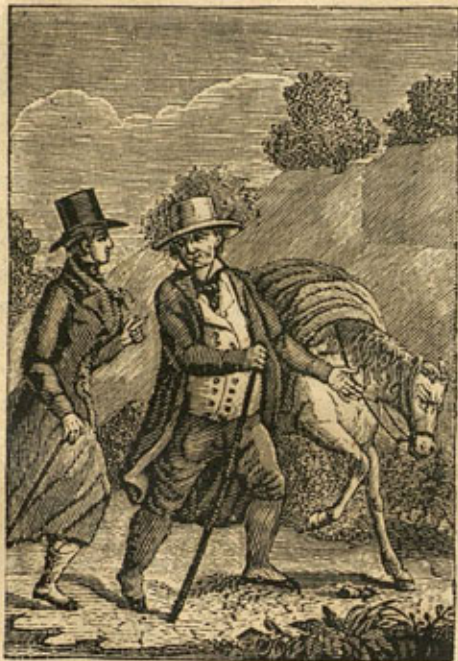
Firmado.—El Abate Gaultier.—El baron de Gerando

ESTRACTO

de los registros de los expedientes verbales de la sociedad de instruccion elemental. Sesion general del 28 de febrero de 1818.

El señor conde de Dondeanville leyó un informe sobre un concurso abierto para la mejor obra de moral para el uso del pueblo y la adjudicacion del premio obtenido con arreglo á los deseos del anónimo que lo ha depositado. El premio ha sido adjudicado por unanimidad de votos á la obra titulada Simon de Nantua, cuyo autor es M. L. P. de Jussieu. Pero habiendo parecido á la sociedad digna de aprecio otra obra, el señor Duque en nombre de la comision especial propone que se conceda al autor que se sabe que es el señor Ronouard hijo, una medalla de oro igualmente que á M. de Jussieu á quien está adjudicado el solo premio de que disponia la sociedad. Por copia conforme.— El secretario general. — Firmado. El Baron de Gerando.





Tenia ojos perspicaces y fino oído; habia visitado muchos países, hablado con muchas gentes, y oído muchas cosas.

SIMON DE NANTUA

ó EL

MERCADER FORASTERO.

CAPITULO I.

Quien es Simon de Nantua.

«Piedra movediza nunca moho la cobija,» dice un antiguo proverbio, que yo he oído repetir frecuentemente á mi abuelo: que es como si dijéramos que uno no se enriquece mucho mudando de lugar y corriendo el mundo. Así es que el tío Simon de Nantua que hacia ya cuarenta años que iba viajando de feria en feria con un caballo cargado de dos grandes banastas llenas de mercancías, no se habia enriquecido mucho con este oficio, pero habia adquirido esperiencia que vale oro: porque tenia ojos perspicaces y fino oído: habia visto muchos países, muchas gentes, y oído muchas cosas. Su memoria era escelente, de modo que se acordaba muy bien de todo

esto; y como la naturaleza le habia dotado de un buen sentido y de un espiritu recto, podia dar buenos consejos á todo el mundo. En efecto no los escaseaba á nadie, y no habia para él mayor placer que la conversacion ni habria sido mucho que hasta le tuviesen por un poco hablador. Esto no quita que los que le escuchaban no sacasen provecho de ello, porque puede decirse, que el que oye muchas veces emplea mejor el tiempo que el que habla. Pero no crea nadie que Simon de Nantua empleara mal el tiempo hablando; pues que al contrario solo decia cosas sensatas, que podian ser útiles á todos, y de otra parte antes que él mismo empezase á hablar habia mirado y escuchado mucho tiempo.

Sin embargo que no era muy rico, con todo su pequeño comercio le habia procurado los medios de criar una familia, bastante numerosa, y de vivir él mismo con alguna comodidad. Y como sus deseos no pasasen de esto, era perfectamente feliz y solia decir muy á menudo que el verdadero pobre es aquel que desea mas de lo que puede lograr. Continuaba en el trabajo de seguir las ferias, á pesar de ser ya de una edad avanzada porque decia tambien que

no hay mayores enemigos de la dicha y de la salud que el ocio y la desidia. Así el tio Simon se mantenía bueno que era un contento, con la cabeza calva y los pocos cabellos blancos que le quedaban al rededor de sus orejas. Su figura era siempre risueña, y sus mejillas eran tan coloradas y de tan buenas carnes que daba gusto el verlas. Llevaba muy guapamente la panza y andaba derecho apoyándose en un baston de viaje.

Simon de Nantua habia sido destinado por su padre al estado eclesiástico: de manera que en su juventud habia seguido algunos años los estudios. Pero andando el tiempo, habiendo conocido que no tenia bastante vocacion para llenar dignamente las funciones de este importante ministerio. «A fé mia, dijo, mi padre ha sido buhonero, y bien! yo lo quiero ser tambien: siempre hay alguna ventaja en seguir modestamente la profesion de los padres.» Con todo, Simon en el decurso de su vida tuvo continuos motivos para estar contento de la instruccion que habia adquirido. Veia mejor todas las cosas y distinguia las unas de las otras con mas juicio. La aficion que habia conservado á la lectura le procuraba de cuando en cuando un entretenimiento

útil y agradable, algunas veces pensó tambien escribir sus propias reflexiones cuando sus negocios le dejaban tiempo para ello.

Esta instruccion fué la sola herencia que le dejó su familia. Pero esta herencia vale mas que mucho dinero, porque da los medios de ganarle, mientras que la ignorancia solo sirve para perderle. Muy bien lo sabia el tio Simon, y no dejaba de preguntar á todos los que encontraba ¿enviais á vuestros hijos á la escuela? Procurad enviarlos á ella, es el mas precioso presente que podais hacerles. Si no saben nada, siempre tendrán necesidad de los demás, y frecuentemente serán engañados.

El lector me pedirá sin duda, cómo conozco tambien al tio Simon. Voy á decirlo. El año pasado pase por Nantua, en donde le hallé por casualidad en casa de un fabricante de cubiertas de lana, con quien tenia un asunto que tratar. Su conversacion me pareció tan llena de buen sentido, y me pareció tan interesante cuanto me contó de sus viages, que forme la idea de hacer uno en su compañía. Cabalmente se disponia para partir para Saint Claude, pequeña ciudad que hace bastante comercio en el departamento de Jura, en la

cual deseaba hallarse el seis de junio para asistir á la feria que en este dia se celebra. Le propuse de andar juntos que era cabalmente lo que queria y lo ejecutamos con la misma facilidad que lo habiamos propuesto. De Saint Claude fuí siguiéndole mas léjos, y anduvimos juntos una parte de nuestro viage por la Francia. Yo me felicito de ello porque creo haber sacado provecho de los consejos de mi compañero de viage. Pero como deseo que tambien puedan aprovechar á los demás, voy á contaros lectores amigos lo que he podido conservar en la memoria de mis viages.

CAPITULO II.

Simon de Nantua va á la feria de Saint Claude, en la que encuentra mercaderes charlatanes, jugadores, y decidores de la buenaventura.

En la feria de Saint Claude habia mucha gente, los unos vendian, los otros compraban, y no obstante todos se quejaban de lo calamitoso de los tiempos.

No bien hubo llegado Simon de Nantua cuando al momento fué rodeado de una

muchedumbre de personas que le conocían. Como tenia bien establecida su reputacion y probidad pronto hubo vendido los géneros que debía vender y comprado los que necesitaba, porque los negocios pronto se concluyen con aquellos hombres, que tienen fama de no engañar jamás, igualmente que de no dejarse engañar. En seguida nos paseamos por la feria. El tío Simon se paraba á cada corrillo. — Vd. por ahí, tío Simon! le decian, y bien; ¿cómo va el negocio? — Si, muy bien respondia; ya sabéis vosotros que yo siempre estoy contento y que jamás me quejo. — Dichoso vos, tío Simon, que pensais así, porque los tiempos son muy malos, el comercio no corre y las contribuciones son exorbitantes. — Sé bien, dijo Simon de Nantua, que el país no es rico y que está muy cargado de contribuciones; pero me confesaréis que si yo no lo supiese casi no podria sospecharlo por lo que veo aquí. Catahí muchos mercaderes que me parece venden bastante bien sus géneros. Solamente estoy mal con que aquellos que ponen de venta baratijas les den mas pronto salida que los que sacan cosas útiles. Vosotros acabais de comprar sortijas y joyas para vuestras mu-

geres, y en llegando el invierno si os faltan buenas cubiertas de lana, direis que no es posible comprarlas, porque teneis que pagar la contribucion. Ya me parece que os oigo murmurar contra el Alcalde, como si él tuviese la culpa, y hasta contra el gobierno como si pudiese pagar las deudas del Estado sin pedirnos nada. En lugar de murmurar y de quejaros ¿no sería mejor que trabajaseis y procuraseis ahorrar? El trabajo aleja la miseria, y la economía no le permite volver.

— Cuando llegué á Nantua de vuelta de mi último viaje no hallé en las fábricas más que hombres, mujeres y niños, que se metian en hablar de política y en criticar todo lo que se hacia. Durante ese tiempo los oficios estaban parados y la miseria llegaba á grandes pasos. Par diez! les dije, está bueno esto, y á fé que tomáis buen camino para disminuir vuestras cargas! continuad sin hacer nada, y pronto vereis como vuestros vecinos se enriquecen á costa vuestra, y se burlan de vosotros. Comprendieron esto y volvieron á empezar á trabajar con ardor, y ved ahí que ya no se quejan. Haced lo mismo vosotros, amigos míos, y no sentireis el peso de vues-

tras cargas: ningunas son mas pesadas que las que nos imponemos nosotros mismos, el ocio y la disipacion.

¿No es vuestro hijo aquel que veo allá abajo jugando á aquella pequeña lotería en que pierden el dinero, aunque ganen cada jugada? ¿Cómo permitís esto? ¿Qué no sabeis, tio Didier, que ningun hábito se puede contraer mas peligroso que el del juego de azar? Hay una ley muy sábia que prohíbe esa especie de juegos, y vos favoreceis á los que la desobedecen haciéndoles ganar! ¿Sabeis lo que es un jugador? Es un hombre que empieza por perder su dinero, luego el de los necios que se lo prestan, y que acaba por robar á su padre, despues que ha perdido el crédito.

Y vos tio Guillermo ¿no es vuestra hija, sino me engaño la que hace decir la buena-ventura por aquel peregrino? El le habla al oido con un grande tuvo de hoja de lata, y sabe Dios lo que le estará diciendo. ¿Quereis que yo os lo repita? A ver si os gustará la buena ventura de vuestra hija, » mi querida niña, ya estás en la edad de ser colocada en matrimonio; pero para hallar marido necesitas de dote, antes que pasen muchos dias, tu lo tendrás, y todos los mu-

chachos de la ciudad aspirarán á tu mano. Pon á la lotería los números que soñares dentro de ocho dias llegarás á ser la doncella mas rica de este pais. Entonces...» « ¿Qué es pues lo que estais diciendo tio Simon? interrumpe el buen Guillermo.» «? Qué es lo que digo? He! repito las bellas instrucciones que el peregrino da à vuestra hija, ya vereis como dormirá esta noche y como mañana la cosa estará concluida.» «Pero yo no entiendo esto tio Simon; sé muy bien que la lotería arruina á aquellos que tienen la locura de jugar á ella, y que todos estos sueños son otros tantos disparates en que solo creen los mentecatos.» «Vos teneis razon tio Guillermo, pero ya que teneis por una locura el creer en sueños, debeis pensar tambien que es locura creer en las predicciones de los decidores de la buena aventura. El deseo de ver realizado lo que ellos han predicho, algunas veces es causa de que uno haga cosas de las que tiene que arrepentirse. Os lo advierto, es peligroso consultarlos, y sobre todo para las doncellas.

No lo dijo al sordo ni al perezoso, pues el buen hombre corrió con la mayor celeridad á buscar á su hija.

En este momento Simon de Nantua ha-

ce reparo en un buen aldeano que llevaba en la mano un pequeño paquete envuelto con papel de estraza. «¿Qué es lo que habeis comprado ahí» dijo el tio Simon. «Es un remedio excelente contra el mal de dientes y las indigestiones.» «¡Quién os ha vendido eso!» «Aquel hombre que está allí con un sombrero guardado con galones y que lleva una trompeta.» «Ay! amigo mio, vos habeis comprado una mala droga y es un charlatan el que os la ha vendido. Cuidado que hagais uso de ella, porque jamás debemos fiarnos de esta clase de remedios que distribuyen los hombres que no tienen ningun conocimiento de la medicina. ¿Acaso no basta el sentido comun para comprender que el mal de dientes y una indigestion no son lo mismo, y que no piden el mismo remedio? Esta clase de gentes son envenenadores que se burlan de vosotros, soplándoos el dinero. Yo he hallado uno que vendia bolitas hechas de migas de pan con el nombre de píldoras contra los cólicos, y que reia de buena gana haciéndolas pagar muy caras á los bobos que se entretenian á escuchar sus bellas palabras. Los remedios que dan los charlatanes son mas peligrosos que el mal. Andad amigo, y cuando los dientes os dolieren llamad al dentista; pero

si quereis no tener indigestiones, sed sobrio y no bebais, porque algunos mueren de ellas.» ¡Esto está bueno! añadia Simon de Nantua; se quejan de la miseria del tiempo, y hallan dinero para comprar bagatelas, para jugar, para hacerse decir la buena ventura, y gastar en drogas que no son buenas para maldita la cosa.

CAPITULO III.

Simon de Nantua va al baile, habla de la destemplanza, y cuenta una historia análoga al asunto.

El dia siguiente que era domingo, dejamos á Saint Claude y llegamos hácia el anochecer á un pequeño lugar en que bailaban. Como el tio Simon pasaba por él todos los años, era muy conocido, y por lo mismo todo el mundo manifestó alegría de verle, hasta dejaron el baile por un instante con la prisa de ir á decirle algo; pero pronto volvieron á bailar alegrementemente. La presencia del alcalde magistrado muy querido del pueblo en nada incomodaba las diversiones de estos buenos aldeanos. Habia muchachos y muchachas que se conducian

con mucha decencia, y todo iba del mejor modo que podia desearse. Solamente al entrar nosotros á refrescar en una especie de taberna, vimos un jóven que habiendo sabido irse á la mano con la bebida, habia perdido enteramente el uso de la razon. En este estado decia palabras muy mal sonantes: de modo que habiendo sido avisado de ello el alcalde, le hizo llevar á la cárcel por dos individuos de la guardia nacional. Nosotros oimos con gusto como aquel magistrado hácia al tabernero observaciones sábias y moderadas sobre el mal que habia hecho en dejar beber á aquel desventurado jóven mas de lo que permitian sus fuerzas.

Ya veis amigos, dijo en seguida Simon de Nantua, que vicio tan vergonzoso y afrentoso es la intemperancia. Ved ahí un muchacho que no se atreverá á volver á presentarse sin abochornarse delante de vosotros que me parece que sois todos hombres de bien y honrados. Fortuna que la prudencia del Sr. Alcalde le ha puesto pronto fuera del estado de hacer todos los disparates á que podia abandonarse. Porque hubiera podido sucederle lo mismo que al desdichado Felipe, el cual habria sido un hombre de bien, á no haber tenido su pasion por el vino, y que en el dia de hoy

está remando en las galeras por haber bebido con destemplanza. «O! tio Simon, contadnos la historia de Felipe» dijeron los mozos. «De muy buena gana, amigos; pues vosotros la volveréis á contar á vuestro compañero, á fin de que procure aprovecharse de ella.»

HISTORIA DE FELIPE.

Felipe, prosiguió Simon de Nantua, es hijo de un horrado panadero que yo conocí en Valencia. Fué educado por su padre en los buenos principios, teniendo el mismo un corazon escelente y muchas cualidades apreciables. Pero no se necesita mas que un solo vicio para hacer inútiles muchas virtudes. Este pobre Felipe es una prueba de ello. Ya desde muy jóven habia adquirido el hábito de beber con exceso, de modo que rara vez se hallaba en estado de trabajar. El trabajo le fastidiaba tambien, porque le gustaba mas echar un cuartillo que amasar el pan. Con todo, hubiera podido seguir el oficio de su padre y vivir honradamente en una agradable medianía. Pero su pasion pudo mas que cualquier otra consideracion, y además las malas amistades que habia adquirido en

la taberna acabaron de desviarle de sus deberes.

En fin, un día que se había emborrachado con un soldado jóven, cuyo regimiento se hallaba de guarnicion en Valencia, este le aconsejó que sentase plaza, asegurándole que no había otra profesion como la del soldado, que en ella no se debía hacer nada, pudiendo divertirse los soldados desde el amanecer hasta que anoche-
cia. Felipe electrizado con la pintura que le hace su camarada, va inmediatamente á contraer su empeño, sin pensar en el disgusto que causará á su familia. Pero pronto recibió el castigo que merecia por haber olvidado hasta este punto, lo que debía á los autores de sus dias.

Étele ahí ya soldado, y haciendo todas las mañanas el ejercicio. No era esto lo mejor del oficio, y Felipe empezaba ya á experimentar que su camarada no le había hablado de los inconvenientes de la profesion. Un día que el infeliz había ya bebido por la mañana con dos ó tres otros picarones del regimiento fué al ejercicio en un estado muy poco decente, en términos que no sabe lo que hace, y que echa á perder todas las maniobras porque cada obje-

to le parecia dos, iba haciendo eses y pisaba al marchar á los que estaban inmediatos á él. El sargento quiere hacerle salir de las filas y le coge por los cabezones. Felipe se incomoda, tira del sable y hiere con él al sargento. Al punto es arrestado, conducido á la cárcel, juzgado y condenado á muerte por haber levantado el sable contra un superior suyo.

Era el sargento un soldado valiente que rogó al coronel que implorase la clemencia del rey á favor del desgraciado Felipe, y el rey se dignó conmutar la pena; de manera que Felipe se halla en el día condenado á las galeras por toda su vida. ¡Pensad vosotros cual será el dolor de los padres de este jóven! el no había nacido para la infamia, pero ¿sabe uno hasta donde puede llegar, cuando se deja conducir por la destemplanza? Nada me causa mas compasion que ver á un hombre que se espone á perder la razon y hacerse igual á los brutos. El me parece mas digno de compasion que un loco, porque la embriaguez es una verdadera locura, y me daría mucha vergüenza de que yo me hubiese vuelto loco por mi culpa.

Quando el tio Simon hubo acabado de

hablar, vió que un jóven lloraba. «¿Qué tienes pues hijo?» le dijo. «Vuestra historia me causa un grande sentimiento, respondió el jóven, porque si el pobre Jorge se ha emborrachado, yo tengo la culpa de ello, yo le he desafiado á beber. Mi desconsuelo sería eterno si le hubiese sucedido una desgracia igual á la de Felipe.» «Pues bien, repuso Simon de Nantua, yo pienso que no volverás á divertirte con semejantes juegos, pues ves que lo mejor que puede resultar de ello es hacerse daño é ir á dormir á la cárcel.

CAPITULO IV.

Simon de Nantua se enfada contra los que maltratan los animales.

Nosotros íbamos andando tranquilamente por el camino de Besanzon, cuando en un paraje en que hacia una vuelta la carretera, oímos juramentós horrorosos y garrotazos que distinguíamos bien, sin embargo de que nada veíamos todavía. Al llegar á la revuelta de la carretera, vimos un carro cargado hasta el tope y tirado de dos caballos solamente. El de las varas se habia dejado caer en el suelo, y como probable-

mente los latigazos no habian bastado para hacerle levantar, el carretero se habia armado con una estaca y con ella no se hartaba de dar golpes á los hijares del pobre animal, el cual ni por esas se levantaba.

«¿Habeis perdido el juicio?» le dijo, levantando la voz Simon de Nantua. ¿Que-reis pues matar á esta infeliz bestia?» «No, voto á tal!» dijo el carretero, siguiendo hechando maldiciones. ¡No faltaba mas! Pero el bribon que hace mas de una hora que me hace rabiar, es capaz al fin y al cabo de jugarme una pieza y reventarse.» «He! A fe mia que si yo fuese de él no dejaria de hacerlo, repuso Simon de Nantua, porque quisiera mejor morir mil veces antes que servir á un amo como vos. Ojalá que para su dicha y vuestro castigo no se levante jamás de ese lugar. Sin embargo nosotros vamos á ayudaros, bien que no tanto por vuestro interés, como por la compasion que nos causa vuestro caballo.» Sea por la razon que fuere, yo solo os pido que me ayudeis á salir del apuro, respondió el hombre brutal.»

En efecto nos esforzamos á levantar las varas, y durante este tiempo por mas que dijese el tio Simon, el caballo recibia tan

tos puntillazos en los hijares como votos echaba el carretero. Levantóse finalmente el pobre animal haciendo su último esfuerzo, pero no fué para mucho tiempo. El no podía resollar y parecia que no tenia ninguna parte sana en todo su cuerpo. Chorrea sangre por muchas llagas que le habia hecho el palo. Al primer latigazo quiere andar, bambolea, vuelve á caer, y esta vez son inútiles cuantos esfuerzos se hacen para levantarle, puesto que ya ha espirado.

Aquí fué el desahogar el carretero su cólera y dolor con espantosos juramentos. «Estoy perdido. Mañana debo estar en Besanzon; yo soy responsable de la llegada de los géneros que llevo. Ya tengo un caballo perdido, y yo voy tambien á perder el fruto de mi viaje si no llego á tiempo..... Ah bribon! ah infame caballo!» «Esto está gracioso, dijo Simon de Nantua; vos matais á vuestro caballo y os quejais de él: ¿qué mas podia hacer que morir en vuestro servicio? Los que son crueles, para con los animales, que olvidando que estos seres sienten y padecen como nosotros y los maltratan sin utilidad, á lo menos deberian reflexionar que conviene conservar una cosa que se necesita para nuestro servicio.» «To-

do está muy bien, pero ¿ como lo haré ahora para continuar mi viaje?» «Esto es lo que yo no sabré decir y lo mas que podremos hacer por vos será enviaros caballos en cuanto llegemos al lugar mas inmediato. Entretanto tomad paciencia, reflexionad en lo que os acaba de suceder, y cuidado que no mateis tambien á vuestro segundo caballo. A Dios.»

Mientras nos ibamos apartando de el oíamos que no paraba de hacer juramentos. El tio Simon estaba enfadado y sus ojos centellaban debajo de sus blancas cejas, al hablarme de lo que acabábamos de ver. Siempre he observado, me dijo, que los hombres que tratan á los animales con crueldad, son unos malvados. El que mira tranquilo como padece un caballo ò un perro es muy temible que sea tambien insensible á los males de sus semejantes, y el que está acostumbrado á hacer mal á las bestias, facilmente lo hará á los hombres. Hay paises en que la crueldad para con los animales se tiene por delito y se castiga por las leyes, lo cual me parece muy prudente; pero en Francia en donde no existe semejante costumbre, quisiera á lo menos que la opinion pública se levantase de un mo-

do enérgico contra esta especie de barbaridades, y no se viese maltratado, sin necesidad, un perro, igualmente que contra el que hubiese dado golpes á cualquier otro ser mas débil, porque no sabe ni puede defenderse. O yo me engaño, ó el hombre que acabamos de ver es tan cobarde como cruel. Pero por lo demás no hablemos mas de él, puesto que tan pronto ha recibido el castigo de su brutalidad, por una consecuencia precisa de esta misma brutalidad.

CAPITULO V.

Simon de Nantua da á conocer las ventajas de las escuelas en que los niños se instruyen unos á otros por la enseñanza mútua, y cuenta la historia del caballero Paulet.

Al llegar á Besanzon nos alojamos para pasar dos noches en una pequeña posada que hay sin ningun aparato á la entrada de la ciudad. La posadera tenia tres hijos, dos varones, el mayor de los cuales ya tenia once años, y una hija que tendría de unos siete á ocho. Simon de Nantua que toda su vida habia tenido mucha inclinacion y afecto á los niños, no tardó en ganar la voluntad de estos, jugando con ellos to-

de la noche, calentándose en la chimenea. Pero como jamás perdía de vista las cosas útiles, le dió la gauda de preguntar al mayor si sabia leer y escribir. Respondió el niño, con algun rubor, que no sabia nada de esto. El tio Simon no se divirtió en aumentar su confusion, sabiendo que si el buen muchacho era tan ignorante no tenia él la culpa, sino sus padres. Lo que hizo fué llamar á su madre, diciéndole, Señora Bertrand, ¿cómo es que no pensais en hacer enseñar á leer á vuestros hijos?

LA SEÑORA BERTRAND.

Yo, tio Simon, ya he querido hacer enseñar alguna cosa al mayor, pero me he visto precisada á dejarlo correr, porque no comprendia nada de cuanto le decia el maestro.

SIMON DE NANTUA.

Y bien: esto es, tia Bertrand, porque su maestro tampoco entendia nada. Pero ¿porqué no le enviáis á la escuela igualmente que á su hermano?

LA SEÑORA BERTRAND.

Porque creo que tampoco han de aprender nada en ello.

SIMON DE NANTUA.

En esto os engaÑais, tia Bertrand. En esta ciudad teneis escuela de enseÑanza mútua en las cuales es imposible dejar de aprender.

SEÑORA BERTRAND.

Bien he oido hablar de ellas, pero ignoro lo que son.

SIMON DE NANTUA.

Son escuelas en que los niños se enseñan unos á otros naturalmente á leer, escribir y contar; en las que se esplica el evangelio, el catecismo, y todo lo que conviene que sepan los niños para que sean dóciles, sumisos, buenos cristianos y buenos ciudadanos.

LA SEÑORA BERTRAND.

Ah... sí. Pero yo he oido decir que este método habia venido de Inglaterra, y he de confesaros que esto ha contribuido bastante á que yo no tuviese muchos deseos de conocerle.

SIMON DE NANTUA.

De Inglaterra: Ah! Dios mio, lo que

tiene no saber las cosas. Todo al contrario, mi querida señora Bertrand. Los ingleses son los que lo han tomado de nosotros, y voy á contaros del modo que esto ha sucedido.

Ya habrá unos cuarenta años, que se hallaba retirado en Paris un militar valiente llamado el caballero Paulet. Este hombre respetable no poseia sino una fortuna muy limitada, que sin embargo él consagraba en hacer todo el bien que podia. Un dia paseándose por los bosques de Vincennes, halló á un pobre niño cubierto de andrajos y en el estado mas miserable que puede imaginarse. Este desventurado niño derramaba lágrimas y parecia absolutamente abandonado. El buen caballero, movido de compasion y llevado de un movimiento de aquella caridad cristiana que manda socorrer á nuestros semejantes; formó al punto el proyecto de recogerle en su casa y adoptar á esta criatura desgraciada. Llevóla en efecto á su casa, é inmediatamente empezó á servirle de padre y de maestro. No hacia mucho tiempo que el caballero se dedicaba á este caritativo cuidado, cuando un dia le llevó su discípulo dos compañeros tan desnudos como estaba el en los bosques de Vincennes Mi

bienhechor; le dijo con una confianza verdaderamente ingenua, haced por ellos lo mismo que habeis hecho por mí. Este hombre generoso ni pudo ni quiso resistirse: los admitió. Llegaron otros y los admitió tambien y muy pronto su casa se hizo el asilo de los pobres huérfanos. Pero ¿cómo habia de hacerlo para instruir á tantos niños? los bienes del caballero apenas bastaban para mantenerlos, y no habia que pensar en poder pagar maestros. Afortunadamente el amor del bien es ingenioso é inspiró al caballero la mas feliz idea. «Es menester dijo, que estos niños se instruyan unos á otros. Ahí teneis, amigos, libros y muestras para escribir. Los mas instruidos enseñarán á los demas lo que ellos sepan, y yo haré por mi parte cuanto pueda para ayudaros.» Salió tambien como era de desear. Era un espectáculo delicioso, ver esta reunion de niños todos animados del deseo de instruirse y de una honrosa emulacion. Los mas hábiles que aprendian mejor las lecciones, las repetian á los demás, este modo de trabajar en comun daba al estudio un embeleso muy particular, que le transformaba en una verdadera diversion. De este modo los discípulos del caballero hicieron rápidos pro-

gresos. Pronto el instituto hizo ruido, y se habló de él como de una pequeña maravilla. El buen rey Luis XVI quiso conocerle, le vió y le concedió un socorro de 30,000 francos de su bolsillo particular. En seguida entraron en él los que pudieron pagar. Este establecimiento duró hasta la revolucion, en cuya época quedó destruido. Durante este tiempo los ingleses se apoderaron del método del caballero Paulet, y le dieron el nombre de método Lancasteriano. Pero ya lo hemos vuelto á recobrar con las perfecciones que ha adquirido desde aquel tiempo. Ahora quiere el rey que este método se establezca en toda la Francia, y que en su reino todo el mundo sepa leer y escribir. Asi que, querida señora Bertrand, desobedeceis al rey si no haceis instruir á vuestros hijos.

LA SEÑORA BERTRAND.

«Ah! tio Simon: yo no quiero desobedecer al rey.»

SIMON DE NANTUA.

Yo lo creo bien, y tanto mas cuanto si el rey hace abrir escuelas para que podais enviar á ellas á vuestros hijos, es porque sabe muy bien, que la instruccion es

necesaria para su felicidad. Aquel que no sabe nada siempre necesita á los demás y depende de todo el mundo.

Las cosas no se hacen bien, tia Bertrand, sino cuando cada uno se halla en estado de hacer las suyas por sí mismo: bien lo sabeis vos. Vuestro marido ni sabe leer ni escribir ni contar; si no fueseis vos ¿cómo iría vuestra casa? Por fortuna vos podeis llevar vuestras cuentas, y estais segura que no os engañan: ¿y es posible que no apreciéis esta ventaja, y que no conozcais la necesidad de procurarla á vuestros hijos? cuando sabrán leer bien, escribir y contar, y mientras no tengan la edad de gobernar sus propios asuntos, os ayudarán á administrar los vuestros, y os quitarán esta carga de encima, en vuestra vejez. Además de esto se acostumbrarán al trabajo y al orden, no serán jugadores ni araganes, y se formarán por los principios de religion y de propiedad. Cuando por medio de la instruccion serán sabios, hombres de bien y laboriosos, os será fácil el colocarlos, serán buenos para todos los estados, y por lo mismo buscados. Si al contrario los dejais en la ignorancia y el ocio, contraerán vicios y os darán disgustos. Tia Bertrand,

no hay remedio; es menester que vuestros dos hijos empiezen desde mañana á ir á la escuela de enseñanza mútua, y yo mismo quiero conducirlos á ella.

SEÑORA BERTRAND.

Me hace tanta fuerza lo que me habeis dicho, tio Simon, que me conformo á que se haga como vos quereis.

CAPITULO VI.

Simon de Nantua conduce á la escuela á unos niños que malograban el tiempo.

A la mañana del dia siguiente, Simon de Nantua y yo tomamos los dos niños asiendo de la mano cada uno al suyo, y nos dirigimos con ellos á la escuela de enseñanza mútua. La misma madre de los niños movida de la curiosidad de ver lo que habia oido referir al tio Simon, vino acompañándonos con su hija. Al llegar á la escuela, abriónos la puerta un niño, y el maestro se apresuró á recibir los dos nuevos discípulos que le llevábamos.

Quando nosotros llegamos se estaba cantando el *Domine salvum fac regem*, é inmediatamente despues empezó la clase. Allí

vimos á unos doscientos niños con poca diferencia, todos los cuales obedecían á los ademanes de uno de sus compañeros, colocado en la silla del maestro, en calidad de monitor general; y cada banco obedecía asimismo á su monitor particular. Todos trabajaban juntos. Los principiantes trazaban letras en la arena; los otros escribían en la pizarra lo que les dictaba el monitor; en fin los mas adelantados escribían en el papel de un modo asombroso. Nosotros notamos en la cara de todos estos niños una espresion de alegría franca y abierta, y un aire de alegría que daba gusto de ver, y que es una buena prueba de que el estudio no tiene para ellos nada de penoso y repugnante. La madre de los Bertrands queda loca de contento y dió muchas gracias á mi compañero de viaje. Los niños parecia que ya estaban impacientes para ir á los bancos á hacer lo mismo que los demás. Pero cuando pasaron á leer, para lo cual todos los discípulos hicieron una pequeña evolucion para ir á los semicírculos en frente de los cuadros, entoncés si que ya los dos niños no pudieron contener la espresion de su impaciencia y de su alegría.

Bien: dijo Simon de Nantua á nues-

tra mesonera: ¿pensais que yuestro hijo, que nada podia aprender, nó podrá aprender aqui alguna cosa? «Jamás habia visto que tuviese tantas ganas de hacerlo.» «Yo lo creo, ¿sabeis porqué? Porque el vestido está hecho para su medida, es decir que no le incomodará y dejará libre en todos sus movimientos. Ved, tia Bertrand, como nuestros hijos son mas felices de lo que fuimos nosotros. En nuestro tiempo no nos enseñaban á leer jugando; y yo creo que todavía conservo algunas cicatrices de los golpes que me dió mi pedante. Confesad que haríamos muy mal, si dejásemos á nuestros hijos en la ignorancia y en el ocio, despreciando todos los medios que nos ofrecen para sacarlos de aquel estado. ¡Son unos males tan grandes la ignorancia y el ocio! Este es un terreno en que nacen y crecen todos los vicios. Si vos conoceis á algunas personas que desprecian la educacion de sus hijos, tia Bertrand, decidles esto, decidles que un dia lo sentirán, y les haréis un grande beneficio.»

Habia quedado convenido que los dos muchachitos empezarian á ir á la escuela la tarde del mismo dia, y ya nos volvíamos, cuando la niñita que no habia dicho

nada todavía, pero que habia estado con mucha atencion todo el tiempo de la clase, pidió en fin á su madre, si ella podria tambien venir á la escuela con sus hermanos.

Las niñas no van á la escuela de los muchachos, dijo Simon de Nantua; pero para ellas hay otra, en que aprenden á leer, escribir y contar, y además coser de todos los modos posibles. Es menester que pidas á tu mamá que te envíe á esta.

LA NIÑA.

Oh! tú me enviarás á ella: ¿no es verdad mamá?

SEÑORA BERTRAND.

Si hija mia. A fé mia, tío Simon, que en verdad os quedo grandemente obligada.

CAPITULO VII.

Simon de Nantua compone amigablemente dos litigantes.

Simon de Nantua tenia que pasar á Semur por un cierto asunto, y para ir á esta ciudad debiamos pasar por Dijon. Antes de llegar á esta capital de la antigua Borgoña, hicimos noche en una venta en donde ha-

llamos ya mucha gente que habia llegado antes que nosotros. Simon de Nantua, á quien gustaba mucho tener compañía propuso que cenásemos todos juntos á escote. Su proposicion fué aceptada de todos, y todo el mundo se sentó alegremente á la mesa, en donde nos sirvieron una escelente sopa de berzas, lardo y patatas.

Estaban en la cocina cuando llegamos. dos hombres que disputaban con mucho calor. Sentáronse á la mesa, sin que por eso pusiesen fin á su disputa; antes continuaron su discusion con la boca llena. «Te repeliré decía el uno, lo que ya te he dicho mil veces: hace mas de 30 años que labró este triángulo y esto me basta.» «Hé! ¡par diez! decía el otro: hace mas de 30 años, que cometes una injusticia, labrándolo sin ser tuyo.» «Cómo que no es mio?» «No, yo te lo haré ver. Yo tengo los títulos de pertenencia, y el catastro te probará que este pedazo de tierra es una parte de mi propiedad.» «Yo me burló del catastro, yo lo labraré como lo he hecho hasta ahora.» Ya te guardarás bien.» «Si mucho.» «Tambien te pondré pleito.» «Como gustes, tu perderás, porque hay prescripcion.» «Esto es lo que yo quiero ver.»

«Enhorabuena.» «En el tribunal de Dijon nos veremos.»

«Ea, dijo Simon de Nantua; ¿no acabaréis? ¿Estamos aquí para dar voces ó para comer?» «Este es un bribon que quiere apoderarse de mis bienes,» dice uno de los de la disputa. «Este es un bellaco que hace 30 años que tiene usurpada mi propiedad y no quiere volvermela. Cada año gana un poco mas de terreno cultivando en tierra mia.» «¿Y quereis pleitear por esto? repuso Simon de Nantua. ¿Cuánto es lo que puede valer ese pedazo de terreno?» «Sobre unos 500 francos con poca diferencia.» «Ah! no hay duda que vale la pena de que gasteis mil doscientos ó mil quinientos para saber á quien pertenece.» «Como! ¿mil doscientos ó mil quinientos francos?» «A lo menos; añade Simon de Nantua. Bien veo que no sabeis lo que es proceso. En éste mundo no se obtiene la justicia gratis. Es muy caro tener derecho, y aun lo es mas no tenerlo. Cuando uno tiene un pleito debe pagar al patrono, al escribano de cámara, el derecho del sello, el papel sellado, y todo esto va con mucha actividad, por mas que el proceso vaya con mucha lentitud. Despues que al cabo ha recaído sentencia de-

finitiva, el que ha perdido no se entiende de echanza, apela, y es precioso volver á empezar á perder el tiempo y el dinero.»

«Hay un proverbio que dice: que acabado el pleito el uno de los litigantes se vá en camisa y el otro desnudo, es decir que el uno ha perdido mucho y que el otro se ha arruinado. Esto es la pura verdad amigos míos. ¡Dios me libre de poner jamás el pié en la casa del embrollo! Ella es un verdadero pozo sin fondo, en que todo entra y de él nada sale. Si alguno quisiese precisarme á pleitear, creo que antes le abandonaria la mitad de todo cuanto poseo; porque á lo menos me quedaría la otra mitad, y además mi reposo y mi sueño de que soy muy amigo. Ea, si me habeis de creer, componeos y dejaos de pleitos.» «Pero tio Simon si el que quiere pleitear no soy yo, siño él que es pleitista como un normando; y que no quiere escuchar la razon.» «He! no le creais, al contrario el que quiere pleitear es él, que es embustero como un gascon, y que afecta no saber que el pedazo de tierra es mio.» Pleitista como un normando; embustero como un gascon. Ved ahí unas palabras, dice Simon de Nantua, que nada absolutamente significan. Esto es in-

saltar neciamente á unos hombres que son tan buenos como los de las otras provincias. Los normandos no son mas pleitistas, ni los gascones mas mentirosos que los de vuestro pais. El normando tarda mucho tiempo en decir si, ó no. Esto puede suceder, pero en cambio, una vez que lo ha dicho, está por bien dicho y se puede contar con ello. Esto vale mas que hablar con ligereza. Sin que uno esté seguro de lo mismo que afirma ó de lo que promete. Uno va mas seguro en un caballo testarudo que en un caballo caprichoso. Vale mas estar parado que andar sin saber á donde uno va. El gascon es fino y artificioso, pero tambien es vivo, activo é ingenioso. Sabé tan bien como el primero salir de un mal paso, y componer un asunto cuando está en mal estado. Esto no tiene nada de malo cuando no se hace á costa de otros. Por ejemplo: si hubiese uno entre nosotros, apuesto que os daria un buen medio para terminar vuestra diferencia sin que tuvieseis que pleitear. Supongo que os diria: los dos creéis tener razon; y bien: echadlo á la suerte, antes de pleitear; porque todos saldriais perdidosos. Esto no os costará nada, y el que perderá, ganará mas, que si hu-

biese obtenido sentencia favorable. Sino queis echar suertes, bien: partid la diferencia como buenos vecinos y sin pagar esperotos; cultivad en seguida con cuidado vuestra tierra, procurad sacar doble producto, todo os será ganancia, y bebed una copa á vuestra salud.» «A fe mia que creo que tiene razon, dijo el uno de los litigantes. ¿Qué te parece tio Pedro? vamos pues, hagamos lo que él dice. Nuestro dinero será mejor empleado en comprar una fanega mas de tierra, que en la caja del derecho del sello.» «Como tu quisieres, tio Jaime, me conformo: á tu salud. Pero esto no quita que el terreno no fuese mio. En esto no puedo convenir. Ola! ola! dice Simon de Nantua; vais á empezar otra vez, ¡cuidado con el derecho del sello y los honorarios del patrono! «Vamos, vamos, no hablemos mas del asunto. Pleito acabado.»

En esto las partes sé abrazaron, y todo el mundo se fué á acostar diciendo: ¡que buena pieza que es este tio Simon! pero debemos convenir en que dá buenos consejos.

CAPITULO VIII.

Razones que pasaron entre Simon de Nantua y un mendigo, buena leccion para los orgullosos y holgazanes.

Pasamos sin hacer alto en Dijon, y en seguida tomamos el camino para Semur. Hacia ya algunas horas que caminábamos por la carretera, cuando se llegó á nosotros un jóven de bastante buena traza, pero muy mal vestido, el cual nos pidió una limosna. Miróle primero Simon de Nantua con alguna atencion, y en seguida. «Oh! Oh! amigo, le dijo: ¡tan jóven! cierto que habeis tomado un lindo oficio. Cómo pues! vos que sois ya grande y robusto, ¿no seria mejor que trabajareis, en lugar de esperar de este modo en la carretera los carruages públicos y á las gentes que andan á pié para importunarles? ¿No sabeis que esto es vergonzoso para uno que tiene buenos brazos para ganarse la vida?

EL MENDIGO.

Yo no tengo trabajo mi buen señor.

SIMON DE NANTUA.

¿Qué oficio teneis?

EL MENDIGO.

Tengo muchos.

SIMON DE NANTUA.

Tanto peor, vale mas uno bien aprendiendo y eultivado, que treinta mil mal sabidos. Tal vez el tener demasiados oficios es la causa de que ahora no tengais que trabajar de ninguno. ¿Cuál era la profesion de vuestro padre?

EL MENDIGO.

Mi padre era zapatero de Nanci.

SIMON DE NANTUA.

¿Y cómo es que no habeis seguido su oficio?

EL MENDIGO.

Eso era lo que él habria querido, y ya me lo habia empezado á enseñar; pero como no me gustaba, probé los oficios de tejedor, cestero y carpintero, pero en todos hallé cierta repugnancia que me retrajo de ser artesano.

SIMON DE NANTUA.

¿Acaso por orgullo! ¿qué es lo que queriais pues hacer?

EL MENDIGO.

Quería ponerme por dependiente en una casa de comercio por amanuense de escribano, ó colocarme en una oficina. Con esta esperanza dejé á Nancy, y me dirigí hácia París: pero no he podido conseguir nada de cuanto deseaba. He tenido además la desgracia de haber perdido á mi padre, despues de haberme comido el poco dinero que habia podido darme, sujetándose á muchas privaciones. Por fin, he quedado absolutamente sin recursos, y á pedir limosna como veis.

SIMON DE NANTUA.

Ved ahí cual es el paradero de los que por vanidad desdeñan su condiccion y tienen la presuncion de querer salir de ella sin tener bastante talento. Si vos muy enhorabuena hubieseis seguido el oficio de vuestro padre, hubierais heredado sus parroquianos, y en el dia seriais un honrado artesano libre é independiente. Son hon-

radas todas las profesiones cuando son útiles y se ejercen con probidad. Solo es humillante lo que es indecoroso é inútil. Ningun estado deshonra á hombre alguno: pero muchos hombres sí que deshonran á su estado. El que quiere elevarse mas de lo que le permiten sus fuerzas, corre riesgo á cada momento de caer mas bajo de lo que era. ¿Qué mayor locura que soltar lo que uno tiene ya en la mano para coger lo que está distante una legua de nosotros? Creed que no hay cosa peor que el orgullo, la ambicion y la vanidad. Ellas nos mueven á hacer disparates, y toman á su cargo el castigarnos por ellos. Aquel que se averguenza de hacer lo que ha hecho su padre, no tiene muy buen corazon; á la corta ó á la larga no le faltará su castigo, y pronto se verá precisado á avergonzarse ignominiosamente de sí mismo. Vos habeis recibido esta terrible leccion: ¿pero cómo es que no habeis vuelto á tomar algun oficio honrado, antes que abandonarós al que ejercéis? No seria extraño que la pereza tuviese alguna parte en vuestra conducta. Pero cuidado amigo ese es un vicio que lleva muy lejos. El ya os ha conducido á mendigar sin verguenza, y pue-

de arrastrar insensiblemente hasta ser criminal sin remordimientos. Un hombre ocioso y holgazán es un ser inútil sobre la tierra, sin ser bueno para sí ni para los demás, y cuando deja la vida, no hace más que quitar un embarazo del mundo. Dios nos ha colocado á todos acá abajo, para que trabajásemos y nos sirviésemos unos á otros. Su providencia vela sobre todos. Ha querido que hubiese ricos que ocupasen á los pobres proporcionándoles la subsistencia. Pero ha dado á los ricos muchos cuidados, á fin de que no estuviesen más escentos de penas y trabajos que los demás, porque él vé á todos los hombres con unos mismos ojos y no hace distinción ninguna entre sus hijos. Debemos tener confianza en él y respetar sus decretos. Dios quiere que cada uno se halle bien en el lugar que le ha señalado, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Fijemos en su sabiduría y no murmuremos jamás; pues que la religión está pronta á alentarnos y consolarnos. Amigo, venid con nosotros á Semur, y os haré entrar en la fábrica de paños, y si os portais como un buen cristiano y un muchacho honrado, veréis que la providencia cuidará de vuestra suerte.

Simon de Nantua predicaba algunas veces con bastante dureza, pero cuando esto sucedía, su sermón iba siempre acompañado como se vé ahora, de algun acto de humanidad, que hacia olvidar su severidad.

CAPITULO IX.

Simon de Nantua inspira resignacion y hace concebir esperanzas á un viñador que estaba desalentado.

«Buenos dias buen anciano, dijo Simon de Nantua á un viñador que trabajaba en la orilla de su viña. Vaya: ¿va la cosa este año como quisierais?» «Muy lejos de eso» respondió el hombre meneando tristemente la cabeza.

SIMON DE NANTUA.

¿Cómo es eso pues, amigo mio?

EL VIÑADOR.

Ah! ya veis que la viña está pasada y que no dará ningun fruto. Con este ya van dos años que no tenemos cosecha, y ya preveo que mi muger, mis pobres hijos y yo pereceremos todos de hambre. El áni-

mo me falta y no sé que hacerme.

SIMON DE NANTUA.

Es una desgracia grande lo que os sucede, mi buen compañero, y compadezco de todo corazón. Pero no se remedian los males acobardándose. Ni debemos echar la sogá tras el caldero. Siempre que el hombre quiere luchar con la desgracia, puede contar seguramente con el triunfo. El que sabe padecer con resignación, esperar con paciencia, trabajar con constancia y firmeza jamás se rinde á la desgracia. Dios ha dicho *ayudaos que os ayudaré*. Me responderéis que habeis hecho por vuestra parte todo lo posible, y que no está en vuestra mano, el impedir que la estación os quite vuestras cosechas. Convengo en ello, y este cabalmente es el motivo porque debéis buscar la ayuda del que teneis necesidad. Animo pues, que jamás muere de hambre un hombre honrado, un hombre laborioso ni su familia. Los labradores son el apoyo del Estado, este viene á socorrerles. Tranquilizaos. El Rey vela sobre vosotros, disminuirá vuestras contribuciones, y si es menester os dará medios para llegar á la

cosecha el año siguiente. Animo y no os desalenteis. La desgracia es como los cobardes, persigue á los que ve espantados, y huye de los que esperan á pie firme.

EL VIÑADOR.

Hasta ahora no me habia faltado el valor; pero al fin y al cabo tambien llega á gastarse.

SIMON DE NANTUA.

Si se gasta como decís, señal es que no es de buen temple, es menester que dure hasta el fin, porque el instante en que os falta, tal vez es aquel en que no hubierais ya necesitado mas de él. Vámos mi buen amigo, resignación, paciencia y valor. De este modo contad con la providencia, y con el Rey; y cuando os habrán sacado del apuro, acordaos que yo ya os lo habia predicho. Quedaos con Dios mi buen anciano.

EL VIÑADOR.

Feliz viaje, y muchas gracias por vuestros consejos, señor mio.

CAPITULO X.

Sensibilidad de Simon de Nantua y buenos consejos que da con motivo de un fallecimiento y de un inventario.

Cata ahí, que en esto llegamos á Semur. No bien hubimos llegado á esta ciudad, cuando Simon de Nantua condujo al jóven á la fábrica de paños para presentarle al dueño de ella. No es menester decir que primero habia tenido cuidado de examinar escrupulosamente los papeles de este desconocido para saber qué clase de sugeto era, porque Simon de Nantua era demasiado prudente y sabio para fiarse de las palabras de un aventurero. Presentado por Simon de Nantua, que gozaba de mucha consideracion y confianza, no podia dejar de ser admitido, á menos que no hubiese habido absolutamente ningun destino para colocarle. Lo fué pues, habiendo antes prometido y dado mil seguridades de que se portaria tan bien como se podria desear, y de que trabajaria con aplicacion.

Al salir de la fábrica, Simon de Nantua quiso en seguida ir á ver á un antiguo amigo, que debia gran parte de su fortu-

na á los consejos de Simon. Este amigo, era un mercader que hacia quince años que estaba establecido en Semur, en donde habia hecho bastante fortuna. Trataba tambien cada año con Simon de Nantua, el cual al pasar por esta ciudad se alojaba regularmente en su casa. Fuimos los dos al domicilio de este buen hombre. Pero ya se dejaba figurar el dolor que sentiria mi compañero, cuando al llegar á él, hallamos á toda su familia anegada en llanto, y supimos que el pobre German acababa de morir despues de una enfermedad de quince dias. La mujer del difunto, su hijo, sus hijas, y su yerno no pudieron hacer otra cosa que abrazar sollozando al triste Simon, á quien esta novedad habia consternado tanto como si hubiese sido hermano de German. Este cuadro movia tanto á compasion y despedazaba tanto el corazon; el dolor de la familia era tan verdadero, tan interesante, el de Simon de Nantua parecia tan grave, tan profundo que yo mismo no pude contener las lágrimas, á pesar de que no conocia el que era objeto de todo este duelo.

Despnes que Simon de Nantua hubo pagado este primer tributo á la memoria de

su amigo, pensó en los intereses de toda la familia. No era de aquellos hombres que cuando ven á alguna persona en un trabajo huyen en lugar de llevarles socorro, con el pretesto de que tienen el corazon demasiado sensible para sufrir el aspecto del dolor. El no pensaba que la sensibilidad fuese muy laudable y muy útil, cuando el que la experimenta se olvida de todo y no es movido á socorrer á sus semejantes.

Simon de Nantua llamó aparte al yerno de German, y le dijo, «mi querido Dumont, ¿en qué estado queda la casa?» «En buen estado, segun he podido comprender.» «Aun menos mal. Y dime, te ruego, ¿cómo es que no están puestos todavía los sellos en la caja, almacén y papeles de tu padre político.» «Y que, ¿creéis que es absolutamente necesario hacer ese gasto? Entre nosotros no habrá disputa ninguna, y no necesitamos para nada la justicia.» «En eso teneis razon, aunque discurrís como un hombre de bien. Jamás se debe despreciar la mas pequeña formalidad de cuantas prescriben las leyes. Los que hacen estas leyes reflexionan y meditan mucho tiempo antes de adoptarlas y debemos pensar que si lo hacen, es porque han visto que eran

necesarias puesto que en fin lo entienden mas que nosotros. El que acaba de morir era un gefe de familia; inmediatamente ha de procederse á la particion de sus bienes; importa que todo esté bien claro, y que bajo ningun pretesto se dé lugar á la menor sospecha. El mejor medio para estar siempre unidos, es el no tener ningun interés que ventilar, porque el interés es el que malquista la mayor parte de las familias. Ademas tu suegro hacia el comercio, por lo mismo tendrá acreedores y deudores, y será menester hacer una pequeña liquidacion, todo lo cual convendrá que se haga de un modo legal. En casos iguales en que nos hallamos es un deber la formacion de un inventario; deber á que nadie falta sin que las mas veces tenga que arrepentirse de ello. Las leyes son hechas para protejernos á todos y asegurar nuestros derechos. Si nosotros rehusamos su proteccion, y nos sucede alguna desgracia ¿á quien deberemos echar la culpa? Vamos querido Dumont, todo esto tu debes hacerlo es menester que inmediatamente avises al juez de paz y que se ponga la cosa corriente.

CAPITULO XI.

Grande satisfaccion que experimenta Simon de Nantua al hallar que sus buenos consejos habian hecho fruto.

Simon de Nantua que no se detenía en los lugares mas que lo que precisamente exigian sus asuntos y que era amigo de aprovechar el tiempo, no contaba pasar muchos dias en Semur. Pero fué detenido en esta ciudad por el acontecimiento de que casi fuimos testigos y no quiso dejar precipitadamente la familia desolada de su amigo. Pasamos con estas gentes la mitad de una semana. Simon de Nantua les fué muy útil, y les dió consejos escelentes acerca de las disposiciones que debia tomar. Pero sobre todo procuró por medio de sus discursos, llenos de razon y sensibilidad, inspirarles resignacion y valor. En fin al cabo de cuatro dias dejamos á Semur, y tomamos el camino de Bar-del-Aube. Simon de Nantua iba triste, y no hablaba tanto como tenia de costumbre. De cuando en cuando exhalaba profundos suspiros y parecia que sentia vivamente la pérdida que acababa de hacer de su amigo. Sin embargo co-

mo tenia una alma tan fuerte como sensible volvió poco á poco á tomar su aire ordinario y á conversar del modo que acostumbraba.

Al anoecer hicimos alto en una pequeña aldea de cuyo nombre no me acuerdo, en donde conocia á muchas personas. Parece que en este pais le amaban muy particularmente, puesto que su llegada causó una alegría general. Sobre todo los jóvenes y las muchachas estaban locos de contento. «Ah! el nos contará alguna aneédocta de sus viajes, decian; hace tanta broma al contarlas, y es tan bondadoso..... Y bien tio Simon ¿qué tal lo habeis pasado desde la última vez que nos vimos? Teneis algo de nuevo que contarnos?» «Si, ciertamente amigos míos he sabido cosas que os interesarán, puedo daros noticias de dos personas de este lugar que he encontrado en mi último viaje, y que me han contado sus aventuras, y yo os las referiré en acabando de cenar, pero decidme antes vosotros, qué tal ¿se hace bondad ahora en este pueblo? La última vez que estuv aquí algunos llevaban una vida que era reprehensible bajo muchos aspectos. Tengo presente haber visto doncellas que la echaban

de coquetas, y que tenian mucha más vanidad de la que era menester. Tambien habia muchachos que en lugar de ocuparse en cosas útiles los domingos, despues de haber cumplido con los deberes del cristiano, se iban á la taberna á jugar á los naipes, perder su dinero y emborracharse. No me atrevo á decir que hasta habia padres que no les daban muy buen ejemplo; pero me acuerdo sin embargo haber visto uno que volvió á su casa achispado, y que maltrató de un modo cruel á su pobre mujer.» «Ah! tío Simon dijo una muchacha, ya no veréis nada de eso en este país, gracias á vuestros consejos y á los de nuestro buen cura. Por desgracia aun no sabemos todos leer y lo sentimos mucho; pero el señor cura y el señor alcalde nos tienen prometido que pronto habrá aquí una escuela á la que podremos ir todos los domingos á instruirnos. Entretanto mi hermano que aprendió á leer en el regimiento, siendo cabo de escuadra, nos da leccion los domingos por la tarde, y hace tambien lo mismo casi en todas las casas del lugar. ¿No veis aquellos libros que están encima de aquella mesa? Son el evangelio, el catecismo, la imitacion de Jesu-
cristo, y algunos otros que contienen his-

torias parecidas á las que vos contais, y buenos consejos como los que vos nos dais. Os aseguro tío Simon, que nos hemos vuelto mucho mas racionales desde que nos ocupamos de este modo, al paso que tambien nos divertimos mucho mas.

Me alegro en el alma de lo que me decís y verdaderamente que esto me sirve de una grande satisfaccion, dijo Simon de Nantua. Continudad amigos míos y cada dia tendréis nuevos motivos para alegraros de ello. Sobre todo luego que haya los domingos en este lugar una escuela, no dejéis de asistir á ella grandes y pequeños. Vosotros debéis ser muy reconocidos á vuestro alcalde y á vuestro cura por el cuidado que tienen de proporcionaros los medios para instruiros, pues es un grande presente el que os hacen. Veo con gusto que vosotros lo conoceis y que hablais de ello en los términos que acabo de oír. Me es imposible espresar el placer que experimento al encontraros con tan buenas disposiciones. Pero, amigos, no basta que lo practiquemos con constancia. Una buena resolucion es el primer paso, y este es siempre el mas difícil. ¿No conoceis pues que seria una locura volver atrás cuando

uno ya no tiene que andar sino por un camino fácil y trillado? con todo, es cierto que hay hombres que son tan capaces de hacer grandes proyectos, como prontos para abandonar su ejecucion. Estos tales son unos insensatos, y debemos guardarnos de imitarlos. Por pequeño que sea un encargo, no se llena sin perseverancia. Esta es una virtud necesaria para la práctica de todas las demás. Frecuentemente oimos decir á muchos, yo haré y no siempre vemos que hagan; ¿porqué? Porque los que lo dicen no tienen perseverancia. Pocos hombres habrá que no hayan sentido movimientos de virtud. ¿Pero qué mérito hay en esto si estos movimientos no hacen mas que brillar y desaparecer como el relámpago? El mérito consiste en seguir el buen camino luego que se está en él. Esto es lo que confío que hareis amigos míos, Vosotros ya os hallais en este buen camino, seguid adelante sin desviaros de él y estad seguros que llegareis..... ¿á dónde? A la felicidad, que es compañera inseparable de la virtud.

CAPITULO XII.

Simon de Nantua cuenta la historia de dos muchachas, de las cuales la una era muy laboriosa y la otra desaplicada.

Ya os he prometido, dijo habiendo cenado Simon de Nantua, daros noticias de dos personas de vuestro pais, y voy á hacerlo con tanto mas gusto cuanto que su historia podrá servir de leccion á estas doncellas.

Bien os acordaréis de Catalina Gervais y de Nicolasita Michaud. Ya sabeis que ambas dejaron su patria y se fueron á París para buscar una casa en que colocarse. Yo las encontré en esta ciudad, y supe por ellas mismas lo que les ha sucedido despues que partieron de este lugar, y esto es lo que ahora voy á contaros.

HISTORIA DE CATALINA CERVAIS.

Todos vosotros sabeis, continuó Simon de Nantua, que Catalina Gervais era una buena muchacha, que no era bonita, ni tenia la menor presuncion de serlo, pero era sí, muy discreta, piadosa y aficionada al trabajo. Así es, que cuando partió

para París no pensó en otra cosa que en trabajar todo lo posible para ganar dinero y poder ayudar á su anciano padre que se hallaba enfermo. Al llegar á aquella capital se presentó en una casa, á la cual estaba recomendada por vuestro alcalde; y como además llevaba una buena certificacion del señor cura de este pueblo, con estas recomendaciones la admitieron de buena gana, al principio para fregar los platos y hacer las demás faenas de la casa. Catalina no era ni altanera ni melindrosa y hacia sin murmurar todo cuanto se le mandaba hasta por los demás criados, de manera que todos la amaban. Como ella deseaba sobremanera aprender á guisar pidió al cocinero de su casa que le enseñase como lo hacia, y que tuviese la bondad de darle algunas instrucciones. El gefe no tuvo inconveniente en dárselas y dentro de muy corto tiempo Catalina empezó á ser muy buena cocinera. Todo es fácil para los que de veras quieren aprender. Por lo demás Catalina era prudente; seguia llenando con una grande exactitud todos sus deberes de piedad, y era muy conocida del cura de la parroquia.

Quando ella conoció que se hallaba en

estado de desempeñar un encargo mas difícil, pero mas lucroso, fué á encontrar á su ama, y le dijo; señora, quedo muy agradecida á la bondad con que Vd. se sirvió admitirme en su casa, si sé algo y me hallo en estado de ganar la vida á Vd. lo debo. Yo quisiera no dejar á Vd. pero tengo un padre anciano que necesita que yo le socorra y debo trabajar por él. Ahora ya puedo colocarme por cocinera en una casa de menos rango que la de Vd. «¿Tendrá Vd. la bondad de añadir á los favores que le debo el de recomendarme á las personas que quisieren tomarme? Yo no he querido buscar casa antes de pedirle á Vd. permiso para ello.»

La Señora quedó prendada de la delicadeza y de los buenos sentimientos de Catalina: le prometió que la recomendaria, y que la tendria en su casa hasta que hallase una buena colocacion. Catalina fué á ver al cura para pedirle su proteccion. Sucedió cabalmente que el cura conocia una buena señora anciana que necesitaba una ama de llaves, y como conoçia tambien las buenas calidades de Catalina pensó que no podia hacer ninguna cosa mejor que enviarla á aquella Señora. En efecto Catali-

na fué admitida en casa de dicha señora, y étela hecha una princesa, es decir cocinera principal. Su ama está muy contenta del cuidado y esmero con que la sirve. Ella gana bastante dinero, y si no hubiese tenido la desgracia, que sabeis, de perder á su padre, en el dia podria ya proporcionarle su bienestar. Además que la señora anciana sin duda no la olvidará en su testamento; pero Catalina tiene un corazon demasiado bueno para pensar siquiera en esto; ni hacer un cálculo semejante.

¿Y la pobre Nicolasita? dijo una mocita; ella era tan linda, tan amable..... ¿en qué ha venido á parar?

¡Ah! dijo Simon de Nantua, meneando la cabeza, esto es lo que vamos á ver.

HISTORIA DE NICOLASITA MICHAUD.

Nicolasita Michaud, prosiguió Simon de Nantua, era muy bonita, como acabais de decir; pero por desgracia era demasiado presumida, y sobre todo gustaba mucho de que se lo dijese. Ella no tenia ni una sombra de piedad, y solo iba á la iglesia cuando le era imposible dejar de ir. Toda su ocupacion entre semana era pensar en el vestido que se pondria el domingo pa-

ra ir al baile. Tenia miedo de que su piel se atezase ó de que sus manos se endureciesen, de modo que ni le gustaba de trabajar en el campo ni en la cocina. La poca labor que le precisaban á hacer era muy mal hecha porque en lugar de poner cuidado en lo que hacia, repasaba en su espíritu todos los cumplimientos que habia recibido de los jóvenes. Su único anhelo era ir á París porque habia oido decir que esta ciudad era muy divertida y pensaba que le convenia mas que la aldea. Importunaba á su madre sobre el particular; pero la buena mujer que conocia bien todos los peligros á que se espondría su hija no queria consentir en ello. Sin embargo, no sabiendo ya que hacerse de esta muchacha desatinada, la tia Michaud se decidió finalmente á enviarla á Paris á una casa que le indicó el señor cura, y á la que le recomendó muy particularmente suplicando que vigilasen sobre su conducta lo mas que fuese posible. Dió tambien el cura á Nicolasita cuando iba á partirse, los consejos mas sábios y mas paternales, pero no eran mas que palabras que se llevaba el aire, pues la locona ni escuchaba ni pensaba mas que en la dicha de ir á Paris.

¡Pobre Nicolasita! Llega á esta ciudad y es colocada para cuidar de unos niños. La infeliz en su vida las habia visto mas gordas; dejaba gritar á los niños, no impedia que subiesen sobre las sillas, de las cuales podian caer y lastimarse, no tenia ningun cuidado de lavarlos y limpiarlos. En una palabra, del mismo modo que en la aldea, Nicolasita jamás se ocupaba en otra cosa que en su persona. Llegaba á la casa algun criado extranjero muy pronto iba á mostrarse en la antesala, y á captar sus obsequios. Pero luego tuvo la desgracia de recibirlos de parte de los jóvenes de distincion, y su orgullo se hizo insoportable, respecto de los otros criados, hasta que tomó un exterior muy irregular á la presencia de su ama, á la cual llegó á perder mas de una vez el respeto.

En fin un dia que habia llevado á los niños á pasear en un jardin público llamado Luxemburgo, y en medio del cual habia un grande estanque, ella dejaba correr á los niños solos y se entretenia hablando con un jóven que se habia arrimado á ella. De improviso se oyen gritos horriblos ¡que un niño ha caido en el estanque! La pobre muchacha queda sin senti-

dos. Felizmente uno que pasaba por allí se arroja al agua y saca de ella al niño que ya creian muerto.

Yo os dejo pensar de que modo Nicolasita sería recibida por la madre. El mismo dia la despidieron y tuvo que dejar la casa. Vedla ya sin saber en donde ir, sola en Paris, sin apoyo, sin recomendaciones para colocarse. Nicolasita tenia motivo para hacer serias reflexiones, pero ¿era capaz de ello? Ya no quiero cuidar de niños, dijo, esto es demasiado cansado y desagradable. Me colocaré en una casa de grandes por camarera que es uno de los mejores destinos. Camareras he visto que van tan bien puestas como sus amas, y yo seria mas bonita que la mia. Yo no se á quien dirigirme. Pero no importa, voy á hacerme poner en el diario.

No es necesario que os diga, amigos míos, que es muy sensible no tener otra recomendacion que la del diario; pero hay gentes que no son muy escrupulosas y por muy buenas razones. Nicolasita pues, balló donde colocarse por camarera, bien que fué en casa de una mujer muy poco respetable, y en cuya compañía tuvo á la vista mas malos ejemplos de los que eran menester para acabar de perderla.

Yo no quiero contaros muchachitas, el resto de la historia de Nicolasita con todas sus circunstancias. Esta relacion os haria estremecer, pero ofenderia vuestros oidos. Básteos saber que de la casa en que habia tenido la desgracia de entrar salió desmoralizada y sin reputacion, y que su único recurso fué el mas infame y mas horrible de todos los oficios. Por algun tiempo osó lisonjarse de que podia de este modo ser feliz en el seno del vicio. Pero la mano de Dios se preparaba para herirla. Pronto se marchitó su belleza, y acometiéndola la enfermedad y la miseria hicieron presa y se encarnizaron en ella. Todo se acabó para ella; los remordimientos, la vergüenza, el dolor, el terror son todo lo que le queda. No me atrevo, no me atrevo á pintaros el estado horroroso en que encontré á esta desventurada. Pálida, enflaquecida, desfigurada, mendigando un pan destinado á sostener la existencia mas miserable. Ya no queda á esta desgraciada mas que desear, ni mas que esperar, sino el poder obtener un asilo para exhalar el último suspiro en el hospital en que se recojea las mujeres perdidas.

Al acabar esta relacion, todo el mundo guardaba un silencio triste, y las lágrimas

se asomaban á los ojos de la mayor parte de los circunstantes; la muchacha que fué la primera que preguntó por Nicolasita dijo en fin ¡Ah pobre Nicolasita! ese sin duda es el motivo porque no hemos oido hablar mas de ella. Cuidado que nadie diga nada de esto á la tia Michaud. Ciertamente que es digna de compasion. Pero mas vale que crea que su hija ha muerto, que no que sepa el estado en que se halla.

Ved hijos, prosiguió Simon de Nantua, ved la diferencia que hay para ser feliz entre una conducta honrada y laboriosa, y una conducta atolondrada y disipada. Ved tambien cuan funesta ventaja es la belleza cuando se aprecia demasiado. La belleza de la cara en tanto tiene valor, en cuanto es el retrato de la belleza del alma; acordaos de la historia de Nicolasita, y pensad frecuentemente en la de Catalina.

CAPITULO XIII.

Simon de Nantua publica un bando sobre las ventajas y la historia de la vacuna.

Al entrar en la villa de Bar-de-Aube se detuvo de sopeton Simon de Nantua en

una casa, en cuyo lumbral de la puerta estaba sentada una niña. Al principio yo no sabía cual podía ser el motivo de la indignación que veía en los ojos de mi compañero de viage. Pero pronto echó de ver, que la criatura á quien estaba mirando, tenía la cara cubierta de manchas coloradas, por lo que adiviné el pensamiento de Simon de Nantua, el cual entrando y pidiendo por la madre, «¿es vuestra esta niña?» le dijo. «Si Señor.» «Pues bien empleado os habria estado, que la hubieseis perdido.» «Bastante temor he tenido de ello, la infeliz ha estado en un tris de morir.» Diriais mejor que por poco no la habeis muerto. ¿Es posible que teniendo casas donde se aplica la vacuna á las criaturas, aguardéis á que las viruelas vengán á amenazar los dias de la vuestra? sabeis...

Mientras hablaba Simon de Nantua oímos tocar una caja en la calle. «¿Qué es esto?» dijo el tío Simon. «Será seguramente que vá á echarse un pregon por el gobierno.» Ah! Ah! Bueno: dejadme á vuestra niña.

Diciendo esto coge la convalecientica, y va á colocarse con ella al lado del tambor. La gente que pasaba por allí se habia dete-

nido para oír el pregon y formaba un círculo en medio de la calle. Luego que el tambor hubo acabado el redoble iba á pronunciar su discurso el orador del gobierno. Pero Simon de Nantua, á quien la impaciencia hizo olvidar las reglas de la urbanidad, le ganó por la mano y dijo en voz alta.

«Habitantes de Bar-de-Aube, veis como esta niña acaba de tener las viruelas. Ella ha estado á pique de morir, y llevará toda su vida las señales de la enfermedad que la ha desfigurada. ¿Qué pensariais de una madre que teniendo pan en su casa dejase perecer de hambre á sus hijos? ¿Qué pensais de una madre que deja á sus hijos espuestos al peligro de un mal que muchas veces es mortal teniendo á la mano todos los medios para precaverse de el? Una negligencia tan criminal merecia un grave castigo. La beneficencia del gobierno, ha establecido en todos los pueblos casas donde se aplica la vacuna. Todos vosotros podeis hacer vacunar á vuestros hijos, y los que no quieren hacerlo, ya sea por obstinacion, ya sea por negligencia pecan contra si mismos, contra el gobierno, y contra toda la sociedad. Ellas comprometen la existencia de la generacion naciente dando pábulo á un mal

contagioso. ¿Quereis conservar á vuestros hijos, ó bien quereis mejor esponeros, ya á perderlos, ya á verlos desfigurados, y acaso tambien ciegos, pues que esta enfermedad tan temible es las mas veces efecto de las viruelas? Creedme, si entre vosotros hay algunos que desprecien una precaucion que ya es un deber sagrado, tiempo vendrá en que se arrepientan de ello. Cuando ha llegado el mal, ya no es tiempo de prevenirle. Si él halla la puerta abierta entra, y despues que ha entrado hace los estragos que suele. Gentes hay que no temen nada y que dicen, *quando nos hallemos en este caso ya lo veremos*. Estos tales son unos locos. El hombre que tiene sentido comun, ve de lejos y está sobre sí. La dicha no viene á encontrarnos si no la buscamos. Pero la desgracia viene por sí misma, aun cuando no vayamos tras ella. Cuando vosotros edificais vuestra casa ¿acaso no tomais todas las precauciones para ponerla á cubierto de los peligros del fuego? ¿Os son por ventura, los hijos menos caros que vuestra casa? ¿No haréis tambien lo que es menester, para libertarlos de un mal que os los puede arrebatat? ¿Sabeis cuantos niños perecian, víctimas de las viruelas, antes del descubri-

miento de la vacna? de cada siete que padecian este mal, moria uno á lo menos y con dificultad habia uno ó dos, á quienes no quedase alguna reliquia de la enfermedad. En vuestro lugar solamente las viruelas harian morir cada año una docena de criaturas á lo menos. Estas son otras tantas víctimas que la vacuna debe salvar en el día de hoy. Pero veo que entre nosotros hay algunos que parece menean la cabeza y que desconfian del preservativo. ¿Si creerán estos bachilleres saber mas que los médicos de todos los paises? No seria extraño, que tuvieseis mas confianza en las drogas de algun charlatan que hechase buenas arengas. Yo no os hablo para sonsacaros en dinero. Os hablo por vuestro bien únicamente, porque he corrido un poco el mundo, y sé lo que pasa en los demás paises. ¿Ignorais acaso que es la vacuna? Pues voy á deciros de que modo se descubrió.

Habia en Escocia un médico llamado Jenner, que habia observado mucho los estragos de las viruelas y que hacia mucho tiempo que iba buscando algun medio para disminuir una calamidad tan funesta para el linage humano. Habian sido inútiles todas sus diligencias, cuando echó de ver que los

pastores, que abundan mucho en aquel pais, tenian algunas veces unos granos muy parecidos á los que salen en las ubres de las vacas. Hizo algunas preguntas á estos pastores, y supó que los que habian padecido esta enfermedad nunca tenian viruelas. En el mismo tiempo un francés llamado Rabaud habitante en Mompeller, habia hecho la misma observacion y habia hablado de ella á un médico inglés que al punto la comunicó al médico escocés. Este hizo experimentos, por los cuales conoció que las observaciones del señor Rabaud y las suyas eran fundadas. Entonces se determinó á publicar el descubrimiento, y todos los médicos confirmaron con otros experimentos los que Jenner habia hecho. Hasta se ha llegado á hacer dormir por espacio de muchas noches á un niño vacunado con otro niño enfermo de viruelas de muy mala calidad, sin que aquel se haya contagiado. Despues hay gentes que dicen que la vacuna produce otras enfermedades. Los imbéciles lo creen; pero no es así. La vacuna precave de las viruelas, y está dicho todo. Este es un beneficio tan grande, que todo el mundo deberia saber el nombre del escocés Jenner, y el del francés Rabaud, para repetirlo sin

cesar con gratitud, en todos los paises de la tierra.

Yo os he dicho que todos aquellos que no hacen vacunar á sus hijos se arrepentirán de ello. Pues voy á contaros lo que ví en uno de mis viages. Una muger tenia dos niños, y amaba á uno de ellos con una preferencia muy notable. Esta preferencia es siempre criminal en el corazón de una madre. Ella consintió en hacer vacunar al hijo que estimaba menos, pero temió esponer al otro al influjo de un preservativo, cuyos preciosos afectos ignoraba. Mas sucedió que hubo en aquella tierra una epidemia de viruelas. El hijo predilecto carecia de preservativo contra este mal, fué atacado de él y pereció. El otro se libertó de él y vive todavia. Habitantes de Bar-de-Aube: cuidado que imiteis á esta desgraciada madre, doblemente criminal y bien severamente castigada. Nada más tengo que decir.

Simon de Nantua habia llamado grandemente la atencion. El mismo adjunto del alcaide le habia escuchado de un modo que manifestaba su asombro y no habia querido interrumpir su discurso. Cuando Simon hubo acabado de hablar, se volvió hácia el adjunto y le dijo: Señor mio, perdone V. la

libertad que me he tomado, Pero he creido que haria un bien si decia lo que he dicho.» «Vos lo habeis hecho tan bien, respondió el adjunto, que no me queda nada que decir, pues que mi pregón no tenia otro objeto que anunciar á los habitantes que las viruelas amenazaban al pais, y exhortarles á que se preservasen del mal.» «Vos habeis hablado tal vez con mas energía, que no hubiera hablado yo. Os doy las gracias por ello.» «Señor no teneis que dármelas: á mi me basta la buena intencion con que lo he hecho, y deseo que todos se aprovechen del aviso.»

CAPITULO XIV.

Simon de Nantua contempla con emocion el cuadro que le ofrece un matrimonio feliz y virtuoso.

Luego que se hubo retirado de la muchedumbre, se llegó á nosotros un hombre de unos cuarenta años y dijo, Simon de Nantua: «tio Simon ¿qué no me veis ó es que no me conocéis?» ¡Ay pecador de mi! ¿no eres tú mi antiguo amigo Bernardo?» «El mismo.» «A fe mia que en estos diez y ocho años, se han mudado mucho tus facciones, amigo: ¡y cómo se te ha poblado

la barba! Dame un abrazo. Mucho me alegro de volver á verte.» Y yo tambien tio Simon.» «En este momento iba pasando por aquí y luego os he conocido en la voz mientras estabais hablando á toda esta gente. Con que ¿aun teneis el mismo genio?» «El mismo, amigo, no es fácil mudarle en mi edad. Pero, y que es lo que haces en esta tierra.» Yo os lo contaré. Pero vamos á mi casa que descansareis; yo confio que no buscareis otra posada.» «Con mucho gusto.» «¿Va con vos ese caballero?» «Sí, es mi compañero de viage y jamás nos separarémolos el uno del otro.» «Mejor, me alegro de ello.»

Etenos aquí asiéndonos estrechamente de los brazos y dirigiéndonos á la casa de Bernardo, yendo el caballo de Simon de Nantua en pos de su amo, lo mismo que si hubiese sido un perro. «¿Tienes almacen de vino?» dijo Simon de Nantua, al ver la casa de su amigo. «Para serviros» respondió este. «Me parece que no te ha ido del todo mal con el negocio, y todo esto tiene muy buena traza.» «Si, estoy bastante contento con mi suerte. Jamás he olvidado los consejos que me disteis en otro tiempo en Nantua, y hoy os debo dar las

gracias por ellos, puesto que me ha ido muy bien siguiéndolos. ¿Quereis ver á mi mujer?» «¿Eres casado?» «Sí, sin duda, y tengo tambien familia. Luego los veréis á todos.» En efecto, Bernardo nos presentó á su mujer que tenia unos treinta años de edad, era fresca y muy agraciada. Tenia á su lado dos criaturillas, que el tio Simon abrazó con los ojos arrasados de lágrimas. Luego que hubimos descansado un poco y tomado el refresco que nos presentaron, Simon de Nantua dijo á Bernardo: «ea amigo, cuéntame algo de lo que te ha sucedido desde que no he oido hablar de tí, y como te hallas en el dia en una situacion tan feliz.» «Con mucho gusto tio Simon, y esto es muy poco de lo que os debo.»

Ya os acordais, continuó Bernardo, de los muchos y buenos consejos que me disteis cuando me fué forzoso ir al ejército. Los he tenido muy presentes, y apenas ha pasado dia en que no haya tenido ocasion de aprovecharme de ellos. No me gustaba mucho la carrera militar, pero tenia honor, y el que lo tenga no puede ser mal soldado. A la verdad, yo no era de aquellos temerarios que nada temen teniéndose por mas valientes que Sanson: pero cumplia con mi

deber; y cuando me tocaba la vez estaba pronto y jamás abandonaba mi puesto. Como yo habia aprendido algo y escribia regularmente, fui distinguido. El cuartel maestro me tomó por su secretario y en seguida me hizo nombrar furriel. Yo llené las funciones de este encargo con probidad, esto fué notado y al cabo de un año se me dió la gineta. Los soldados me querian porque los trataba con agrado, teniendo presente que habia sido su igual. Estimábanme mis gefes porque sabia obedecer, era muy exacto en el cumplimiento de mis deberes, y muy amigo de la disciplina. De este modo hice la guerra por espacio de siete años, y hoy sería sin duda oficial, á no haber sido una herida grave que me obligó á pedir mi licencia absoluta y á dejar el servicio. Esto me fué muy sensible, no porque hechase menos la profesion á que me era preciso renunciar, sino porque no sabia atinar que podría hacer para substituir. Ea, dije entre mí, ánimo Bernardo; tu no te has portado mal, y no mereces que la suerte te sea contraria. Tomé el camino de Paris con algun dinerillo que habia tenido la prudencia de juntar. Pasando por Bar-de-Aube quiso la casualidad, que entrase á refrescar en una

casa, mientras estaba bebiendo un ocho de vino, el dueño de ella que era un buen francés y que siempre que veía algún soldado herido en el servicio de la nación se interesaba por él, me hizo algunas preguntas á las que yo contesté. Siguió preguntándome y le conté toda mi historia, confesándole el embarazo en que iba á encontrarme luego que se hubiesen acabado mis recursos. Despues de haberme mirado un instante atentamente, me dijo: camarada, yo necesito de un dependiente para que me ayude en mi trato, ¿quereis quedaros en mi casa? ¿Porque nó, Señor? Pues bien, dadme la mano, ya no teneis que andar mas.

Eteme aqui colocado en casa del Señor Antonio, en la cual me fué tan fácil portarme bien como en el regimiento. El fué cobrándome afecto, y al fin vino á mirarme como á su hijo.

Hacia ya cuatro años que yo estaba en su casa, cuando un dia llamándome á su cuarto, me dijo: estoy contento de tí: y bien sabes la mucha aficion que te tengo. Empiezo á hacerme viejo, y no quiero tardar mas á asegurar la suerte de mi hija. Bien conozco que los dos no os mirais con malos ojos, quiero que te cases con ella, y que

tu te encargúes de mi comercio. Pero Señor Antonio ¿habeis reflexionado ya que yo no soy mas que un pobre? Vamos yo no lo quiero. ¿Querrás desobedecerme hoy? ¡O mi caro bienhechor! Bueno, bueno, quedas encargado de anunciarlo á Mariana.

Arrojéme al cuello del buen Antonio, y corrí en busca de Mariana, á quien esta nueva, causó poco menos placer que á mí. Nos casamos: yo tomé la direccion de los negocios, y hasta aquí no puedo quejarme de la suerte. Tal vez hubiera podido llegar á ser mas rico, pero tal vez tendria tambien un poco enredada la conciencia y no dormiria con la tranquilidad que duermo ahora. El cielo me ha dado estos dos hijos, y por ello le doy gracias todos los dias. Ellos nos aman mucho á mi y á su madre, y serán buenos hijos. Yo cuido de su educacion tio Simon, y no olvido que yo debo mi fortuna á la que me dieron en mi niñez. En fin, desde que me casé, yo y mi muger solo hemos tenido un disgusto, que ha sido la pérdida de nuestro escelente padre. Dos años hace que nos fué arrebatado y nunca pensamos en él, sin que nuestros ojos queden arrasados de lágrimas. Aqui teneis, mi anciano y mi digno amigo, la historia

de aquel huérfano á quien disteis consejos tan paternos, y que tiene la satisfaccion de manifestaros que ha sabido aprovecharse de ellos.»

Al concluirse esta relacion, Simon de Nantua no cabia en sí de contento, abraza al padre, á la madre, y á los hijos, lo cual presentaba un espectáculo sobremanera tierno. No necesito decir de que modo fuimos tratados en esta casa. Simon de Nantua se alegró de que por ciertos negocios tuviese que detenerse algunos dias, como se detuvo, en Bar-del-Aube. Yo lo celebré igualmente, porque para mí nada hay mas gustoso que el espectáculo que presentan un buen matrimonio y las personas que tienen hombría de bien.

CAPITULO XV.

Diferentes encuentros que hace Simon de Nantua en el camino real, y buenos consejos que da sobre diversos asuntos.

Omito siempre hablaros lectores carísimos de los negocios de mi compañero de viaje. Pero es porqué pienso que ellos deben interesaros menos que sus discursos. En general, sus operaciones pronto están concluidas, él vende, compra segun las ocasio-

nes, y sus ajustes se hacen sin largas discusiones. Aun entonces, es cuando habla menos; porque tiene por principio, por lo que hace á los negocios, que al buen entendedor pocas palabras. Así es que cada vez que digo, llegamos á tal ciudad ó á tal pueblo, es señal de que Simon de Nantua tenia algo que hacer en él. Y cuando digo partimos de tal parage, debe entenderse que el tio Simon habia concluido sus operaciones.

Despues de habernos despedido con ternura, de la escelenté familia de Bernardo, dejamos á Bar-del-Aube para dirigirnos hácia Chalons-del-Marne. Yo creo que Simon de Nantua jamás habia hablado tanto, como en los tres dias que empleamos en este viaje. A cuantos pasajeros encontraba por el camino les dirigia la palabra.

«Amigo. ¿Quiere Vd. lastimarse del pecho? dijo á un aldeano jóven, que llevaba un paso mas que regular, ¿á donde corre Vd. tan aprisa y sobre todo tan engalanado? ¿va Vd. á ver á su novia?» «¡A fe, que estoy ahora para novias! corro á la ciudad á un letrado, y á buscar algun medio para obtener una moratoria, pues que un acreedor quiere hacer vender los muebles de

mi padre.» «¡Mal año! Si fuese yo vuestro acreedor, y le viese llegar con ese vestido de buen paño, esos zapatos delgados y esa camisa fina, no me inspiraría Vd. mucha compasión. Sobre que le digo que al verle pasar, no creí sino que era el labrador mas rico de su pueblo.» «¡Dios mio! nosotros no somos ricos, tal vez no tardaremos en ser todavía mas pobres.» «Quiere Vd. que le diga porque les sucede esto? dijo Simon de Nantua, porque han querido parecer lo que no eran. Toda su traza de Vd. es de haber querido imitar á la rana, que se hinchaba para ser tan grande como el buey. La rana se reventó, amigo mio, y me temo que le sucederá á Vd. otro tanto. Ande pronto, y si puede salir de ese apuro, acuérdesese despues de esta leccion, y así no gastará mas de aquello que alcanzen sus posibles.»

Buenos dias ama, ¿mucho grita su niño?» «Ah! no es estraño ¿no vé Vd. como está fajado, y casi metido en prensa.»? «A ser yo su madre, no le tendria Vd. mucho tiempo en su poder para martirizarle de ese modo. Dígame Vd. por su vida, ¿le gustaria mucho, que la fajasen de esa manera? El pobre niño no tiene otro re-

curso que dar gritos como lo hace. Yo quisiera que gritase tanto, que la volviese á Vd. sorda. ¿No ve Vd., que esa pobre criatura privada de respiracion y de movimiento, no puede crecer ni desenvolverse libremente? ¡Que mucho que sus hijos estén enclenques y enfermizos, si así les impiden que cobren fuerzas! ¿No es verdad que los animales no fajan á sus hijuelos? Pues este es el motivo porque entre ellos no se encuentra ninguno contrahecho ni lastimado del pecho. Bien sé, que es mas cómodo para una dama liar á un niño como si fuera un fardo, á fin de poderle dejar gritar sin tener que pasar cuidado de él, dispensándose de este modo de la obligacion que incumbe de hacerlo. La cosa es tan bárbara como el motivo porque se hace. En todas partes se va dejando esa costumbre inhumana, y los que se obstinan todavía en conservarla son muy preocupados, muy estúpidos, ó muy malvados.

«Guarde Dios á Vd. señor militar, ¿en donde ha perdido Vd. ese brazo?» En la campaña de 1814.» «¿Y de que manera le hirieron á Vd.?» «Una bala de fusil me llevó la muñeca, pero yo me hallaba en mi puesto, y no le desamparé hasta que

se me llevaron. Despues me han cortado el brazo como ve Vd.» «¡Mucho habrá Vd. padecido!» «No, una friolera. Lo que mas pena me daba, era el no poder batirme, mientras que el enemigo ocupaba nuestro territorio.» «Sin duda le habrán dado á Vd. una pensión.» «Si señor.» «¿Y está Vd. contento?» «Contentísimo. Me hallo condecorado con mi cruz de honor, disfruto una pensoncilla, poseo un pedazo de tierra que heredé de mi padre, y me basta para vivir. He leído en la historia, que los guerreros romanos volvian al arado despues de los combates: me causa satisfaccion y envanecimiento poder hacer otro tanto y de ningun modo debo quejarme viendo que todavía me queda un brazo para conducir el arado, y para darle tambien á la patria siempre que tuviere necesidad de ello. Puedo asegurar, que no echo menos ninguna cosa de este mundo, ni deseo nada para mí, y que lo único que anelo, es el bien de mi patria.» «Yo tambien uno mis votos á los de Vd. haciéndolo al mismo tiempo por su felicidad. A las órdenes de Vd. valiente militar, y honrado ciudadano.»

«Ola, ¿por aquí Vd. señor Rayment?»

«O! buenos dias tio Simon.» «¿Que ya no es Vd. de la brigada de Nantua?» «No, hace ya un año que me hallo en este pais.» «Mucho me alegro de encontrar á Vd. ¿Que casta de gente trae Vd. ahí?» «Desertores.» «¿Desertores? ¡Hablan esos hombres francés?» «No han de hablarlo, si son franceses.» «Vamos, que no es posible que lo sean. Un soldado francés no abandona sus banderas, ni se sustrae del servicio de su pais, y de su rey. ¿No es verdad, señores, que Vds. no son franceses?»

Los desertores no se atrevieron á responder, y al oír el nombre franceses, de que eran indignos, bajaron la cabeza.

«¿Cómo es que está Vd. ahí? dijo Simon de Nantua, dirigiendo la palabra á un soldado con uniforme, que marchaba al lado de un desertor, manifestando en su semblante la pena que oprimia su corazon. «Vd. no me parece que sea de los suyos.» «¿de los suyos? dijo el soldado levantando la cabeza con indignacion; yo desertor! no, no, señor mio.» «¿Pues que es lo que está Vd. haciendo aquí amigo?» Uno de estos desventurados fué mi amigo desde la niñez eramos compañeros de armas, y yo hubiera dado mi vida por él. Su crimen, cuya

causa es inconcebible para mi, me ha causado un sentimiento mortal. No pudiendo ya estimarle, no he podido dejar de amarlo, y he querido darle la última prueba de ello llevándole á su destino. Todos saben la amistad que le profeso, de modo que he obtenido de mi coronel el permiso para acompañarle.» «Está muy bien, ¿pero no teme Vd. que este paso le perjudique? ¡Ser amigo de un desertor! «Que me perjudique en la paga tal vez, pero no en el honor. Soy bien conocido, señor, y tengo acreditado que soy buen soldado.» «No lo dudo, amigo, y nadie que tenga unos sentimientos como los que tiene Vd., será jamás capaz de una accion baja. Ea, tome Vd. esta friolera para su desventurado amigo.» «La admito por él, señor, porque no soy mas que un pobre soldado, pero si yo fuese rico no la admitiria, ni él tendria necesidad de ello.» «Ande Vd.: Vd. es un hombre de bien, y yo quisiera que todo el ejército se compusiese de hombres como Vd.» «Ah! no tenga Vd. cuidado, no soy yo solo que tenga buen corazon, muchos hay que son mejores que yo.» «A Dios, tio Simon, dijo el cabo Raymont echando otra vez á andar: buen viaje.» Buen

viaje señor Raimont, hasta mas ver.»

Un poco mas léjos se dirigió Simon de Nantua á un labrador que cultivaba un campo junto al camino. «Dígame Vd., amigo, ¿cómo es que esta tierra está sin cultivo?» «Señor, porque es menester que descanse.» «¡Como que descanse! ¿se figura Vd. acaso que la tierra es perezosa como los hombres, y que necesita de descanso? Esta es una preocupacion; amigo, y mientras que su tierra no le producé nada, tampoco adquiere nada para poder producir mas, y no por eso paga menos contribucion. ¿Sabe Vd. leer?» «No señor.» «Tanto peor, yo le habria hecho leer lo que se escribe todos los dias sobre agricultura. En ello habria Vd. hallado buenas instrucciones que le habrian puesto en estado de aumentar el producto de la tierra que cultiva. Vds. creen que no puede haber ninguna cosa mejor que lo que han practicado siempre, como si no se hiciesen sin cesar descubrimientos útiles. Si quisiesen escuchar los consejos que les dan, muchas veces les irian mejor los negocios. ¿Tiene Vd. hijos?» «Uno tengo.» «Sabe leer?» «No.» «Pues envíele Vd. á la escuela. Despues le leerá libros de agricultura, y si tiene la docilidad de seguir los

consejos que hallará en ellos, no tardará Vd. en tener motivos para alegrarse de no haberse obstinado en seguir la rutina. No lo dude Vd. Hay hombres que trabajan por el bien comun, pero es trabajo y tiempo perdido, para los que no quieren escucharlos. Por lo mismo le interesa á Vd., y aun está Vd. obligado á hacerlo. Porque en fin, si es Vd. buen francés, debe desear lo que nos puede hacer mas ricos, y mas poderosos que los demás pueblos. Las producciones de nuestro suelo, pueden hacer nuestra riqueza. Pero el suelo no produce por sí mismo, quiere que se ayude con la industria. Es pues menester, que sea Vd. industrioso, para que su pais y Vd. sean ricos.

Seria nunca acabar si yo quisiese, caro lector, repetir cuanto Simon de Nantua dijo á todos los que encontramos por el camino; y jamás llegaríamos á la posada si yo me parase á cada instante como lo hicimos entonces.

CAPITULO XVI.

Simon de Nantua llega á un palacio y se llena de indignacion, al ver la ingratitud de los criados para con sus amos.

A algunas leguas de Chalons quiso detenerse Simon de Nantua en un palacio muy hermoso en que acostumbraba vender, siempre que pasaba por él, algunos artículos de lenceria, muselina, batista y otros. Las tierras de este palacio, forman una propiedad magnífica, cuyos amos viven con grande ostentacion, y tienen muchos criados.

Nos hicieron entrar en la antesala, en donde Simon de Nantua empezó á desbaliar sus géneros, para mostrar lo que traia de la última moda. La gente del palacio, acababa su desayuno y continuó su conversacion con la misma cachaza, que si no hubiese tenido nada que hacer.

Yo no se, dijo una camarera muy petimetra, que tiene hoy la señora. Toda esta mañana está de un humor, que no hay diablos que la aguanten.

EL AYUDA DE CÁMARA.

Ya se yo lo que ella tiene, es porque

la regañó anoche el señor conde, por causa de su hija.

LA CAMARERA.

Porque tu amo mi señor, es un brutal.

EL AYUDA DE CÁMARA.

Yo no digo que no lo sea, pero lo cierto es, que su señora ama es una madre muy indolente y fortuna que tiene quien cuide de sus hijos.

LA CAMARERA.

Será todo lo que tu quieras. Por cierto que el trato que me da, no es tan bueno que merezca que me tome la pena de defenderla.

EL AYUDA DE CÁMARA.

Bien está: tampoco quiero defender á mi amo; desde el dia en que perdió sus veinte mil francos jugando en la casa del señor duque, no me ha tratado ni un solo dia con cariño. Un jugador rabioso...

LA CAMARERA.

En efecto, los disparates de nuestros amos; tenemos que pagarlos nosotros.

EL MAYORDOMO.

¿Y creéis que á mi no me toca tambien la parte del escote.

EL AYUDA DE CÁMARA.

O! tambien te llevas el provecho, y bien se lo que me digo.

EL MAYORDOMO.

Motivo tienes para saberlo, pues que me has robado mis emolumentos.

LA CAMARERA.

¿Acaso se puede robar á nadie lo que no es suyo?

EL AYUDA DE CÁMARA.

Dime pues, ¿aquella pobre modista ha conseguido en fin que le pagasen su cuenta?

LA CAMARERA.

Ya está fresca. Ni siquiera se atreve la señora hablar de ella al señor conde. ¿Que picardia! Ahora que hablamos de esto, ¿y el pobre arquitecto como tiene su cobro? ¿le ha logrado ya?

EL AYUDA DE CÁMARA.

Poco á poco: las deudas del juego deben pagarse antes que todo.

Simon de Nantua que no habia podido menos de enfadarse al oír este coloquio, al fin ya no pudo contenerse y exclamó: ¿y quien diablos los mete á Vds. en eso?

LA CAMARERA.

¿Cómo se entiende, quien nos mete en esto?
¿y quien te mete á Vd. señor buhonero?

EL AYUDA DE CÁMARA.

Vaya, que es muy insolente el hombre.

SIMON DE NANTUA.

No hay duda que es mucha insolencia esa. ¿Piensan humillarme llamándome buhonero? ¿Y se figuran acaso, que yo soy inferior á Vds.? Si mis vestidos no son tan lindos ni tan galanes, tengo la ventaja de no servir á nadie, ¿están Vds.? Además, digo, si me da la gana, dos frescas á los que las merecen. Sin duda, que es muy edificante la conversacion que acabo de escuchar. No quiera Dios, que yo sea gran señor si he

de estar espuesto de este modo á alimentar en mi casa, ingratos que me calumnien y me roben. No tienen Vds. que torcer el hocico, porque lo que yo digo es la pura verdad. ¿Acaso no acaban Vds. de jactarse de sus propias picardías, y de decir indecentes chocarrerías á costa de sus amos, y todo esto en presencia de un extraño sin miramiento ni recato? ¿Que motivo tienen, les ruego por vida suya, para atreverse á juzgar su conducta, y hablar de ella con tanta indiscrecion? ¿Acaso han confiado á Vds. sus secretos? ¿Saben Vds. los motivos de su conducta? ¿Están Vds. seguros de lo que creen haber visto y de lo que dicen? Y aun dado que esto fuese así, cuando hubiesen echado de ver alguna cosa reprehensible, su obligacion seria todavía callarse el pico. Las personas que les permiten habitar en su casa, que pagan sus servicios, ¿no tienen acaso un derecho sagrado á su respeto, á su fidelidad, á su discrecion, y á su reconocimiento? ¿Acaso no deben Vds. servirles é interesarse por ellos en todas ocasiones? Con tales sentimientos y con una conducta tal, es como pudieran honrar el vestido que llevan, y hacerse estimar en su estado. Nadie ve con indife-

rencia á uno de aquellos antiguos criados que jamás han sido bribones ni ingratos, sino que han servido á su amo con buena voluntad, y que de algun modo se han hecho de la familia, en el seno de la cual han pasado su vida. Yo lo puedo decir: he visto no hace mucho tiempo á una mujer, que despues de haber criado los hijos de una familia respetable, ha tenido el sentimiento al cabo de treinta años de estar sirviendo en esta casa, de ver caer á su anciano amo en la niñez, á consecuencia de un ataque de parálisis. Y bien: yo he visto á esta venerable criatura, sin salir un minuto ni de dia ni de noche del cuarto de su amo, por espacio de cinco años que siguió viviendo en este estado. No existiendo mas que por él, cuando sentia desfallecer sus fuerzas y cuando quedaba rendida al cansancio, se ponía de rodillas, y exclamaba. ¡Dios mio! no os pido mas que un favor, concededme bastantes fuerzas para servir á mi buen amo hasta el fin. ¡O buena Frasquita! tu virtud sublime, tu sacrificio tan raro, hallan una digna recompensa en el afecto y el reconocimiento de los hijos de tu amo, y sobre todo en la conciencia de lo que tu has hecho..... Pero yo

les digo á Vds. cosas, que no pueden comprender, y veo que se sonrien. A Dios, yo no me quedo con gentes de esta ralea y sino quieren comprarme géneros nada se me dá.»

CAPITULO XVII.

Simon de Nantua pasa la noche en un cuerpo de guardia, donde tiene ocasion de decir lindas cosas acerca de la guardia nacional.

Yo no sé como calculó Simon de Nantua, pues á pesar de que por lo regular era tan previsivo y sabia medir tambien su tiempo, por esta vez le salió el cálculo errado. Nos detuvimos tan amenudo por el camino para hablar con unos y otros que nos cogió la noche antes de llegar á Chalons.

«¿Llegaremos á la ciudad, dijo Simon, ó pasaremos la noche en alguna venta de las que se encuentran en el camino, «Toda vez que hace buen tiempo, yo le dije, continuemos á andar hasta Chalons, ya no nos faltaban sino dos leguas pequeñas.» «Pues bien convido.»

Estábamos un poco cansados, y no andábamos muy aprisa: de modo que ya casi era media noche, cuando llegamos á la

ciudad, cosa que nunca nos habia sucedido. En ella, todas las casas estaban cerradas, y no sabíamos donde dirigirnos para hallar posada.

¡Esto si que está gracioso! me dijo Simon de Nantua: yo que me jacto de dar consejos á los demás, acabo de cometer una verdadera indiscrecion. Tratemos de repararla: yo no quiero dormir en el meson de la estrella, y esponerme á que nos quedemos dormidos al lado de mis géneros, porque no hay ninguna ciudad, bien sea grande, bien sea pequeña, que no encierre su contingente de rateros. ¿Sabeis lo que debemos hacer?» «No.» «Pues bien, seguidme.»

El me condujo á la casa de la ciudad, en donde se hallaba un piquete de guardia nacional. «¿Quién vive?» gritó el centinela. «Gente de paz: quisiera decir dos palabras al comandante de la guardia.»

Dieron aviso al oficial, el cual vino á reconocernos. Simon de Nantua, le espone nuestra situacion, le enseña nuestros papeles, y pide permiso para pasar la noche en el cuerpo de guardia. No hubo el menor inconveniente. El caballo y las banastas, fueron consignados al lado de la garita, y

nosotros entramos en el cuerpo de guardia, el cual no os describiré, respeto que todos estos lugares se parecen unos á otros, y son muy pocos en el dia, los que no han visto á lo menos uno de ellos.

Ofreciéronnos un puesto con mucha urbanidad en el tablado, pero nosotros se lo agradecemos; Simon de Nantua porque queria mejor tenerlo en la conversacion; y yo, porque por desgracia soy de aquellos que no saben dormir en los cuerpos de guardia. Así que nos quedamos junto á la mesa con los guardias nacionales, de los cuales los unos jugaban á varios juegos, otros bebian un poco de aguardiente, y otros fumaban. Uno de estos últimos quitándose de cuando en cuando la pipa de la boca, echaba votos diciendo: «qué maldito oficio! Ellos harán lo que les diere la gana; pero es la última vez que monto la guardia.» «¿Qué es lo que dice Vd. camarada? dijo Simon de Nantua. ¿Vd. no quiere entrar mas de guardia? ¡Vaya, que sin duda lo dirá Vd. por broma!» «¡Cómo, que lo digo por broma!» «No lo creo. es Vd. demasiado buen ciudadano para que hable de veras, estoy seguro de ello: si todos decian lo mismo de veras ¿qué seria de la seguridad pública?»

«¿Qué me importa? Yo no tengo propiedades que guardar. Bien decia yo que no hablaba Vd. seriamente; si se chancea Vd. todavía.» «Yo no me chanco.» «He yo digo que si: nunca podré persuadirme, que Vd. mire con ojos indiferentes así las propiedades de sus conciudadanos, como los monumentos públicos, y demás cosas, que hacen la riqueza de su país: porque en fin, es Vd. francés.» «Soy sin duda francés.» «Pues no sería Vd. digno de serlo, si se negase á concurrir con los demás ciudadanos, á un servicio honroso y necesario para la tranquilidad del Estado, y de los particulares. Por cierto, que es mucha desgracia, el tener de pasar de cuando en cuando una noche en el cuerpo de guardia. No hay cuidado que se quejase Vd. de ello, si la pasase en una diversion. Ea, no murmure Vd. mas de este modo, si es que quiere ser tenido por patriota. Cuando toda una nacion, toma sobre sí una carga necesaria para el bien general, nadie puede sin rubor negarse á ella. Ya ve Vd. que es mi frente calva, y que solo conservo algunas canas: esto no obstante, yo monto tambien la guardia, cuando estoy de turno en Nantua. Mi edad pudiera eximirme

de ello, pero veo que es necesario que algunos ancianos robustos reemplacen á los jóvenes enervados, que son viejos antes de tiempo.

Estas palabras sofocaron al joven, que no se atrevió á responder; porque la fisonomía de Simon de Nantua, tenia un [no se qué, que infundia veneracion y respeto.

De repente oimos una disputa en el cuarto del oficial. Era un guardia nacional que acababa de llegar, y que no se habia hallado presente á la hora en que debia entrar de faccion. «Sepa Vd., le decia el capitán, que he puesto en el parte como Vd. ha faltado á su deber.» «Vd. es dueño de hacer lo que le diere la gana, señor capitán, ¡como si no tuviese otra cosa que hacer para que quieran que me halle presente en el momento preciso en que me toca entrar de plantón!» Vd. lo toma en un tono poco regular, repuso el oficial. Parece que sus negocios, le han tenido á Vd. mucho tiempo en la mesa; puesto que huele á vino de una legua.» «Puede ser muy bien, póngalo Vd. tambien en el parte.» «A buen seguro que no me olvidaré de ello.»

Camarada, dijo Simon de Nantua, si yo

fuese que el señor oficial, no tendría tantos miramientos con un hombre que olvida su deber del modo que lo hace Vd.: me parece que entiende Vd. tan poco de subordinacion y disciplina como de urbanidad. Me dirá Vd. que no es soldado y que no le dan paga, para que haya de hallarse en su puesto. Pero Vd. se olvida de que en el momento que forma parte de un cuerpo y le toca hacer algun servicio, si falta á él, falta á sus camaradas por mas que tengan la bondad de disimularlo. Además, cuando Vd. habla á un gefe en el tono que acaba de hacerlo, Vd. no advierte que él es un depositario de una autoridad que el Rey le ha confiado. Si él no usa de esta autoridad, sino con reserva y con miramiento; es porque cree tratar con hombres dignos de semejantes consideraciones y que saben llenar su deber, sin necesidad de que se les compele á ello. Las funciones de un oficial de la guardia nacional se harian sumamente penosas si se viese en la precision de mandar á hombres del mismo jaez de Vd. En este caso sería menester, que dejando la urbanidad á un lado, le hablase á Vd. del modo que se habla á los soldados indisciplinados: ya veria Vd. enton-

ces como tiene el poder, y el derecho de hacerse obedecer. ¿A que no le dice á Vd. ninguno de sus compañeros, que por esta vez tenga Vd. razon? Sepa pues Vd., amigo mio; que el que falta á su deber, y que añade á esta primera falta la grosería y la indiscrecion; jamás halla hombres de bien que se hagan de su partido. Yo pienso, que lo mejor que podra Vd. hacer mañana será disculparse con el señor oficial.

Mientras Simon de Nantua estaba hablando de este modo, volvió al cuerpo de guardia, una patrulla que conducia á un hombre.

Mi capitán dijo el cabo, este hombre nos ha insultado, porque le hemos pedido que era lo que estaba haciendo en la calle, á las dos de la madrugada.

EL CAPITAN.

¿De que modo ha insultado á Vds.?

EL CABO.

Nos ha respondido que nos cuidásemos de nosotros que el hacia lo que le daba la gana, y que se burlaba de nosotros.

EL CAPITAN.

Aver que papeles trae Vd. Caballero.?

EL HOMBRE ARRESTADO.

Aquí están mi oficial; los hallará Vd. corrientes, y puedo asegurar que iba á entrar pacíficamente en mi casa al volver de una boda de un amigo mio, cuando estos señores me han encontrado.

EL CAPITAN.

¿Y cómo es que ha insultado Vd. á la patrulla?

EL HOMBRE ARRESTADO.

Yo no se, me ha dado esa humorada. Conozco que he hecho mal y pido perdon por ello a esos señores.

EL CAPITAN.

Bien dice Vd. que ha hecho mal. Todos los ciudadanos deberian tener presente, que los conciudadanos suyos á quienes se confia todos los dias la guarda de la ciudad, son acreedores al respeto de todos los demas; que nada hay mas importuno que el hacer burla de unos hombres que sacri-

fican su tiempo y reposo á la pública tranquilidad; y que finalmente el insultar á los que se han armado en nombre de la ley, es insultar á la misma ley. Quédese Vd. aquí señor mio, luego que amanezca se volverá Vd. á su casa.

SIMON DE NANTUA.

Ha hablado muy bien el señor oficial, y en los mismos términos hubiera hablado yo si hubiese sido mi vez.

Estando en estas pláticas empezó á rayar el alba. Dimos gracias al capitan por la bondad que habia tenido en admitirnos en su cuerpo de guardia, y en seguida salimos de él para ir en busca de una posada un poco mas cómoda.

CAPITULO XVIII.

Arenga que hizo Simon de Nantua á unos curiosos que corrian á bandadas á ver una ejecucion.

Fuimos á alojarnos en una pequeña posada que daba á una plaza pública y nos acostamos para descansar un poco, porque la noche del cuerpo de guardia no nos habia permitido descansar mucho de la fatiga

del dia anterior. Al cabo de unas dos horas, Simon de Nantua que estaba hecho á dormir poco, se levantó para ir á sus negocios, dejándome dormir á pierna tendida. Creo que dormiria todavía á no haber sido por un grande ruido que me despertó. Los que hacian este ruido eran gentes que á cosa de las once ó mediodía acudieron á la plaza, llenaron la misma posada llegando á entrar algunos en mi cuarto á pedirme que les permitiese asomarse á la ventana. «¿Qué es eso pues?» dije yo al ama de la posada. «No es nada, me respondió, llevan á ajusticiar á un hombre.» «¿Y Vd. segun el tono que lo dice parece alegrarse de ello?» «Es que es una funcion muy lucrativa para nosotros: pues alquilamos muy caras nuestras ventanas.» «Ya puede Vd. disponer de la mia le dije.»

Mucho me hubiera alegrado de que Simon de Nantua se hubiese hallado presente; pues las palabras del ama le hubieran suministrado materia para un buen discurso. Pero no se perdió nada por esto, pues que Simon volvió á entrar algunos minutos despues.

La plaza no bastaba para contener la gente, y la casa estaba llena de ella: hombres, mujeres, niños, en fin una confu-

sion de personas: todos se empujaban unos á otros á fin de poder ver la triste escena que iba á representarse.

«Siento que hayamos venido á alojarnos aquí: dije á mi compañero de viaje.» «Yo no, me respondió, pues que quiero decir dos palabras á todas estas gentes luego de concluida la ejecucion.»

El silencio profundo que reinó súbitamente en esta numerosa asamblea nos dió á conocer el momento en que el desgraciado acababa de sufrir la pena de su delito. Este silencio no duró mucho tiempo, porque no bien hubiera pasado algunos minutos, cuando todas las personas que habian ocupado las ventanas bajaron á la grande sala de la posada en donde cada cual empezó á hablar y hacer reflexiones. Eran muchos los que hablaban con alegría, que reian indiscretamente y que hasta se tomaban la libertad de decir chuladas muy impropias en una ocasion como aquella.

No me parece, dijo Simon de Nantua levantando la voz cuanto le fué posible para que callasen y le escuchasen todos los de la sala, no me parece que el espectáculo que acaban de ver haya hecho en Vds. una impresion muy profunda, puesto que ya es-

tán otra vez hablando y aun riendo. Con todo lo que acaba de suceder presta materia para algunas buenas reflexiones. Segun parece no es mas que una simple curiosidad la que ha traído á Vds. aquí. Este motivo no seria muy laudable, porque ir á ver morir un hombre solo por el placer de verle morir no es un acto muy meritorio de humanidad. Entre Vds. veo mujeres que han traído consigo á sus hijos, y que ahora nadie diria sino que vienen de una diversion, segun la bulla que meten. Esto no puede darnos una idea muy ventajosa de la bondad de su corazon. ¿Si creerán tal vez Vds. que es para darles una funcion, que la justicia condena un reo á muerte? ¿No ven el aparato imponente, que da la ejecucion de sus sentencias? Aquel sacerdote, aquellos guardias, aquel cadalso todo se ha reunido para manifestar á un mismo tiempo, el poder y la misericordia de Dios, la autoridad de las leyes, la infamia y el paradero del crimen. De este modo, es como la sociedad cortando de su cuerpo uno de sus miembros, quiere dar á todos los demás una grande leccion y sacar un bien de este mal necesario. No es el objeto de una curiosidad bárbara, lo que nos presenta; sino un motivo de meditaciones

profundas, capaces de hacer sentir á todos, que el ojo de la justicia divina y humana, está velando sin cesar sobre el crimen; y que al criminal pronto ó tarde le llega su castigo. Ah! cuanto mas grande seria todavía la leccion si el desventurado que perece de este modo, pudiese añadir á ella los detalles de su vida; si pudiese explicar de que modo ha sido conducido por grados á los delitos que le han llevado al cadalso! Jamás se me han olvidado, las últimas palabras de un infeliz que fué ahorcado, en el tiempo que todavía estaba en uso la pena de horca. Del mismo modo que el que acaba de morir en este momento, habia asesinado tambien á su bienhechor para robarle. Algunos instantes antes de ser conducido al patíbulo, su madre quiso verla por la última vez. Trémula é inconsolable se presenta delante de él... ¡Desventurada! exclamó al verla. ¿viene V. á contemplar su obra? V. es, su debilidad, y su descuido de V. son los que me dejaron entrar en la senda del crimen. Si enhoramala yo no hubiese sido abandonado á mí mismo desde mi niñez; si enhoramala no hubiese descuidado mi educacion; si no me hubiese dejado crecer en la ignorancia, en el ocio, en la desidia; si

hubiese corregido mis primeras inclinaciones; no estaria ahora levantado para mi el cadalso. ¿Porque cuando vió Vd. que yo contraia hábitos viciosos no trató de reprimí-los? ¿Porqué cerró Vd. los ojos á los primeros hurtos que le hice? ¿Porque no me enseñó Vd. á ganar honradamente la vida? ¿Porqué Vd. no apartó lejos de mi los amigos peligrosos que yo frecuentaba, y que empezaron á destraviarme con sus malos consejos? ¿Porqué Vd. no me reprendió por mis disoluciones? Ya que Vd. no lo hizo, ¿que mucho es, que me haya ido familiarizando con el crimen? Mis necesidades fueron creciendo y todo me pareció bueno á trueque de satisfacerlas. Una vez puesto en este desventurado camino, ya no me ha sido posible salir de él. Yo le he seguido y vea Vd. como he llegado ya al término en que él conduce. Yo he deshonorado á mi familia, no hay delito que no haya cometido, mis manos han derramado la sangre del bienhechor que me amparaba, yo voy en fin á sufrir el justo castigo de tantos horrores. ¡Desventurada madre! Madre criminal! Todo esto es obra de Vd.! ¿Tiene Vd. aun valor para mirarme? Ea, retírese, retírese Vd. La infeliz, pálida y moribunda quiere abrazar las

rodillas de su hijo. Quite Vd. allá, esclama él con furor y desesperacion; su hijo de Vd. maldice la vida que recibió de Vd. A estas palabras, la desgraciada madre agoviada con el peso de la maldicion de su hijo, cae sin fuerza, pierde la respiracion, el pecho se le hincha, y se le cierran los ojos, espira. ¿Se muere? esclama el infeliz. ¿Ya ha muerto? ¡Madre mia!.. Ah! Este es pues mi último delito! Sin poder decir mas cae en una especie de desmayo, del cual no volvió, sino para ser llevado al suplicio. Hombres, mujeres, niños que me escuchan, ¿cuáles habrian sido sus sentimientos de Vds. si el reo en quien hoy ha descargado la cuchilla de la ley hubiese dado á Vds. un espectáculo semejante? ¿No habria sin duda hecho sobre Vds. una impresion profunda? Pues acaso podia decir á Vds. tambien todo lo que acaban de oir, pero su acento hubiera sido mas terrible y mas penetrante que el mio.

Jamás habia visto á Simon de Nantua desplegar tanta elocuencia, como en este discurso. Sus ojos, sus canas, la espresion de su fisonomía, su voz todo tenia un no sé qué, que causaba terror y pareció helar á todo su auditorio quedando todos como poseidos de espanto. La misma ama de la po-

sada, se puso pálida y no sabia ya que pensar del hombre que tenia en su casa. Todo el mundo en fin, se fué retirando poco á poco, guardando silencio y un recogimiento digno del objeto que le habia causado.

CAPITULO XIX.

Simon de Nantua demuestra que el aseo no cuesta nada.

Desde Chalons hasta Amiens, no volvimos á hacer alto en ninguna ciudad, sino que anduvimos de aldea en aldea, y casi siempre por caminos escusados. Esto no impidió que Simon de Nantua, tuviese hartas ocasiones de satisfacer las ganas que tenia de hablar.

Habiéndonos cogido el primer dia de nuestro viage una violenta tempestad, nos refugiamos en una choza al parecer muy pobre, en donde habia una muger de unos cuarenta años de edad, y dos niños. El marido sin duda estaria en el campo, solamente la lluvia que caia á cántaros, podia obligarnos á permanecer en aquel lugar, en que respirábamos un aire infecto, que parecia que no habia sido renovado mucho tiempo hacia. Toda la choza era sumamente sucia: y la

madre y los dos niños, eran seguramente lo mas cochino de todo. En medio de esto no podia contener la risa, al ver los varios gestos que de puro fastidiado hacia Simon de Nantua: el cual como no podia estar mucho tiempo callando, habló de este modo á la mujer. «¿Sabe Vd. buena mujer que no es de las mas limpias su habitacion de V., y que es muy peligroso el tener tan poco cuidado como tiene V. de su casa: de sus hijos, y de V. misma?» «Yo quisiera, mi apreciable caballero, saber donde están los medios para poder tener mayor cuidado. Si somos tan pobres...» «Esto es verdad, y compadezco de veras á V. Pero ¿cree V. que el aseo es una cosa dispendiosa? ¿Acaso tendrían Vds. de comprar el aire para ventilar su casa, ó bien el agua para limpiar con ella sus efectos y cuerpos. La miseria no puede disculpar la suciedad; porque en fin el agua y el aire, son cosas comunes á todo el mundo. Yo no sé como pueden Vds. vivir aquí dentro. Este desaseo mismo les cuesta mas caro á Vds. de lo que piensan: es sumamente perjudicial á la salud; y no estrañaria que tuviese un mal resultado para la de Vds. y de sus hijos. Por de contado ninguna cosa es mas contraria á la salud que

el respirar siempre un aire infecto y corrompido. Si dejan Vds. sus cuerpos cubiertos de mugre y de sabandijas, ya tienen un principio de corrupcion, y pueden resultar de él enfermedades muy graves. ¿No ve Vd., como los animales van á zambullirse en el agua para limpiar su cuerpo? el instinto los conduce á tener este cuidado que es natural y necesario. ¿Piensa Vd. tambien que es una cosa muy sana, esa humedad que cubre estas paredes?» «¿Cómo lo haremos pues mi buen señor, dijo la muger para quitarla?» «¿Como? el único medio que hay para ello es tener las paredes muy limpias, y ventilar á menudo la casa. Bien sé, que no conseguirán Vds. con esto quitar enteramente la humedad, pero á buen seguro que la disminuirán mucho: en lugar de que sino renuevan el aire de aqui dentro, ¿cómo quieren Vds. que el agua se evapore y se marche? Esos pucheros en que guisa Vd. no tienen traza de lavarse muy á menudo, sepa Vd. que esto es muy peligroso y que se esponen á que les causen mucho daño. Mire Vd. como está cubierta de granos la cara de sus hijos. Este mal irá en aumento, y al fin se verán plagados de llagas. ¡O Dios mio! con que tan difícil es el ser limpio? Vuel-

vo á repetirlo, esto no cuesta nada. Por pobre que uno sea jamás debe olvidarse de que es hombre, y evitar el hacerse asqueroso á los ojos de los demás. De veras le aconsejo á Vd., mi buena mujer, que tenga mas cuidado de sí misma, y de todo cuanto le rodea, y no dude V. de que hallará en ello una especie de bienestar que hará mas llevadera su situacion.

Simon de Nantua hubiera hablado mas tiempo, pero como por una parte no le era nada sensible salir de aquel mal ambiente y por otra echó de ver que lá lluvia había parado nos despedimos de aquellas pobres gentes y seguimos nuestro rumbo.

CAPITULO XX.

Simon de Nantua concurre con sus potencias y sentidos á la fiesta del Rey.

El dia veinte y cinco de agosto á eso que serian las nueve de la mañana, llegamos á un lugar de bastante consideracion en donde hallamos á todo el mundo en una grande agitacion. El repique de las campanas de la parroquia, el adorno de los habitantes, su actividad y la alegria con que llegaban á hablarse unos á otros, todo nos anunciaba

que se hacian los preparativos para celebrar la fiesta del Rey. Fuimos con la demas gente á la iglesia y asistimos al oficio divino que nos edificó mucho. No podia menos de conocerse que las oraciones dirigidas al cielo por el hijo de S. Luis salian verdaderamente de los corazones. El cura aprovechó esta circunstancia para hacer á sus feligreses un sermón lleno de sabiduria en el cual les habló mucho de la caridad cristiana.

«Jesucristo, les decia: os manda que os ameis como á hermanos, que os ayudeis, que os socorraís unos á otros, que compadezcáis á los malos sin odiarlos, y que perdoneis los agravios recibidos. Y no os encarga tambien lo mismo ese escelente Rey á cuyo favor acabamos de implorar la divina proteccion? ¿Qué es lo que él os pide? Que os reconcilieis, que olvidéis todos vuestros pequeños resentimientos, y los motivos de que provienen, que no penseis más en lo pasado, y que os abraceis todos como hijos de un mismo padre. El no quiere que haya enemistades entre sus súbditos y es el primero que os da el ejemplo de aquella virtud cristiana que manda el olvido de las injurias. Su amor y su cuidado se estienden de un mismo modo

«sobre todos vosotros. El no conoce más que una especie de Franceses; los que todavía hacen distinciones criminales ofenden á Dios y contristan el corazón del Rey. En su nombre, mis amados feligreses os encomiendo en el día de hoy la union y la caridad. Esta virtud será para vosotros un manantial de felicidad. ¿Quién hay entre vosotros que no necesite de indulgencia y de perdón? Pero ¿que derecho tendría á que los demás se lo concediesen si el mismo reusase ser indulgente y perdonar? ¿Desdichado de aquel que dá entrada en su corazón al odio y el deseo de la venganza! Este no hallará jamás amigos, y todos huirán de él como de una peste. Sed buenos, caritativos, y todos os amarán, todos se apresurarán á tomar vuestra defensa si os veis atacados; porque sabrán que estais dispuestos á tomar la de los otros. ¿Qué somos nosotros? Que podemos solos? ¿Acaso no nos necesitamos unos á otros? ¿Qué sería pues de nosotros si nos encarnizásemos los unos en los otros en lugar de ayudarnos mutuamente? Yo no os hablaré mis amados parroquianos, del amor y respeto que debeis á vuestro legítimo Rey, conozco vuestros sentimien-

«tos sobre el particular, y el modo con que los espresais en el dia de hoy hace «superfluas mis exhortaciones...»

Quisiera que me hubiese sido posible retener en la memoria el sermón del cura para referiroslo de la cruz á la fecha, porque encerraba muchas cosas escelentes que las circunstancias del momento le habian inspirado. Tambien habló de la legitimidad é hizo ver cuan esencial es para la dicha y la tranquilidad del Estado el que se admita este principio. «Porque en fin, decia, «¿no es verdad que si la corona por la ley «no tocase á nadie habria continuas disputas sobre ella y que nosotros no veriamos «mas que revoluciones, batallas, efusion de «sangre? Esto es muy fácil de comprender. «Pero si la corona debe tocar á alguien ¿no «es natural que toque al heredero de aquel «que ha llevado su peso y ha hecho el pueblo feliz? Digo al que ha llevado su peso, «añadió el buen cura, porque es un error «creer que sea muy gustoso el gobernar. No hay encargo mas difícil, mas penoso, y que merezca mas reconocimiento «de parte de los hombres cuando se llena «bien.»

Al salir de la iglesia se dirigió la gente

á la plaza del lugar [en donde estaba dispuesto una especie de pedestal destinado á recibir el busto del Rey cuya proclamacion iban á hacer. Sobre el pedestal estaba colocado un dosel de ramas sostenido por guirnaldas, y del cual pendia una corona de flores. El señor alcalde, militar retirado y propietario del palacio inmediato, fué el que hizo la proclamacion. La estatua fué llevada en procesion por todo el lugar, cuyas casas estaban todas enramadas y adornadas con banderas, y en seguida fué colocada sobre el pedestal, en medio de los continuos gritos que daban todos los labradores de viva el Rey. Durante este tiempo Simon de Nantua que no hallaba ocasion de hablar, se desquitaba de ello gritando tambien con toda su fuerza, viva el Rey. Despues de esta ceremonia, el señor alcalde invitó á los aldeanos á que fuesen á la grande alameda del palacio en donde estaban dispuestas corridas de á caballo y de á pié. El premio para el que ganase en la corrida de á caballo, era una muestra, y en la corrida de á pie una taza de plata. Ambos los obtuvo un mismo vencedor y nadie le tuvo envidia, porque era un muchacho que por su afabilidad y demás cualidades se hacia amar de todos en general.

Este jóven se hallaba en el colmo de la alegría, y estaba lleno de satisfaccion porque en este dia habia de recibir á un mismo tiempo de las manos de la señora baronesa, esposa del alcalde, los dos premios que acababa de ganar, y á una aldeana jóven á quien hacia tiempo que amaba y que pronto habia de ser su esposa.

Habia existido alguna enemistad entre las familias de estos dos amantes los cuales hasta entonces se habian opuesto á su union. Pero habiendo la baronesa hecho llamar á los padres de ambos, les habia dicho ¿á qué viene ese odio que pone la division entre Vds.: y se opone á la felicidad de sus hijos?» Vamos amigos míos, el Rey no quiere que nos tengamos odio. Su fiesta está cerca, y es menester que en todas partes sea el dia de la reconciliacion; es menester que aquel dia se resuelvan Vds. de hacer las paces y á unir á sus hijos. Bajo esta condicion yo me encargo de dotarlos.» Ellos no pudieron resistir á la generosidad de la baronesa, á la cual prometieron hacer lo que les pedia. Llegado en fin el dia de san Luis que cumplió los deseos de tantos; la jóven labradora vestida de muselina blanca de las fábricas de Tarrara, y adornada de un ramillete

de azaar, fué presentada á su esposo que acababa de ser proclamado vencedor de las corridas. La señora baronesa cogiendo las manos de los dos novios, las unió ella misma: al punto resonaron grandes aclamaciones, y no se oyó mas que viva el Rey: viva el señor alcalde: viva la señora baronesa.

Los juegos fueron seguidos de una danza, que hubo en la plaza de la aldea, delante de la estatua del Rey. Los novios abrieron el baile, y la señora baronesa quiso hacerles el honor de bailar la primera contradanza con ellos. Nada turbó esta inocente alegría. Aumentó el placer de este dia el sol hermoso que hizo, el cual cuando estuvo por ocultarse debajo del horizonte doró con sus últimos rayos la imágen del Rey, que despedia un resplandor muy vivo. El primero que reparó en ello lo hizo observar á los demás y esta circunstancia escitó nuevas aclamaciones que terminaron la fiesta.

Nosotros acabamos de ver, dijo Simón de Nantua, una muestra del espectáculo que han presentado en el dia de hoy todas las ciudades y todos los pueblos del reino. Feliz el príncipe cuyo nombre es un objeto de amor y de bendiciones hasta en las aldeas mas oscuras de sus estados.

CAPITULO XXI.

Simon de Nantua explica á un nuevo jurado, la naturaleza y la importancia de sus funciones.

El deseo de asistir á la fiesta del Rey, nos habia detenido todo el dia en este lugar, en donde no conociamos á nadie, ni sabiamos á quien pedir la hospitalidad. Ella nos fué ofrecida por un buen colono, con quien Simon de Nantua habia hablado por algunos instantes durante el baile. Cuando llegamos al cortijo dijo Simon de Nantua á nuestro huesped, ¿qué tiene Vd., tio Morin? ¿paréceme que está pensativo y no observo en Vd. la alegría que en los demás.

EL COLONO MORIN.

No se ha equivocado Vd. tio Simon; en efecto tengo un asunto que me da pena.

SIMON DE NANTUA.

¿Cuál es, y perdone Vd. la curiosidad?

EL COLONO MORIN.

Ya está perdonada. He sido nombrado jurado del tribunal de Leon. Esta es la pri-

mera vez que voy y le aseguro á V. que quisiera eximirme de ir.

SIMON DE NANTUA.

¡Eximirme Vd. de ir! ¿Y Porqué? En primer lugar no es posible, y en segundo lugar es un deber al cual los ciudadanos honrados no deben sustraerse. Segun eso V. no sabe que el juicio por jurados, es una de las prerrogativas mas preciosas que nos dá nuestra constitucion. Supongamos que V. fuese acusado injustamente, ¿no se alegraria mucho de que hubiesen de juzgarle hombres iguales á Vd. y que no fuese facil que se dejasen llevar de la pasion, del interés, del miedo, ni dominar de la desidia? ¿Cómo es posible que le pase siquiera por el pensamiento negar á los demás ese derecho precioso que la ley le concede y que Vd. reclamaria, si se ofreciese la ocasion, á su favor? Si queremos conservar nuestras buenas instituciones, menester es que nos sometamos á los deberes que ellas nos imponen.

EL COLONO MORIN.

En verdad tio Simon, que Vd. tiene mucha razon, no es la falta que yo haré

en casa ni al trabajo lo que yo temo. Pero Vd. convendrá en que es una terrible cosa el tener en cierto modo de disponer de la vida de un hombre. Asi que por lo que á mi toca, estoy resuelto á absolver á cuantos se presenten.

SIMON DE NANTUA.

Real y verdaderamente que eso es lo mejor que podrá Vd. hacer y que podrá quedar muy tranquila su conciencia de Vd. Esto buenamente seria faltar á la obligacion que tendria V. contraida, ó vender la confianza de la justicia y comprometer toda la sociedad. Supongamos, tio Morin, que de este modo hubiese V. salvado la vida á un infeliz el cual una vez puesto en libertad cometiese nuevos delitos y hasta asesinase á algunas personas; no pensaria Vd. ser la verdadera causa de estas desgracias? ¿Y los remordimientos ¿no despedazarian de un modo terrible su conciencia de Vd.?

EL COLONO MORIN.

Lo que dice Vd. me parece cierto, tio Simon, pero entonces ¿cómo quiere Vd. que lo haga? A fin de evitar eso ¿convendrá tal vez condenarlos á todos.

SIMON DE NANTUA.

Fuego! y que gracioso modo de discurrir tiene V.! eso seria seguramente otra locura y peor que la primera. Ya veo que V. nõ sabe en que consisten las funciones que tendrá que llenar en calidad de jurado.

EL COLONO MORIN.

Si va á decir la verdad no las se muy bien.

SIMON DE NANTUA.

De ese modo escúcheme: al sentaros en el banco de los jurados su primera obligacion será escuchar las discusiones con la mayor atencion posible sin ninguna prevenicion en pro ó en contra del acusado, y en seguida decir su opinion segun Dios y conciencia. Debe Vd. pues, poner toda la atencion de que sea capaz para oir las deposiciones de los testigos, los discursos del señor fiscal, de los señores defensores, de los acusadores, y del señor presidente. Despues de esto, solo tendrá V. que responder á las preguntas que le harán los jueces; porque al pronunciar el fallo no toca á los jurados. Se le pedirá si el acusado es culpa-

ble, si ha sido culpable con premeditacion ó sin ella, si es verdad que el crimen ha sido acompañado de tal ó tal circunstancia. A todo esto contestará Vd. si ó no. Si por lo que Vd. ha oido está convencido de que el acusado es reo, Vd. mismo lo seria mucho, como lo acabo de decir, si declarase lo contrario. Pero si le queda la menor duda, si no halla motivos suficientes de conviccion, debe responder no: porque vale mas esponerse á absolver á un reo que ponerse en peligro de condenar á un inocente. Entonces habiendo puesto todo su cuidado en indagar la verdad, cualquiera que sea el resultado del negocio habrá Vd. llenado su encargo y podrá dormir tranquilo. Segun las declaraciones de Vds. harán despues los señores jueces la aplicacion de la ley y pronunciarán la sentencia condenando ó absolviendo al acusado.

EL COLONO MORIN.

Entiendo bien lo que me dice Vd., tio Simon, pero todo esto no impide que este encargo sea muy espinoso y muy trabajoso.

SIMON DE NANTUA.

Penoso no lo negaré, pero yo no veo

como puede ser espinoso para un hombre de bien. No debe mirarse, mi querido señor Morin, sino como una mision honrosa que llenará Vd. con tanta mayor escrupulosidad, cuanto habrá sentido mejor su importancia y temido su dificultad. Escúchelo Vd. todo con atencion, procure descubrir la verdad, sin pedir consejo á los demás jurados porque su solo juicio de V. es el que debe guiarle, y despues diga su opinion, cualquiera que sea, sin miedo y sin debilidad, De este modo habrá llenado Vd. la obligacion que la ley le impone, y no tendrá nada que le acuse la conciencia.

EL COLONO MORIN.

Vd. me tranquiliza un poco, tio Simon, pero con todo conozco que sentiré sin poderlo remediar en mi interior, una grande agitacion.

SIMON DE NANTUA.

Tampoco le digo yo á Vd., que se desnude de todo sentimiento, y mereceria muy mal concepto aquel que fuese á juzgar á sus semejantes, como pudiera ir en una feria. Cuando uno se hace responsable del honor

y de la vida de un hombre, tiene motivo para sentirse conmovido, pero no debe dejarse conmover tanto, que llegue á no poder ver ni oír, porque entonces llenaria muy mal su ministerio.

EL COLONO MORIN.

Vamos tío Simon, ya procuraré seguir sus consejos de V., y le doy las gracias por ellos.

SIMON DE NANTUA.

No olvide Vd. sobre todo, que va á cumplir un deber de la mayor importancia, y que el juicio por jurados, es uno de los mayores beneficios cuyo goce nos ha asegurado el Rey dándonos una constitucion.

CAPITULO XXII.

Buena leccion dada por Simon de Nantua á los que creen en apariciones.

Nosotros íbamos por sendas escusadas y muy apartadas de la carretera, cuando habiéndonos cogido la noche temimos perdernos si continuábamos á andar hasta el pueblo inmediato. Simon de Nantua me propuso que hiciésemos alto, en una casa de

campo que columbramos no muy distante. Dirigímonos á ella y Simon de Nantua llamó á la puerta. «¿Quién hay?» dijo una voz acatarrada que parecia, ser de una vieja. «Gente de paz, ábranos Vd.» «¿Quién son Vds.?» «Mercaderes forasteros que pedimos hospitalidad.» «¿Ya es eso verdad?» «Si dudan Vds. de ello pueden salir á mirarlo por la ventana.» La buena mujer miró en efecto, y volvió á bajar á abrirnos la puerta.

Esta pequeña casa estaba habitada por un labrador anciano, su mujer, y un hijo de ambos, que podia tener de unos veinte á veinte y cinco años. «Buenas noches gentes honradas, dijo Simon de Nantua, ¿nos harán Vds. el favor de dejarnos pasar la noche en su casa, que tememos perdernos por esas breñas?» Con mucho gusto, dijo la vieja, parece que son Vds. hombres de bien y en parte nos harán favor pues nos darán ánimo haciéndonos compañía esta noche.» «¿Cómo que les daremos ánimo?» «Si y seguramente que Vds. tambien tendrán miedo, ya se lo advierto.» «¿Qué es lo que quiere V. decir?» «ya verán, ya verán.» «¿Pero que? vuelvo á preguntar ¿habria acaso ladrones en

este país? «Ah, sí, ladrones; otra cosa peor que ladrones.» «Díganos pues ¿qué es?» «El alma de Mr. Richard.» Al oír esto Simon de Nantua, disparó en una larga risa, de manera que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Estas sencillas gentes, que nada deseaban menos que hacer otro tanto, se espantan al ver la convulsión del tío Simon; y faltó poco para que se imaginasen que su cuerpo grueso era el alma de Mr. Richard que venía á burlarse de ellos. «No tengan Vds. miedo les dije, no tengan Vds. miedo. Bien ven que no tiene la traza de un alma. Pero esplíquennos que viene á ser la de que nos acaban de hablar.» «Voy á decírselo: en esta tierra había un labrador que se llamaba Mr. Richard que hacía mucho bien á todos los infelices. Cuando él murió hará unos dos meses, hubo una desolación general. Le hicieron un lucido entierro, y todo el mando le hizo decir misas. Nosotros somos tan pobres que no hemos podido hacerle decir ninguna y lo hemos sentido mucho. Nosotros no poseemos mas que una piececita de tierra y el huertecito que Vds. habrán podido ver, pero con todo, hubiéramos hecho mucho mejor si hu-

biésemos hecho rezar misas por Mr. Richard á quien debíamos tantas obligaciones. Su alma está indignada contra nosotros, y desde que hicimos la siega, vuelve todas las noches á trillar el trigo y á llevarse todo lo que puede para darlo á los pobres.

Simon de Nantua estaba de humor y no paraba de reír con grande escándalo de nuestros huéspedes.. Con todo dijo finalmente, «¿y como saben Vds. que el que viene á quitarles el trigo es el alma de Mr. Richard?» «¿Cómo lo sabemos? ¿qué acaso no oímos como trilla todas las noches? y á mas ella nos ha hablado y nos á dicho todo cuanto acabo de referir á Vds.» «He! bravo, ¿y Vds. son tan simplones que la creen de este modo sobre su palabra? ¿Cómo ese grande badulaque no ha ido á verla de mas cerca para asegurarse de lo que venía á ser?» «Ya me guardaría yo bien; no fuese que se me llevase con el trigo. No soy tan bruto.» «Vengan Vds. acá, ¿y es posible que todos hayan perdido el juicio hasta tal punto, que creen que los muertos se aparecen de ese modo? esclama Simon de Nantua: lo que creen que es una alma, que se aparece, es un ladron que segun traza, cuenta mucho con

su cobardía puesto que viene á trillar el trigo de Vds, hasta en su propia casa.» «¿Con nuestra cobardía? Pues en ese caso no somos nosotros solo los cobardes; pues que el vecino Mateo, á quien hemos hablado de esto, jamás ha tenido valor para venir aquí á pasar la noche y asegurarse de la verdad del hecho.» «¿El vecino Mateo no ha querido venir á pasar la noche aquí? ¿A que no es otro el que trilla el trigo?» «Pero si les digo á Vds. que es el alma de Mr. Richard que se aparece.» «Dale bola. Yo les digo que son Vds, unos locos y que los muertos no se aparecen. ¿Tienen Vds. un fusil en casa?» «Si.» «Bueno, dénmelo y pronto sabremos que duende anda en esto.»

Simon de Nantua carga el fusil y los dos fuimos á ponernos en acecho en el rincón de la casa mientras que nuestros huéspedes temblaban como unos azogados, y nos miraban como perdidos. A cosa de las once, vimos llegar á un hombre que traía una camisa puesta encima de sus vestidos y la cabeza cubierta de un gran bonete de papel blanco. Separa algunas gavillas de una pila, las tiende en el suelo, y empieza efectivamente á trillar el trigo. En el momento en

que estaba de espaldas á nosotros, nos llegamos á el pasito mas cerca que nos fué posible; Simon de Nantua dispara al aire el fusil. El alma espantada da un grande grito y cae de espaldas, mas muerta que viva. Nosotros nos echamos encima, cogemos al perillan antes que se recobre de su miedo y le llevamos á la casa. «Miren, miren Vds. dice Simon de Nantua, aquí tienen á su difunto aparecido que por lo menos tiembla tanto como Vds.» «¿Ay, y es el vecino Mateo!» «¿El es? Pues bien, ¿qué es lo que le habia dicho? ¿Creerán todavía en apariciones de difuntos? Y tu, gran badulaque, si quince dias atrás hubieses hecho lo que ahora acabo de hacer, tendrías aun todo el trigo que este bribon os ha robado. He aquí lo que son la superstición y la cobardía. La superstición hace ciegos y la cobardía baldados. No es de los muertos de quienes debemos desconfiar sino de los vivos. El miedo es mal vergonzoso y feo. Si uno va á ver de cerca lo que le da miedo, las mas veces se reirá uno mismo de su medio. Por lo que hace á Vd., vecino Mateo, si no quiere ser entregado á la justicia volverá mañana todo el trigo que ha hurtado con mas una can-

tividad de dinero, para que estas buenas gentes puedan con ella hacer decir misas por su bienhechor. Vd. merece este castigo por muchas razones; y sobre todo por haber hecho servir á su mala accion la memoria de un hombre ya difunto. Es un crimen perder el respeto á los muertos.»

El vecino Mateo pidió perdon y prometió todo lo que se exigió de él. Nosotros le despedimos abochornado y confuso, y cada uno durmió tranquilo hasta el dia siguiente por la mañana que volvimos á emprender nuestro camino despues de habernos dado muchas gracias nuestros huéspedes y prometido que no creerian mas en apariciones ni en duendes.

CAPITULO XXIII.

Simon de Nantua anima al trabajo á unos pastores indolentes y perezosos.

Luego que estuvimos un poco lejos de la casa, Simon de Nantua me dijo: «¿piensa Vd. que estas gentes están curadas y que ya no creerán mas en aparecidos?» «A lo menos, respondí yo, me parece que no es mala leccion la que acaban de recibir sobre el particular.» «Pues sepa Vd. que se engaña,

querido compañero. No hay mal que sea mas dificil de curar que el miedo, y estoy cierto que nada seria más fácil que el hacer ver todavia á estas gentes, almas y fantasmas.» «Es con todo, repuse una cosa muy vergonzosa y muy dolorosa ver reinar todavia semejantes supersticiones en el siglo en que vivimos.» «Sin duda esto causa compasion; y sin embargo ellas se transmiten de padres á hijos en las familias que descuidan la educacion de sus hijos. Ya ve Vd. como estas pobres gentes han embrutecido al alma de cántaro, al grande imbécil de su hijo; el tiene la imaginacion llena de sus fantasmas y de sus aparecidos, y estoy seguro que á pesar de ser tan grande y fuerte como es, con todo no se atreveria á dar cuatro pasos en la obscuridad de la noche. Yo quisiera que fuese posible el persuadir á los padres que no espantasen jamás á sus hijos y que no empleasen un medio tan peligroso ni para castigarlos ni para hacerles dóciles. Es probable que si se preguntase á la mayor parte de los epilépticos, y de las personas que padecen convulsiones y los que tienen la pesadilla de noche, responderian que esto proviene de haberles espantado en su niñez.»

«Lo que dice Vd. es mucha verdad, tío Simon, le respondí. También pudiera añadirse que el miedo que se hace á los niños, es algunas veces capaz de causarles inmediatamente la muerte. Yo leí hace algun tiempo en los periódicos una anécdota terrible. A un pobre niño á quien la mujer que le cuidaba hizo acostar amenazándole que si no lo hacia llamaria al bu para que se lo llevase, le dió un terror tan grande, que una hora despues, cuando la niñera fué á ver si estaba durmiendo, halló que ya estaba muerta la infeliz criaturilla.» «¡ Dios mio! repuso Simon de Nantua, si las gentes supiesen todos los males que puede causar el miedo, y cuan pequeños y débiles hace á los hombres, no se espondrian con tanta ligereza ó hacer cobardes á sus hijos.»

Hablando asi, llegamos á un parage en que estaban unos pastores que apacentaban carneros. Mientras que el ganado pacia en medio del rastrojo, los dos pastores jóvenes, de los cuales el de mas edad tendria unos diez y siete años, estaban tendidos debajo de un arbol y parecian medio dormidos. Llegóse á ellos Simon de Nantua y les dijo me parece amigos que no temen Vds. que el lobo les robe los carneros, segun la

tranquilidad en que duermen.» «¡ Ah! no hay cuidado dijo el mayor de los dos. El lobo no viene por aquí, y á mas que el perro nos avisaria.» «Enhorabuena, dijo Simon de Nantua. Pero á pesar de esto ¿no pudieran Vds. emplear su tiempo, de un modo mas útil para Vds.»? Harto tiempo tienen en la noche para dormir. Mientras que están guardando su ganado, que no les ocupa mucho, hay mil cosas que podrian hacer.» «¿Y qué podriamos hacer pues, señor mercader?» «Desde luego si supiesen Vds. leer, podrian dedicar algunas horas á aprender cosas útiles. Hay libros que les enseñaria como se debe cuidar el ganado para sacar de él la mayor utilidad posible. Si supiesen esto, despues que hubiesen aumentado la renta de su amo, les aumentaria el jornal. En seguida pudieran todavia ocuparse en pequeños trabajos de que sacarian provecho. Pastores como Vds. he visto, que guardando sus ganados en lugar de dormir como holgazanes debajo de un árbol, ocupaban su tiempo en tejer pleita para hacer sombreros de paja, y que la vendian muy bien. Si Vds. por ejemplo, hubiesen hecho lo mismo, yo podria, pasando, comprarles su labor, y todo seria ganancia para Vds.

Hay otros que son diestros y se entretienen en hacer juguetes de niños, los cuales se venden bien en la ciudad. En fin, cuando uno tiene inteligencia y ganas de trabajar saca partido de todo. Pero aquel que se duerme sin prevision, se despierta sin recursos. Si continúan Vds., como hasta aquí tendrán que apacentar toda su vida los ganados ajenos. Si hacen lo que yo les digo, algun dia apacentarán el suyo. En esto hay mucha diferencia, ¿no es verdad? es que tambien va mucha diferencia entre trabajar y no hacer nada. Vds. son jóvenes; y no deben estar mano sobre mano, ni con los brazos cruzados. Vds. irán haciéndose viejos, y no conviene que se hallen en el caso de decir ¿porqué no hice esto? Créanme, amigos míos; muden de modo de vivir y dentro de algunos años dirán; á fe mía que el tío Simon de Nantua nos dió un buen consejo y que nosotros hicimos bien en escucharle y seguirle.»

CAPITULO XXIV.

Sábios consejos que dá Simon de Nantua á unos electores que van á la junta electoral.

El dia siguiente llegamos á un grande

cortijo en que hizo alto Simon de Nantua para ver si necesitaban de algun género de los que llevaba. Era la hora de comer. El colono tenia en su mesa á dos amigos suyos. Tan pronto como nos vió. «¡He!» pardiez señores, dijo á los convidados: haí tenemos un hombre que no estará de mas y podrá darnos algunos consejos útiles. Buenos dias tío Simon. ¿Que tal le ha ido á Vd. desde que nos vimos el año pasado? Venga Vd. á comer con nosotros que nos dirá su parecer sobre un negocio que nos ocupa.» «Con mucho gusto, señor Giraud: ya sabe Vd. que yo no me hago de rogar para esto. Sepamos de que se trata. Diganme Vds. desde luego su asunto.»

EL COLONO GIRAUD.

Ha de saber Vd., tío Simon, que estamos en tiempo de elecciones. Esos señores que ve Vd. y yo, pagamos mas de cien escudos de contribucion y por consiguiente somos electores. Debemos ir un dia de estos á la junta electoral, y estamos aqui discutiendo lo que haremos en ella.

SIMON DE NANTUA.

Y bien ¿que clase de personas piensan Vds. nombrar?

OTRO COLONO.

Esto cabalmente es lo que nos falta resolver. Estas son las listas que nos han mandado no sabemos de donde: y á fe mia, que los nombres que contienen nos son enteramente desconocidos.

SIMON DE NANTUA.

¿Y qué necesidad tienen Vds. de inquietarse por esas listas, y por unas gentes que no conocen? Vds. conocen á los hombres de su pais, ya no necesitan mas. Entre los propietarios que pagan mil francos de contribucion, deben saber cuales son los mas dignos de su confianza.

EL COLONO GIRAUD.

Ciertamente tiene Vd. razon tio Simon, lo mismo pensaba yo, ninguna necesidad tenemos de confiar nuestros intereses á unos hombres, de quienes nunca hemos oido hablar.

OTRO COLONO.

Yo pensaba que no haríamos mal en dar nuestro voto al señor Legrosd: es un comprador de bienes nacionales y esto seria una garantía mas para nosotros.

SIMON DE NANTUA.

O! Si no tienen Vds. mas motivos que ese, es muy frívolo é inútil, atendido que lo que debe tranquilizar á Vds. enteramente sobre este particular, es la constitucion que ha consagrado todas las ventas sin que en ella se pueda hacer ninguna alteracion, variacion ó reforma. ¿Quieren Vds. que les diga cuales son los hombres que deben procurar nombrar? Si hay en esta tierra algun buen propietario, que se haya dado á conocer por su amor á la nacion, á la constitucion y al Rey, que haya manifestado firmeza en circunstancias criticas, que haya hecho bien á los habitantes desgraciados, que sea de un carácter prudente y pacífico, y que pase por hombre ilustrado; á él deben confiar Vds. sus intereses por que pueden estar seguros que los defenderá bien. ¿Saben Vds. que es un derecho precioso, el que les da la constitucion para nombrar Vds. mismos á los sujetos que deben hacer las leyes que les han de gobernar? Esto les asegura que las contribuciones nunca serán mayores de lo que exijan las necesidades del Estado, y que jamás se escederán de sus facultades. Algunos se

escusan de ir á la junta electoral á usar de un derecho tan apreciable. Estos tales, son ciudadanos que miran con mucha indiferencia el bien general y sus propios intereses. Veo con satisfaccion señores, que Vds. no son de este número, y que piensan seriamente en este importante negocio. Pero como acabo de decirles, les conviene hacer buenas elecciones; esto es bien esencial. Deben Vds. por ejemplo guardarse de nombrar á ninguno de estos genios turbulentos que no hallan su bienestar, sino en la agitacion y en un continuo movimiento. Tampoco pueden servir de nada los indolentes; porque las funciones de diputado, exigen celo, atencion y patriotismo. Yo les repito ahora lo que les decia el año último á mis compatriotas de Nantua: vayan amigos míos, vayan á la junta electoral; es un deber de los ciudadanos á quienes llama á ella la ley; pero cuidado con lo que harán. No permitan que tomen ascendiente sobre Vds. ni los de la izquierda ni los de la derecha, Vds. deben saber mejor que los demás, lo que Vds. quieren; Vds. tienen ojos y oídos para conocer á los hombres; así que obren segun lo que hubieren visto y oído por Vds. mismos. ¿De qué necesi-

tan Vds. para defender sus derechos? De hombres que conozcan á fondo sus facultades y sus necesidades, de hombres que se consagren al servicio de Vds. y que no sacrifiquen sus intereses á los suyos. Procuren Vds. escoger á hombres como estos, y en esto harán un bien á si mismos y al Rey; puesto que el Rey no quiere mas que el bien de Vds.; y hace consistir su dicha en hacerlos felices. El les ha dado una constitucion y les ha dicho: ahí tienen Vds. sus derechos, conózcanlos y consérvenlos; ahí tienen Vds. sus deberes conózcanlos y cúmplalos. Con esto está dicho todo, á esto debemos atenernos. Cuando todos los franceses conocerán la constitucion de su pais para amarla y defenderla, entonces seremos grandes y fuertes.

EL COLONO GIRAUD.

Dice Vd. muy bien tio Simon: y todos pensamos como Vd. Bien sabia que él nos daria algunos buenos consejos. Hace mucho tiempo que nos conocemos, y despues acá hemos visto muchas cosas á Dios gracias.

SIMON DE NANTUA.

Si, en efecto hemos visto muchas co-

sas; y todo esto ha debido enseñarnos que es menester ser cuerdos y hacer todos los sacrificios posibles para conservar una tranquilidad preciosa: ¿No es verdad señores?

EL COLONO GIRAUD.

Si, tiene Vd. mucha razon. Ea amigo por lo que nos ha dicho el tio Simon, seria de parecer que diésemos nuestro voto á M. G.....

OTRO COLONO.

Esto cabalmente es lo que iba á proponeros.

EL TERCER COLONO.

Estoy por M. G...; es conceptuado por hombre de mérito, y nos consta su honrra de bien.

EL COLONO GIRAUD.

A fe mia, tio Simon, que siento no sea Vd. de la clase de los que pagan mil francos para poderle dar mi voto.

SIMON DE NANTUA.

Bien, en todo caso puedo asegurarle que no lo daria Vd. á ningun mal francés.

CAPITULO XXV.

Reflexiones del compañero de Simon de Nantua sobre el respeto que se debe á los monumentos públicos.

Yo os he hecho aguardar mucho tiempo, lectores carísimos, antes de llegar á Amiens. Etenos en fin en la capital del departamento de la Somme, y alojados en una casa en que habia en un cuarto bajo una especie de fondista. Mientras que Simon de Nantua hizo sus diligencias, yo fui á visitar la ciudad que nunca habia visto. Antes que llegase la hora en que debiamos volvernos á encontrar con mi compañero, tuve tiempo de ver la catedral que habia oido celebrar por un monumento magnífico. Estuve largo rato contemplando aquel bello edificio, que está muy bien conservado, y que no ha sufrido el mas ligero daño en la época en que se destruian tantas cosas hermosas. Este espectáculo escitó en mí una serie de reflexiones, que me condujeron á formar una opinion muy ventajosa de la sabiduría de los habitantes de Amiens. Tanto como me parece doloroso al ver mutilar los monumentos públicos que son propiedades

de la nacion, otro tanto me parece honroso y digno de un pueblo ilustrado, el respetar y preservar de toda especie de ultrages esos mismos monumentos que manifiestan á un tiempo la gloria, la riqueza, y el genio de una nacion. Si las ruinas causadas por el tiempo ofrecen un espectáculo triste, á lo menos tienen alguna cosa de sublime é imponente, hasta que uno halle gusto en contemplarlas; pero la destruccion que obra de la mano de los hombres nada tiene de hermoso; todo es feo en ella. ¿No basta que el tiempo socave nuestras frágiles obras, que hayamos de coadyuvar á sus esfuerzos destructores? Pongamos mas bien todo nuestro cuidado en reparar el mal que hacen sus golpes á medida que los da. En tanto que se elevan nuevos monumentos para perpetuar la memoria del genio de nuestra edad, honremos, respetemos, y conservemos los antiguos que atestiguan el genio de nuestros padres, cuya gloria forma nuestra herencia. Nuestro pais es rico en monumentos de magnificencia nacional y de utilidad pública. Los estrangeros vienen á admirar estas hermosas propiedades y á tributar homenaje al pueblo que las ha creado. Ellas nos han

grangeado la admiracion del mundo y hasta la de nuestros enemigos. ¿Que pensarian estos de nosotros si viesen que las descuidáramos, abandonáramos y aun mutiláramos? Velen pues todos los ciudadanos por la conservacion de los monumentos de su pais y de todas las riquezas públicas ausilien con su vigilancia la de la autoridad protectora; pero den sobre todo el ejemplo de un honroso respeto de todo lo que pertenece al estado. Que los caminos que establecen una preciosa comunicacion entre los diferentes puntos del reino, sean mantenidos con exactitud; que los habitantes del campo no teman consagrar algunos instantes á estos trabajos de una utilidad general; y de que ellos mismos deben sacar el fruto; que los canales que unen nuestros rios y de que el comercio saca tan grandes ventajas, sean el objeto de un cuidado especial, que todo lo que es bello, grande y útil en fin, se haga inviolable, y se ponga bajo la salvaguardia del respeto y del celo público igualmente que bajo la de las leyes. Esta reunion de voluntades á favor del bien general, seria sin duda uno de los mas nobles caracteres que pudiesen distinguir una nacion generosa é ilustrada.

Embebido en estas reflexiones, habia ido regresando insensiblemente á la posada, en la cual me hallé en el mismo momento en que acababa de llegar á ella Simon de Nantua.

CAPITULO XXVI.

Simon de Nantua hace callar á unos hombres que se ocupaban en maldecir; y les refiere un cuento.

Estaba ya puesta para comer, la mesa redonda del fondista. Luego que nos hubimos sentado, la gente se puso á hablar; y segun trazas, nuestros convidados conocian á muchas personas de Amiens: puesto que empezaron á maldecir de la tercera y de la cuarta parte, de un modo cruel. Por poco que esto hubiese durado, habriamos podido enterarnos perfectamente de la crónica escandalosa de toda la ciudad. Cuanto mas maltrataban á alguno, tanto mas reian los de la mesa; á escepcion de Simon de Nantua que arrugaba sus blancas cejas como hace cuando empieza á enfadarse. «Señores dijo él al cabo, ¿quieren Vds. que les cuente tambien una anécdota?»

A esta inesperada proposicion, todos los

del concurso que todavía no le habian oido hablar, quedaron mirándose unos á otros con espanto y guardaron silencio para escucharle.

ANÉCDOTA DEL TIO PARADIS.

«Habia en mi tierra, dijo Simon de Nantua, un buen hombre á quien llamaban el tio Paradis. Este buen hombre que era muy caritativo, no podia sufrir que se dijese mal de nadie, y por espacio de mucho tiempo habia manifestado un grande celo por defender á los ausentes, de quienes oia hablar mal. Sostenia que la maldicencia era una cosa muy infame y muy peligrosa y decia: ¿que sé yo, si los que hablan así de los otros delante de mí, hablan del mismo modo de mí delante de los otros? Jamás puede uno fiarse de un maldiciente; porque es un buen hombre para quien nada hay sagrado, y que no es amigo de nadie. Es muy sensible que los que tienen esta manía, hallen hombres que los escuchen y que gusten de lo que dicen. Pero por mas que el tio Paradis pensase y dijese todo esto, no por esto eran menos los maldicientes, ni hallaban menos oyentes. Mas como él viesse con sentimiento, que

era predicar en el desierto todo cuanto decia, tomó el partido de callar y bajar los ojos como si durmiese, cada vez que oia hablar mal de alguno. Despues de cierto tiempo, acabó por dormirse del todo siempre que se hallaba en el mismo caso. Esto se sabia en todas partes, y el sueño del tio Paradis habia pasado á ser proverbio, de manera, que cuando oian que uno hablaba mal le decian: *esto si que haria dormir al tio Paradis*. Sucedió pues un dia que el cura de la parroquia hizo un sermón esplicando aquel pasaje del evangelio en que se dice, que el diablo tentó á nuestro Señor, y que ofreció darle todo cuanto podia ver desde la cumbre de la montaña, si queria hincarse de rodillas delante del tentador. Al salir de la iglesia muchas gentes formaron un corrillo, y se sentaron debajo de un árbol á hablar, entre los cuales se hallaba el tio Paradis. Giró la conversacion sobre el sermón que acababa de hacer el señor cura, y catabí que un hombre dice. Menester era que Satanás fuese muy bestia, que se dirijiese á nuestro Señor para tentarle. Todo cuanto ofrecia Satanás era de nuestro Señor, y no suyo; bien podia pensar que con esto no tentaria al buen Dios, y que

el buen Dios no se deja engañar. Todo el mundo encontró esta reflexion muy acertada, y todos decian: en verdad que era menester que Satanás fuese muy bestia. El tio Paradis no decia nada, bajaba los ojos y estaba ya para dormirse. El que habia hablado primero le ase del brazo diciéndole, y Vd. tio Paradis que piensa de esto, ¿no es verdad que Satanás era muy bruto? Si, ya, responde el tio Paradis fregándose los ojos, ¿pero quien les ha dicho á Vds. esto? Tal vez no sabia que fuese nuestro Señor aquel á quien hablaba. Vamos ya está visto, esclama todo el concurso. El tio Paradis toma tambien la defensa del diablo. He: porque no, dice el buen hombre, ¿que motivo tienen Vds. para hablar mal de él? Vds. del mismo modo hablarian mal de un ángel si se ofreciese la ocasion, porque tienen unas lenguas que nada respetan.

Simon de Nantua calló y tomó la actitud de un segundo tio Paradis. Los convidados que habian comprendido bien á los que aludia su historia, se miraron unos á otros guardando silencio algunos instantes como si un cierto género de verguenza les hubiese impedido el hablar. Despues volvió á empezar la conversacion pero jiró sobre

otros asuntos. Mientras permanecemos allí, nadie se atrevió á decir mal; pero yo creo que se desquitaron muy bien de ello, en cuanto hubimos vuelto las espaldas: pues que la murmuracion es uno de los vicios que son mas dificiles de curar.

CAPITULO XXVII.

Simon de Nantua arenga al pueblo acerca de la necesidad de pagar exactamente las contribuciones.

El primer paraje en que hicimos alto, despues de haber partido de Amiens, es una pequeña ciudad que yo no quiero nombrar, por seguir la leccion que acaba de darnos el tio Paradis en el capítulo precedente. Nosotros ibamos atravesando la calle principal de esta pequeña ciudad, cuando vimos agolparse mucha gente junto á un edicto que se acababa de fijar. Como no era posible que todos se llegasen á el á un tiempo, y muchos estaban impacientes por saber lo que anunciaba, rogaron al que estaba mas inmediato que lo leyese en voz alta. Nosotros nos detuvimos á escucharle tambien, y oimos estas palabras:

El alcalde de..... hace saber á los ve-

cinos, que habiendo muchos de ellos dejado de aprontar el contingente de sus contribuciones, se les presija el término de quince dias para que realicen el pago, con apercebimiento que pasados estos, se procederá con arreglo á derecho contra los que no se hayan puesto corrientes.

A estas palabras hubo un pequeño murmullo en el corro de gente; y fué fácil ver la tristeza que se pintó en todos los semblantes, y aun pudieron oirse algunas veces que decian *que pague Satanás. Yo absolutamente no puedo. No tengo mas que lo puramente preciso. El pan vale demasiado caro.* Simon de Nantua no pudo contenerse, y despues de haber hecho señal de que queria hablar, dirigió al pueblo el discurso siguiente.

«O! O! amigos, ¡esto si que es una cosa bien graciosa, y que no he visto todavía en parte ninguna! ¿Vds. no quieren pagar sus contribuciones? Pues bien, que todos hagan lo mismo, y pronto estaremos frescos. Si tienen Vds. ganas de hacer reír á los que nos quieren mal, no pueden hacer ninguna cosa mejor. Tan solamente los malos ciudadanos y los pícaros, son los que pueden resistirse á pagar las contribuciones.

Si, los malos ciudadanos; puesto que no piensan en las necesidades de su país: si, los pícaros: porque faltan á una obligación que ellos mismos han contraído. ¿Parece que lo que yo digo admira á Vds.? con todo es la verdad. ¿No han nombrado Vds. diputados, en quienes han depositado su confianza? ¿No se han obligado á aprobar cuanto hicieran en nombre de Vds.? Pues bien, ¿quién ha consentido las contribuciones? Sus diputados de Vds.; porque han visto que eran necesarias y que el estado no podía absolutamente pasar sin ellas. ¡Y ahora se resisten á pagarlas! Ya ven que esto ni es prudente, ni justo, ni razonable. O! si el gobierno les impusiese tributos arbitrarios, yo les disimularia el que murmurasen. Pero el gobierno no lo hace, y mal podria hacerlo cuando tenemos la carta constitucional que asegura nuestros derechos y nuestras propiedades. Pero para que ella lo asegure siempre, es menester que Vds. empiecen por obedecerla voluntariamente. ¿Quieren que digan los extranjeros que Vds. no son dignos de tener una constitucion liberal y buenas leyes, porque no saben someterse á lo que ellas les imponen? Vamos pues, Vds. no pueden olvidar hasta este pun-

to que son franceses. Me dirán Vds. que los tiempos son malos, que han padecido mucho. Ya lo sé; pero para llegar á un estado de cosas mejor, es menester resignarse y tener paciencia por algun tiempo más. Despues que habrán Vds. murmurado y se habrán acalorado mucho, ¿de que les servirá todo esto? Habrán perdido mucho tiempo sin que por eso al cabo les sea menos forzoso el pagar; puesto que aquel que habla en nombre de la ley, es siempre mas fuerte que aquel que la desconoce. El tiempo que perderán les costará mas que las contribuciones, porque la pérdida del dinero se desquita, y la del tiempo no se desquita jamás. Es menester economizarle aun mas que el oro. El trabajo y la industria, son los únicos verdaderos remedios de la miseria; y aquel que es industrioso y laborioso no tiene que temer el hambre. El desesperarse no sirve para salir de apuro; porque la desesperacion aumenta las deudas y el trabajo las paga. El que madrugue mas se verá primero libre de ellas. Confien Vds. en Dios, y les ayudará amigos míos; sean Vds. sumisos á la ley y al Rey; trabajen con aplicacion procurando vivir con una sábia economía. Pron-

to verán que sus cargas no son tan pesadas como piensan, y que tienen mas fuerza de la que necesitan para llevarlas. Luego que Vds. hayan pagado sus deudas serán ricos. El verdadero pobre es aquel que dice: nada de cuanto tengo es mio. El que no debe nada anda con la cabeza alta, va á todas partes, y mira á todo el mundo sin bajar los ojos. Para esto no se necesita mucho; porque el hombre que da dos francos de los suyos, es mas rico que aquel que toma prestados diez mil. No basta saber ganar, es menester tambien saber ahorrar; porque ningun gasto es pequeño cuando no es necesario. Algunos dicen esto es una friolera, bien se puede gastar. No, Vds. no piensan que muchos pocos hacen un mucho. Por pequeña que sea la rendija, si el vino gotea el tonel se vacia. Lo que quiero decir con esto es, que si Vds. hubiesen pensado en lo que les digo (tendrian) aprontado el dinero para pagar su contribucion y no murmurarian por tener que dar á su pais lo que les pide. La patria es nuestra madre, ella nos ha alimentado y criado, nos protege y nos defiende, tiene derecho de exigir socorros de nosotros, y los que se les niegan son hijos ingratos que no merecen ser

felices ni que el cielo les bendiga. Ahí tienen Vds. cuanto queria decirles, amigos míos: bien pueden Vds. creerme, yo he visto muchos paises y muchos tiempos, y nunca he visto que se ganase nada en ser rebelde y sedicioso.»

Esta arenga que Simon de Nantua hizo con calor, bien que con su bondad natural ordinaria, pareció hacer una viva impresion en el pueblo que se separó tranquilamente sin murmurar mas. Tales son en cualesquier circunstancias el ascendiente y la superioridad del que habla en nombre de la religion y de las leyes.

CAPITULO XXVIII.

Simon de Nantua declama contra los que tratan con poco respeto á los muertos.

Nosotros nos dirigimos hácia Elbeuf, en donde Simon de Nantua queria hacer nueva provision de paños. Al pasar por una aldea encontramos un entierro. En su acompañamiento iban muchos labradores, y entre ellos, dos jóvenes que llevaban luto y que derramaban lágrimas, y que creimos serian hijos del difunto. Nosotros nos detu-

vimos quitándonos respetuosamente nuestros sombreros, mientras que pasaba el acompañamiento con direccion á la iglesia. Simon de Nantua quiso saber quien era el que llevaban á enterrar, y se dirigió para pedirlo á un hombre que iba con los del entierro con el sombrero puesto. «Es un colono de este lugar en cuya muerte no se ha perdido mucho, dijo el rústico.» «Con todo me parece, repuso Simon de Nantua, que su pérdida es sentida y que tenia amigos. pues va mucha gente en su entierro.» «Bien puede ser, pero por lo que hace á mi, maldito lo que la siento. Era un hombre ruin con quien tenia un pleito. Su muerte me dará un respiro porque sus hijos son menores, y la cosa no andaré tan á prisa...» «¿Y por esto se alegra Vd. de la muerte de este hombre y no se quita el sombrero como hacen todos los demás? Ha de saber Vd. amigo mio, que esto no me hace formar muy buen concepto del derecho que puede tener en el pleito de que habla; y cuando se sepa esto, servirá á Vd. de muy mala recomendacion en el ánimo de sus jueces. Es una grande infamia atacar la memoria de los muertos; porque no pueden defenderse ni justificarse. En todos tiem-

pos se ha mirado como un deber sagrado el tributar los últimos honores á los difuntos, sin esceptuar á aquellos que han sido nuestros enemigos. El que falta á este deber, no tiene una alma muy elevada, ni un corazon demasiado bueno. Me inclino á creer que Vd. no tiene tantos amigos en el pueblo como tuvo el difunto, y que no goza en él de una grande consideracion.» «Muy bien puede ser, dijo el rústico enfadado, todos hacen lo que saben.» «Enhorabuena añadió Simon de Nantua, y todos tambien son estimados segun lo que hacen.»

Dicho esto, Simon de Nantua y yo continuamos hablando. «mucho desearia me dijo él, ver desaparecer de entre nosotros toda señal dé irreverencia en los funerales, existen todavia en ciertos parages de Francia unos bárbaros que serian dignos á lo mas, de una nacion salvaje. Viajando por las montañas de los departamentos del Rhone y de la Loiere, me hallé un dia en una aldea en que enterraban á un habitante. Los funerales se hacian bastante regularmente, á escepcion de que en primer lugar para ahorrarse de ataud se sirvieron de dos tablas, cuya separacion dejaba ver por ambos lados el cuerpo mal amortajado del

difunto. Cuando despues bajaron el ataud á la hoya, se halló esta demasiado pequeña, y yo volví la cara con horror á ver que el sepulturero bajaba á esta hoya, saltaba sobre el ataud y le daba grandes patadas para hacerle entrar á la fuerza. Pero todo esto aun no era nada respecto de lo demas. No bien se hubo terminado el funeral, cuando los concurrentes fueron en tropel á la taberna, á beber á la salud del difunto. Precisarón á su hijo mayor á que fuese con la demás gente á ser testigo de una especie de orgia, y á beber tambien llorando á la salud de su padre. Un espectáculo tan escandaloso me llenó de tal modo de indignacion, que no estuvo en mi mano ocultar el horror que me inspiraba, y que dije con la mayor franqueza mi parecer acerca de él, como sabe Vd. que suelo hacer frecuentemente. Todos se echaron á reir al ver mi indignacion á escepcion del desventurado jóven, el cual con sus miradas parecia darme las gracias por la compasion que yo manifestaba tener de su suplicio. Llegóse á mi un anciano mas sábio y mas racional que los demás, y me dijo; «¿que se ha de hacer? este es un uso muy antiguo en

este pais. La familia del difunto paga todos estos gastos, y si se negaba á ello, esta negativa seria mirada como un ultraje hecho á la memoria de aquel que acaba de perder. ¡No es mal modo le respondí, de mostrar su respeto por un difunto, el embriagarse sobre su tumba! Por mas antiguo que sea ese uso, no por eso deja de ser menos escandaloso y bárbaro; y ya es tiempo de salir de tan vergonzosas preocupaciones.

CAPITULO XXIX.

Simon de Nantua hace un encuentro que prueba que los golosos son castigados por la misma gula.

El discurso de Simon de Nantua fué interrumpido por un encuentro raro que tuvimos y que nos causó mucho horror, aunque tal vez habria hecho reir á muchos, pues que hay personas que rien cuando ven á los demás en un apuro, lo cual es descortesía é inhumanidad. Vimos á la orilla del camino á un niño y á una niña cada uno de los cuales tenia la cabeza apoyada en un árbol, y se apretaba el pecho haciendo esfuerzos terribles para provocar. Habia en tierra una cajita azul. «¡He! ¿qué tienen

Vds. mis pobres niños? les dijo Simon de Nantua, corriendo hácia ellos. «Señor, ¡soco-
orro por Dios! exclamó la niña, me muero,
estoy envenenada.» «¡Envenenada! Ay Dios
mío! ¿y como? ¿qué les ha sucedido á Vds?»
«Si, si, envenenada, y yo tambien, dijo el
niño, ella se tiene la culpa, ella con su
glotonería. Haces bien, respondió la niña
en atribuirme la culpa, como si tu no fueses
tan culpado como yo.

Quería replicar el otro, pero le fué for-
zoso obedecer primero al vomitivo que con-
tinuaba á obrar con actividad. Nosotros
hicimos lo que pudimos para aliviar á ambos,
y cuando en fin les hubo pasado un poco
su desazon, Simon de Nantua le dijo: «ea
niños, esplíquennos algo de lo que les ha
sucedido. ¿Que viene á ser esa cajita? Ese
es el veneno dijo el niño; el bribon del
boticario se habrá engañado.» «¿Boticarios
hay en la danza? Veamos en que para es-
to. Ahora ya deben Vds. desengañarse de
que no están envenenados.» «De veras se-
ñor?» «Si, de veras; tranquilícense y cuén-
tennos su aventura.» «Debe saber Vd., señor, repuso el mo-
cito, que nosotros vivimos en una peque-
ña casa que está como á media legua

de aqui con nuestra madre que ya es algo
entrada en dias y además enfermiza. Ayer
se halló muy desazonada; á cada momento
se sofocaba. El señor Bonin le hizo una re-
ceta que ni nosotros ni nadie de casa supo
leer, pero nos habia dicho que llevándola
á casa del boticario del lugar vecino, ya
nos daría lo que se necesitaba. Esta mañana
hemos partido mi hermano y yo para ir
al lugar dejando una hermanita que te-
nemos mas jóven para que cuidase de nues-
tra madre. Hemos ido á casa del boticario
que ha leído con facilidad la receta, y en
seguida nos ha dado esta cajita azul llena
de unas pastillas blancas que parecian azú-
car. Yo la llevaba, y volvíamos tranquila-
mente á casa, cuando me ha dicho mi her-
mana dime Juan ¿sabes tu que lo que vá
en la cajita, tiene traza de ser muy bueno?
Ah! yo he respondido no sea alguna droga
muy mala. O! no á veces hay cosas muy
buenas en las boticas, yo apuesto que eso
es excelente. ¿Quieres decir? Apostaría cual-
quier cosa; ¿quieres probarlo? ¿Y si lo
echan de ver? Diremos que la cajita no es-
ta llena. O! eso no puede menós de es-
tar muy bueno. Todo eso me ha dado ga-
nas tambien de probarlo; abro la cajita y

comemos una pastilla cada uno. Mi hermana la ha hallado escelente; á mi me ha parecido un poco amarga; pero á pesar de esto me ha gustado tambien. En fin, los dos hemos comido la mitad de las que habia en la cajita. Un instante despues me ha dicho mi hermana que sentia dolor de corazon. Yo lo sentia tambien; pero no me atrevia á decirlo: al fin me ha sido forzoso descubrirlo no pudiendo contener mas las ansias de provocar. A ambos nos han dado á un mismo tiempo, y étenos á ambos apoyados en un árbol y haciendo cada uno por su parte esfuerzos que parecia que se nos arrancaban las entrañas. En resolucion, habia ya á lo que creo una hora larga que estábamos padeciendo esta tormenta, creyendonos envenenados por una equivocacion del boticario, cuando han llegado Vds. y su presencia nos ha tranquilizado un poco.» «Mi hermano cuenta eso como le da la gana, dijo la niña; pero yo les aseguro á Vds., señores, que él tenia tantas ganas como yo, bien que no se atrevia á ser el primero á decirlo.» «Veo dijo Simon de Nantua, que ambos tienen culpa, porque su hermano debia ser mas juicioso y no dejarse tentar; puesto que es el que tiene mas edad. Pe-

ro en fin, ambos han recibido el castigo de su falta. Ya ven lo que es la golosina. Ella les ha hecho olvidar muchas cosas y cometer muchos disparates juntos en el dia de hoy. No han pensado que su pobre madre enferma estaba esperando esa medicina no han pensado que tal vez se necesitaria toda la caja para curarla. Han formado la resolucion de mentir, caso que echasen de ver que faltaba algo. Pero de que les ha servido ceder á esta tentacion? Han comido pastillas que no siendo muy buenas les ha puesto malos. La golosina es como los demás vicios, es decir que toma por su cuenta el castigar á los que se dejan seducir por ella. Esto es un vomitivo, y no es estraño que les haya dado tan mal rato. Pero si son golosos podrá ser que las cosas mas sanas les hagan daño, toda vez que las tomarán sin moderacion, y que el exceso de las cosas mejores causa siempre perniciosos efectos. Lo que dá gusto al paladar de ordinario causa dolor de estómago. Cuando uno se entrega inmoderadamente á lo que halaga los sentidos, el cuerpo se resiente de ello: la salud paga los excesos de la sensualidad, Porque ahora son Vds. jóvenes y tienen salud no deben figurarse que esto haya de durar siempre. Si no re-

sisten al atractivo de los sentidos, serán viejos antes de llegar á la vejez, y su estómago tendrá sesenta años, mientras Vds. no tendrán todavía los treinta. Tambien es posible que su pasión les cueste la vida, porque en fin si por casualidad llegasen á tener entre manos algun veneno sin conocerlo, no seria mucho que se dejasen tentar de él con la misma facilidad que hoy se han dejado tentar de esas pastillas. A un jóven muy goloso conocí yo, que padeció un error de esta clase. Este jóven nunca veía ninguna cosa de comer que le pareciese buena, que no le diesen ganas de probarla. Esta debilidad le habia hecho cometer muchas veces indiscreciones y aun imprudencias; habiendo finalmente sido víctima de ella. Encontró un dia unos polvos blancos envueltos en un papel, figuróse que serian azúcar ú otra cosa muy buena, comió de ellos..... ¡eran arsénico! al cabo de unos cuantos minutos fué atacado de un cólico y de unas convulsiones horrosas. Como no se sabia la causa de su mal no pudieron administrarle ningun remedio, y espiró dentro de pocas horas en medio de los mas espantosos dolores. Que este ejemplo y lo que acaba de sucederles les sirva de lec-

cion, hijos míos. La golosina, es un vicio muy vergonzoso muy y peligroso, de que no se puede esperar otro resultado que la infamia y la enfermedad. Ahora que ya Vds. se hallan mejor, anden pronto á llevar esa caja á su madre. Yo deseo que esa medicina sirva á un mismo tiempo para curar á ella de su mal, y á Vds de un vicio muy sensible. A Dios niños.»

CAPITULO XXX.

Simon de Nantua encuentra á un aprendiz conocido suyo y que venia de recorrer toda la Francia.

Al entrar en la villa de Elbeuf se llegó á nosotros un jóven de muy buena traza que dijo á Simon de Nantua: «¿Vd. por aqui tió Simon? ¡Cuanto me alegro de verle! «Si habrás dejado la cerrageria para trabajar de pelaire.» «No, sino que voy recorriendo toda la Francia ahora voy á Ruan. Espero con impaciencia haber acabado para volver á Leon; porque entonces yo correré con la tienda, y mi padre descansará. Haces muy bien, alabo tu modo de pensar. ¿Has visto ya muchos países?» «No va mal. Empezé por el medio dia.» «Bue-

no ya me lo contarás. ¿Dónde vives? Quiero alojarme cerca de tí.» «Trabajé en casa de un cerrajero desde que llegué á este pais ocho dias hace. Hay una posada contigua.» «Pues llévanos á esa posada.»

Este muchacho, dijo Simon de Nantua dirigiéndome la palabra, es un artista hábil, y no es estraño porque su padre pasa por buen cerrajero. Ganó un premio propuesto para el que inventase una cerraja mejor y mas hermosa. Esto hasta me llena á mí de orgullo, porque aun que el bueno de Claudio se halla establecido en Leon, es de mi pais y natural de Nantua. Yo he mecido en la cuna á ese moceton cuando todavía mecian á los niños. Ea, ahora ya estamos en casa, cuéntanos tus aventuras mi amigo Claudio.

Ya sabe Vd. tio Simon, dijo el jóven, que los artesanos de Leon han hecho un monte pio para ayudarse unos á otros en caso de enfermedad ó de falta de trabajo cuando no sea por su culpa. Esto hace que entre ellos reine una grande armonía y buena inteligencia. No dejan marchar á ningun compañero á girar toda la Francia, sin salir á acompañarle una ó dos leguas cantando y deseándole un feliz viaje. Esto han hecho

conmigo lo mismo que lo hacen con los demás. Uno lleva su librito en el bolsillo, con el cual está seguro de ser bien recibido en todas partes y de hallar trabajo donde quiera que se presente; asi que á Dios gracias no me ha faltado. Partiendo de Leon empecé á girar por el medio dia. He visto todas las grandes ciudades, Aviñon Marsella, Nimes, Mompeller, Tolosa, Burdeos, etc., y he trabajado en todas ellas. Podria decirle á Vd. con verdad, que he encontrado compañeros que no entendian mucho su oficio, y cuya vista no alcanzaba muy lejos. Esto me ha sido útil, porque yo dije para mi, o! o! no hagas no como estos, porque te costaria caro como á ellos. Debemos aprovecharnos de los malos ejemplos lo mismo que de los buenos, y los desaciertos de los otros pueden servirnos de leccion tambien como su buena conducta. por esto me he guardado bien de imitar á aquellos, que llegando á una ciudad se andan entreteniendo acá y acullá en lugar de ir á buscar amo y trabajar de su estado. Yo veia al salir de la ciudad que habian aprendido cabalmente todo aquello que les era inutil, y muy poco de lo que hubieran debido aprender. Tambien procuraba no imi-

tar á algunos otros que apenas habian ganado un poco de dinero cuando iban corriendo á gastarle en diversiones. Yo me decía al ver esto; ya es menester que tengas juicio Claudio. A ti te gustaria tanto como á cualquier otro el divertirse, pero no es esto á lo que has venido. Cuando seria acabada la diversion tú mirarias tu bolsa, y te daria poco contento el hallarla vacía. Es una locura emplear el dinero en comprar remordimientos capaces de quitarle á uno el sueño. Trabaja en lugar de divertirse, y tendrás la satisfaccion de no tener que temer que te falte el dinero. Si por casualidad caes enfermo, lo que es muy fácil por el camino teniendo recogido algun dinerillo no tendrás necesidad de ir al hospital. Con este modo de pensar, tio Simon, creo que he escusado muchos disparates, que habria podido cometer si hubiese sido menos reflexivo; y además yo pensaba á menudo en mi padre anciano que me habia visto partir con confianza y que espera mi vuelta para poder encargarme su casa y descansar. El resultado de todo esto, ha sido el que yo me halle prevenido contra la necesidad y que mi bolsillo esté bastante bien provisto. Tambien he tenido el gusto de poder

socorrer á muchos compañeros míos que no habian tenido igual precaucion. En el dia sé mi oficio muy bien. Además de que me he ejercitado en trabajar lo mejor que he sabido en todo lo perteneciente á cerrageria, he querido enterarme de las tierras que suministran los hierros de mejor calidad, de los medios de conseguirse, de su valor, de la ventaja que hay en servirse de unos mas bien que de otros segun la clase de obras que se hagan. Me ha parecido que todos estos conocimientos podrian serme muy útiles en el ejercicio de mi profesion y creo que los poseo en el dia. He tenido la dicha de ser bien recibido, y bien tratado en todas las casas que me han hecho trabajar, y no temeré manifestar mi librito cuando haya acabado de andar toda la Francia. He aquí que ahora vuelvo lleno de alegría á mi pais. Puede Vd. tener por cierto, tio Simon, que es una cosa muy buena andar toda la Francia. Es mucho lo que uno aprende en este viage, y hoy dia sé muchas cosas en que ni siquiera hubiera soñado, si no hubiese salido de mi casa.

Todo cuanto acabas de decir me ha causado una satisfaccion indecible, mi amigo Claudio, dijo Simon de Nantua. Siempre

habia pensado que tu serias un buen muchacho, y veo que no me he engañado.» «A fe mia, tio Simon, que debo decirle que me he acordado á menudo de Vd., y que si muchas veces he andado tan advertido, ha sido por habermé acordado de ciertas cosas que le habia oido decir.» «Pues bien tanto mejor, mi pobre Claudio; me alegro que haya contribuido en algo á tu dicha. Ea, cuando veas á tu padre no dejes de decirle que has encontrado á Simon de Nantua, su amigo antiguo, que le profesa siempre un amor entrañable, y que no volverá a Nantua sin pasar por Leon para saludarle y darle un estrecho abrazo.

CAPITULO XXXI.

Simon de Nantua habla de la envidia y sostiene que los envidiosos ni engordan ni se enriquecen.

Habiendo partido de Elbeuf para ir al puerto de Honflor, en donde se hace un comercio bastante considerable de encages, Simon de Nantua hizo alto en una grande villa donde solia vender diferentes géneros á unos mercaderes que se hallan establecidos en ella. Entró en casa de uno de ellos

para decirle si se le ofrecia algo. Este mercader tenia muy mala traza, sus ojos estaban hundidos, sus mejillas chupadas, su tez pálido, todo su cuerpo muy flaco, con un aire ademan sombrío y ceñudo. «Beso á Vd. la mano, señor Thibaud, dijo Simon de Nantua.» «Buenos dias tio Simon» responde el mercader con una voz áspera. «¿Le falta á Vd. alguna cosa de las que traigo? «Ninguna.» «¿Cómo es pues, señor Thibaud? ¿acaso las cosas no le van tan bien como quisiera Vd.?» «Vaya Vd. á casa de este bribon de Parneau que él le comprará ya que tiene venta.» «¿Y porqué le llama Vd. bribon? Siempre me ha parecido que tenia traza de un hombre honrado.» «Ah! no es por medios lícitos como gana tanto dinero.» «Con todo yo creia, señor Thibaud, que la probidad era el mejor medio para adquirir una buena reputacion, y qué esta era la única que ayudaba á adquirir negocio» «Bien puede ser eso; ¿pero por ello deja de ser un bribon Parneau que me vá quitando poco á poco todos mis parroquianos?» «Al! esto si que es malo para Vd. señor Tibaud. Pero mire V., si Vd. quisiera creerme no le aconsejaria que dijese mal de Parneau, para volver á ad-

quirirlos. Esto acaso es el mejor medio para hacerlos huir mas pronto. «Tanto peor lo mismo me da; yo diré á cuantos quieran oirlo, que Parneau es un bribon.» Permitamé Vd. señor Tibaud que le diga que he visto no sé donde un caso muy parecido al de Vd. Habia en una pequeña ciudad un mercader que hacia un brillante negocio. Era solo en su clase, pero el consumo de la ciudad era bastante grande para que en ella hubiesen podido hacer una fortuna regular uno ó dos mercaderes mas. Esto fué causa de que á otro le diesen tambien ganas de ir á establecerse en ella. Cuando el mercader de quien hablo vió esto, empezó á decir mucho mal de su compañero, se puso de un humor capaz de hacer huir á todos los parroquianos, la envidia le salia por los ojos, y en poco tiempo se puso flaco y pálido de desesperacion; en fin pronto fué el mismo la causa de su propia ruina. Todo el mundo abandonó su tienda porque tenia un modo grosero de recibir á las gentes, y porque entendieron que no eran mas que calumnias todo cuanto decia de su rival. Llegó la cosa á tal estado, que hubiera quedado reducido á la miseria si hubiese querido continuar su tráfico. El que

le sucedió se condujo de un modo muy diverso, hasta propuso al otro mercader que hiciesen juntos algunos negocios; recibió á los parroquianos con un aire risueño y de buen humor, hizo su comercio con honradez. Pronto su negocio fué tan brillante como el de su compañero y ambos hicieron una fortuna regular.

Durante este tiempo el envidioso se ponía de cada dia mas flaco y pálido en su retiro; porque la envidia es una enfermedad terrible. El feliz suceso de los dos mercaderes era para él un tormento; no podia oir hablar de ellos sin experimentar una especie de rabia: tenia en fin en el alma un gusano roedor, que ya no le dejó en todo el decurso de su vida. Este modo de vivir desagradable y fastidioso, hizo apartar de él á todo el mundo y ni siquiera halló una persona á quien poder contar su desesperacion y sus calumnias. En fin la cosa llegó á tal estado que él se vió obligado á acultarse vergonzosamente, porque al punto que salia al público le señalaban con el dedo diciendo: ahí está el envidioso. Estoy muy lejos de pensar que le suceda á Vd. otro tanto, señor Tibaud. Sé muy bien que no es posible que Vd. se pa-

rezca al hombre de quien hablo; pero lo he dicho solamente para mostrarle que tiene mas cuenta correr con buena armonía con los de nuestro oficio, que ser celosos unos de otros y desacreditarse mutuamente. ¿Acaso no debe vivir todo el mundo? En donde hay dos puestos ¿porqué ha de haber uno solo que los ocupe? Es un campo la industria que á todos pertenece y que todos tienen derecho á cultivar. No debemos quererlo todo para nosotros. El que todo lo abarca, todo lo pierde. El que toma pesadumbre por los buenos sucesos de los demás merece su propia ruina. El tiempo que empleamos en contrariar á los demás, es perdido para nuestros propios negocios, y la pena que nos causa perjudica nuestra salud. No hay envidiosos ricos, ni que se mantengan buenos, ni que vivan largos años, porque la envidia es una lima que gasta á un mismo tiempo el cuerpo y el alma.» «Si no tiene Vd. otra cosa que decirme, dice finalmente interrumpiendo el discurso el señor Tibaud, hágame el gusto, tio Simon, de llevar sus fardos á casa Parneau, ya le he dicho que no necesito nada.» «Ya me marche, ya me marche, no se incomode Vd. señor Tibaud, siento

en el alma ver su salud en tan mal estado.

La enfermedad ha tomado demasiado pie, me dijo Simon de Nantua al volvernos, y con el tono de un médico que declara demasiado á un enfermo, la enfermedad ha tomado demasiado pie y ya no hay remedio para este hombre.

CAPITULO XXXII.

Simon de Nantua da á conocer las ventajas del nuevo sistema de pesos y medidas.

Yo le he hecho ver á Vd., prosiguió Simon de Nantua, un espectáculo bien triste, ¿no es verdad? á lo menos á mi me parece tan doloroso, que me ha lastimado el corazón. Vámonos á casa de Parneau; verá Vd. á un hombre bien diferente del que acabamos de dejar.»

Encontramos á este honrado mercader en una tiendecita hermosa, estremadamente limpia, bien arreglada y que parecia perfectamente abastecida. Recibíonos con agrado, y con un aire de alegría y de urbanidad que no podia menos de serle habitual.

Vengo de casa del señor Thibaud, dijo Simon de Nantua. «Y que tal ¿ha hecho Vd. algo con él?» «No» «Malo, porque

yo sé que se queja, y sentiria que su comercio no prosperase. El pobre hombre dice mal de mí, pero yo no se lo deseo, y le compadezco de todo mi corazón por ser un zeloso como es. Pero ¿qué le hemos de hacer?» «Me alegro de oírle hablar á Vd. de este modo, señor Parneau.» «He, Dios mio, esto no tiene nada de particular. ¿Nos trae Vd. algo de nuevo, tío Simon?»

En esto empezaron á hablar de negocios, y mi compañero se deshizo en esta tienda de una parte de su carga. Durante este tiempo oimos una disputa muy acalorada en la casa vecina en que vivia un especiero. Parábase la gente y tuvimos la curiosidad de ir á ver tambien que riña era aquella y de que se trataba. Habia en casa del droguero un hombre muy colérico, el cual se quejaba de haber sido engañado en el peso, comprando una cantidad bastante crecida de géneros. «Yo le he pagado á Vd. á ese precio, decia, porque he creido que era la libra de diez y seis onzas. Ciertamente jamás lo hubiera pagado tan caro si hubiese sabido que se trataba de la libra de catorce onzas.» «Ni yo tampoco respondió el droguero, se lo habria dado á Vd.

al precio que se lo he dado si se hubiese tratado de una libra de diez y seis onzas. Todo el mundo sabe que soy hombre de bien; y que no engaño á nadie, ¿lo tiene Vd. entendido?» «Vd. debia advertírmelo.» «Vd. debia saber lo que hacia.» «Yo sé lo que se estila en mi departamento y no tengo obligacion de conocer los usos de este, y sino que lo digan estos señores.» «Que lo digan.»

«Señores, dijo Simon de Nantua, es evidente que la venta no puede subsistir toda vez que ha habido una mala inteligencia de esa naturaleza. Pero he aquí una aventura que deberia hacer conocer á Vds. el daño que se hacen Vds. mismos, obstinándose en usar de los antiguos pesos y medidas que el gobierno ha reformado. Ya ven Vds. su resultado. Cuando se pensó en establecer un sistema uniforme de pesos y medidas en toda la Francia, señal es que se conocia el inconveniente de esta diferencia que existia en el antiguo sistema de un departamento al otro. No se necesita sino de sentido comun para comprender cuanto mas cómodo, mas ventajoso, y mas espedito es, servirse en todas partes de los mismos pesos y de las mismas medidas. ¿Có-

mo es pues, que todavía hay gentes que se obstinan en seguir el antiguo sistema, á pesar de las incomodidades que tiene? Yo les diré á Vds. el motivo: por una parte los mercaderes no quieren tomarse el trabajo de aprender el nuevo, y por otra pretenden los consumidores que no estando habituados á él podrán fácilmente ser engañados por los mercaderes que tengan la conciencia ancha. Tan poca razon tienen los unos como los otros; en primer lugar, señores, los mercaderes no ponen duda en que les costaria menos trabajo aprender el nuevo sistema que el hacer todos los dias los cálculos y las reducciones que necesita el antiguo. Nada hay tan sencillo como las nuevas divisiones, las cuales solo tienen por base el sistema decimal. Sin duda ninguna que es mas fácil y mas pronto calcular granos hectógramos, y kilogramos, que libras, onzas, cuartos etc. Vds. dirán que no entienden estos nombres: pero yo no veo que tengan nada mas difícil, y mas pesado para la memoria de los otros. ¿Qué tiene de mas extraño la palabra metro, que la palabra vara? Todas esas objeciones serian muy oportunas si se tratase al contrario de substituir las antiguas medidas á las nuevas. Por lo

que hace á los consumidores que temen ser engañados, lo que acaba de pasar aqui debe probarles hasta que punto se engañan si se figuran que están menos espuestos á ello comprando por libras y azambres que comprando por kilogramos y litros. Si todos quisiesen hacer lo que deben para la adopcion general del nueva sistema métrico, todos seguramente ganarian en ello. Sé bien que con el tiempo acabará por desaparecer enteramente; pero ¿á que privarse de una ventaja cuyo goce pudiera procurarse con tanta facilidad y prontitud? Deseo que lo que aqui acaba de causar una disputa, sirva de leccion á todos los que han sido testigos de ella; y con esto señores mi voto es que Vds. mismos rescindan su contrato.

CAPITULO XXXIII.

Simon de Nantua presencia una aventura nocturna, en la que se ven los funestos efectos de la cólera.

Era ya de noche cuando llegamos á Honflor muy cansados; y nada procuramos con tanto ansia como buscar una posada y pedir nuestras camas. Habria ya como unas dos horas que dormiamos profundamente,

cuando nos despertaron de sobresalto unos fuertes gritos que parecían salir del cuarto vecino. Levantámonos precipitadamente para informarnos de lo que venían á ser. Estaba abierta la puerta del cuarto, Simon de Nantua entró sin cumplimientos é inmediatamente fué seguido de muchas personas que igualmente que nosotros acudían al ruido. Hallamos á un hombre furioso que con una mano tenía asida de los cabellos á una infeliz muger, y con la otra le iba dando continuamente golpes con un trozo de silla que acababa á la cuenta de hacer pedazos. Esta muger pedía socorro con todas sus fuerzas, y á sus gritos se unían los de un niño que abrazaba las piernas del furioso, y procuraba llevárselo tras sí. Lo primero que hicimos, fué arrancar la víctima de las manos del furioso marido, cuya cólera parecía aumentarse todavía con el obstáculo que ponía nuestra presencia á su acción brutal. «Espíqueme Vd. pues, dijo Simon de Nantua., ¿qué es lo que motiva toda esa camorra?» «que ha de motivarla, dijo la pobre muger llorando sólo el ser yo tan desdichada que tengo precisión de vivir con un furioso como este. Seguramente que Vds. me labrían hecho un favor si me hubiesen de-

jado para que me acabase de matar.»

Durante este tiempo echaba el marido espumarajos de rabia y profería horribles juramentos.

«Figúrense Vds. repuso la mujer, que será ver á un hombre en este estado dos ó tres veces á la semana, y esto por unas frioleras como las de hoy, que consiste en haber echado de ver que yo había reservado sin decírselo algún dinero, á fin de impedir que lo gastase inutilmente.» «He aquí un grande escándalo dijo Simon de Nantua, yo no sé que pueda haber un espectáculo mas lastimoso que el de un matrimonio que no viva bien ni pasión mas fea que la cólera. Miren Vds. si ese hombre no se parece enteramente á una bestia feroz. Por ahora nada podemos hacer respecto de él. Pongamos al abrigo de su furor á estas dos criaturas que quedarían espuestas á ser sus víctimas y dejémosle solo abandonado á sus vergonzosos arrebatamientos.

Siguióse este consejo de Simon de Nantua. Encerraron al furioso en su cuarto mientras que proporcionaran otro á la mujer y su hijo. Estos diferentes incidentes produjeron tal trastorno en el cerebro de aquel desventurado, y exaltaron tanto su cólera,

que sus órganos no tuvieron bastante fuerza para resistir á una agitacion tan violenta. El dia siguiente por la mañana fué hallado tendido en su cama en una postracion total de fuerzas, tartamudeando palabras sin significado, y en un estado que presentaba todos los síntomas de un delirio. Fueron inútiles los socorros; espiró aquel mismo dia.

Este suceso ocasionó una grande confusion en la posada. La mujer de este desventurado dió un espectáculo muy ejemplar, mostrando un dolor sincero por la muerte de su marido. «Ningun derecho tenia yo para aborrecerle, decia: era mi esposo, y el padre de mi hijo.» Por lo que hace á Simon de Nantua decia: he aquí lo menos malo que podia suceder á este hombre; porque él no hubiera parádo hasta matar algun dia á su mujer, á su hijo, ó á alguna otra persona; y llevar él mismo su cabeza al cadalso. Mucho seria de desear que todos los hombres que son propensos á la cólera pudiesen presenciar una aventura semejante á la que acabamos de ser testigos. La cólera es una pasion que puede refrenarse en su origen; pero desgraciado de aquel que se abandona á su imperio; por-

que pronto adquiere tal ascendiente que ya no se puede triunfar de ella.

Era demasiado humano Simon de Nantua, para que no pensase en informarse de cual seria la suerte futura de la viuda y su hijo. Esta muger esa de Valenciennes, en donde se habia ocupado en hacer blondas antes de su matrimonio. Ofrecióse Simon de Nantua á procurarle trabajo en casa de un fabricante que conocia en Honflor. La pobre no sabia como espresar su reconocimiento á mi compañero. Desde que vivia con su terrible esposo, parecia haberse medio atontado. Las escenas frecuentes á que se veia espuesta sin cesar, la habian en algun modo hecha incapaz de hablar y obrar; pero restituida á su libertad pronto volvió á recobrar toda la viveza que le habia hecho perder su desgraciada situacion. Simon de Nantua no dejó á Honflort sin haberla puesto en estado de poder ganar la vida y criar á su hijo. Pero le encargó sobre todo que no desuidase la educacion de este jóven, y que le hiciese aprender un oficio que pudiese asegurar su independenciam.

CAPITULO XXXIV.

Simon de Nantua vá á la iglesia, canta en el facistol, y oye el sermón de un cura que se acertó a ser un amigo antiguo suyo.

Sin duda que no habrás olvidado, caro lector, lo que te he dicho en el primer capítulo de este libro, relativo á que Simon de Nantua habia sido destinado al estado eclesiástico, y que en otro tiempo habia seguido un poco los estudios. En este tiempo trabó amistad con algunos jóvenes que estudiaban con él, y de los cuales algunos se hicieron eclesiásticos. He querido recordarte esta circunstancia, á fin de que no estrañases lo que sucedió á mi compañero de viage, en un lugar en que hicimos alto, distante algunas leguas de Honflor. Era un domingo por la mañana un poco antes de la hora de la misa. En semejantes dias Simon de Nantua jamás dejaba de ir á la iglesia del lugar en que se encontraba. Fuimos pues los dos juntos á la iglesia, en cuya puerta habia algunos aldeanos que estaban en conversacion. Hízoles algunas preguntas Simon de Nantua, y les pidió entre otras cosas, co-

mo se llamaba el señor cura. «O, es un excelente sugeto, respondió uno de los rústicos, se llama señor Hilario.» «¿Señor Hilario? ¿Saben Vds. de que tierra es?» «De Bourg, en el departamento del Ain.» O! exclamó Simon de Nantua, ¿dónde está? ¿dónde está? «en la sacristía le hallará Vd.» Inmediatamente corre Simon de Nantua á la sacristía yendo yo tras él.» Señor cura, dice: ¿se acuerda Vd. todavía de Simon de Nantua, que tuvo el honor de ser su condiscípulo de gramática latina.» «Si, no hay duda que me acuerdo de él.» «Pues aquí lo tiene Vd.; yo soy señor Hilario.» «¿Es posible?» «Yo mismo soy, he oido nombrarle á Vd., y he querido venir á asegurarle de mi respeto.» «Me alegro mucho de volver á ver á Vd., mi estimado Simon, y puede Vd. estar cierto, que he preguntado muchas veces que se habia hecho Vd. Muchas cosas tendrémos que decir luego. Pero ya es la hora de la misa. ¡Ay Dios mio! Vd. podria hacerme un favor. ¿Se le acuerda á Vd. el cantar? «sí señor.» «Es que mi cantor ha caido enfermo, y quisiera que Vd. me hiciese el gusto de suplir su falta.» «Lo haré de muy buena gana.»

Disfrazado Simon de Nantua con una

sobrepelliz, fué á colocarse junto al facistol en donde empezó á cantar con una voz tan fuerte que parecia que las bóvedas se venian á bajo. Era esta la primera vez que le vi mostrar semejante habilidad, y quedé admirado de su talento. Pero lo que me causó una suma complacencia, fué el sermon del buen cura, del cual procuraré referir algunos pasages.

«Mandó Jesucristo á San Pedro, decia, que volviese su sable á la vaina, diciéndole que el que á hierro mata á hierro muere. ¿Comprendeis, hermanos míos, todo el sentido que encierran estas palabras? Ellas no significan tan solamente que la espada vengará el mal que habrá hecho la espada. Aquí el hierro es la imágen del vicio y de las pasiones. Ha querido nuestro divino maestro dar una leccion á todos los hombres; y enseñarles que los vicios son castigados por los vicios, y que las pasiones ocultas bajo un velo seductor un veneno mortifero. El que á hierro mata á hierro muere: es decir que el orgulloso será humillado con el triunfo de los demás; que el envidioso se consumirá de desesperacion al ver los sucesos ajenos. El que á hierro mata á hierro muere: es decir que el mal-

diciente no tardará en ser el mismo objeto del odio y del desprecio que habrá procurado atraer sobre sus semejantes; que el avaro perecerá de miseria, despues de haber negado su sobrante á los infelices. El que á hierro mata á hierro muere: es decir que el hombre que se abandona á la pereza, perecerá víctima de su disolucion; que el que se deja arrebatat de la cólera, incurrirá en la indignacion de Dios y en la de los hombres; que el que ama la venganza, atraerá sobre sí mismo la venganza del cielo y la de la tierra. El que á hierro mata á hierro muere, es decir que el que oprimiere, será oprimido á su vez; que el que no socorriere á su semejante viéndole padecer, padecerá tambien á su vez sin hallar quien le socorra; que el que aborreciere á los hombres será aborrecido de ellos; que el que persigue será perseguido. Esto es; esto es hermanos míos lo que el Señor ha querido decir á su apóstol dirigiéndole estas palabras. Ya veis cuantas verdades terribles se encierran en tan corto período; pero tambien se puede descubrir en él verdades capaces de consolarnos y animarnos. Porque si el vicio castiga el vicio, del mismo modo la virtud

recompensa la virtud. Acordaos de que si sois humildes, seréis ensalzados, de que si sois caritativos, haréis indulgencia y proteccion de parte de vuestros hermanos. Amad á vuestro prójimo á fin de que seais amados de él. Dad al menesteroso, y si por desgracia llegareis á veros en la indigencia, os hallaréis lo que de este modo hubierais empleado. Sed sobrios y castos, y conservaréis vuestra salud y vuestras fuerzas. Guardaos de la maledicencia y de la mentira; tomad la defensa de los que se hallan perseguidos; y si sucediera que un dia lo seais vosotros, no faltará quien os defienda. No hagais mal á nadie ni aun á vuestro enemigo. Haced todo el bien que os fuere posible; y de este modo estaréis satisfechos de vosotros mismos, vuestro sueño será tranquilo, respiraréis libremente, os estimarán los hombres y Dios os recompensará, no soy yo hermanos míos, quien os dice esto; sino Jesucristo vuestro Señor que ha querido participar de vuestra miseria, y os ha dado en su vida ejemplo de todas las virtudes, que ha sido perseguido y ha rogado por sus perseguidores á fin de que su padre les perdonara, así como él mismo les perdonara.

ba. Imitad á vuestro Salvador, hermanos míos, y seréis felices acá en la tierra, mientras os espera la felicidad que está reservada para vosotros en la eternidad.»

Acabado este discurso, el cual dijo el cura otras muchas cosas buenas que no pude retener á la memoria, examiné la figura de Simon de Nantua. Parecióme que le habia dado mucho gusto lo que acababa de oír. Tenia la traza de estar pensando y recapacitando algo en su cabeza. Lo que esto fuese, lo sabrá el que leyere el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXV.

Simon de Nantua come en casa del cura y en compañía de este: quiere probar con hechos la verdad de lo que el cura ha dicho, y cuenta una historia.

Al salir de la misa el buen cura, nos convidó á que fuésemos á la rectoría. «Confío dijo á Simon de Nantua, que Vds. me harán el gusto de comer y de alojarse en mi casa.» Era demasiada la alegría que habia causado á mi compañero de viaje el encuentro del señor Hilario, para que desechase semejante proposicion de

consiguiente fué aceptada. Volvió Simon de Nantua á ejercer otra vez el oficio de cantor, entonando las vísperas.

El cura acostumbra á admitir en su casa los domingos por la tarde á algunos vecinos del lugar, á quienes daba de este modo, sin que ellos lo echasen de ver, instrucciones religiosas y morales. Aquel dia se reunieron en ella una docena de personas con quienes nos juntamos. Giró la conversacion sobre el sermon que el cura habia predicado por la mañana.

¡Ay, cuan al caso ha hablado Vd. señor cura! exclamó Simon de Nantua. Vd. ha dicho grandes verdades, á las cuales no seria difícil hallar esplicacion. Su sermon de Vd. me ha traído á la memoria una anécdota de que yo mismo casi fui testigo, y que ofrece un ejemplo muy evidente del vicio castigado por el vicio, y de la virtud recompensada por la virtud.

EL CURA.

¿Seria tal vez la historia de los dos hermanos Marcelo?

SIMON DE NANTUA.

La misma es. ¿Los ha conocido Vd. por ventura?

EL CURA.

¡Cómo si los he conocido! Apenas habrá mas de unos siete á ocho años que ví al buen Luis en su hermoso cortijo; estaba pensando en él y en su hermano, esta mañana predicando.

SIMON DE NANTUA.

Y yo mientras le escuchaba á Vd.; pero si hace ya ocho años que Vd. no ha visto á Luis, todavia no estará Vd. enterado de toda su felicidad.

EL CURA.

Habria Vd. de contarnos esta historia, tío Simon.

SIMON DE NANTUA.

Oh tal vez seria demasiado larga.

UN RÚSTICO ANCICNO.

No importa, tanto mejor, señor Simon: si quiere Vd. hacernos este favor nos dará grande gusto á todos.

SIMON DE NANTUA.

De muy buena gana, señores con tal

que Vds. lo desean estoy pronto á darles gusto.

Todo el mundo se reunió en corro al redor de Simón de Nantua, y este después de haber tosido y pasado dos ó tres veces la mano por su frente habló en estos términos.

HISTORIA DE LOS DOS HERMANOS MARCELO, NACIMIENTO Y EDUCACION DE GERÓNIMO Y DE LUIS.

No sea que crean Vds. ahora, mis buenos amigos, que es un cuento la historia que voy á referirles. Ella es verdadera, prueba de ello es, que el señor cura y yo conocemos las personas de quienes les hablaré. Escúchenme pues; y aprovéchense de lo que oirán. La conducta de los demás debe enseñarnos el modo de conducirnos. Cuando un hombre resvala, debemos evitar el poner el pié en el lugar que él lo puso, puesto que es revaladizo; pero observemos al que anda derecho y firme, y procuremos seguirle, ya que anda por el buen camino. Y sin mas preámbulos ahí va mi historia.

Erase que se era un hombre pobre lla-

mado Marcelo, y que vivia en una pequeña villa del departamento de los altos Alpes. Este tal hombre habia quedado viudo temprano habiéndole dejado su muger al morir dos hijos niños, de los cuales el mayor se llamaba Gerónimo, y el mas jóven Luis. Tenia Marcelo buen sentido, pero no habia sido instruido, y sentia mucho no poder educar á sus hijos por hallarse falto de medios. ¡Cuánto se hubiera alegrado, si en su tiempo hubiese podido enviarles como ahora á las escuelas gratuitas! Pero entonces no eran estas muy numerosas, y no tenia ninguna el lugar de Marcelo. No pudiendo pues enseñar nada á sus dos hijos, procuraba á lo menos inspirarles principios de piedad y de virtud. Sin embargo no siendo posible que en estas instrucciones ocupasen todo el dia, era fácil que el ocio y la disipacion destruyese prontamente toda su obra.

Era Gerónimo un grande tronera, y corria todo el dia con los muchachos vagos del lugar. Con ellos iban á robar fruta saltando las bardas de las huertas, y muchas veces habia recibido correcciones de que no habia podido alabarse delante de su padre, Tambien se acostumbraba por ocio-

sidad á maltratar los animales y habia tomado para uno de sus pasatiempos el aporrear á los perros y á los gatos, ó el romper á pedradas las patas á los pollós y anades. Todas estas malas disposiciones, se iban fortificando en él por el hábito, y era ya fácil de preveer, que seria muy malo.

No sucedia lo mismo con Luis; los discursos de su padre hacian una impresion mas fuerte en el corazon de este muchacho, sin embargo que era mas joven que su hermano. Algunas veces se tomaba la libertad de responder á su hermano cuando le veia hacer alguna mala accion, y mas de una vez esta libertad le habia valido golpes. El caracter de Luis era naturalmente alegre. Tenia sin embargo ratos de tristeza, cansados por el disgusto de ver que era un ignorante y que carecia de medios para instruirse. A fuerza de buscar que era lo que podria hacer para salir de este estado, le ocurrió una idea que adoptó inmediatamente. Váse á casa del cura del lugar, y le dice; señor cura, soy muy desgraciado. ¿En que lo eres, hijo mio? Yo habia oido decir que tú eras un buen muchacho, y que hacias ventaja á tu hermano. Oí Señor Cura, mi hermano es un

buen muchacho tambien, sin embargo de ser algo atolondrado. ¿Qué es pues lo que te da pena? El no saber leer. O! si no tuviese cortedad pediria á Vd., señor cura, que me enseñase á leer. En cambio yo le prestaria despues á Vd. los servicios de que fuese capaz.

Admirado y prendado á un mismo tiempo quedó el cura de esta peticion de parte de un muchacho tan jóven y congeturó que con el tiempo seria un hombre distinguido. Otorga pues con mucho gusto lo que desea Luisito, y he aqui que nuestro Luis va cada dia á tomar su leccion en casa del cura. No necesitó mucho tiempo para saber de leer, porque tenia muy grande disposicion y se aplicaba todo lo que podia. Tomóle cariño el cura, y quiso continuar su educacion; le enseñó sucesivamente de escribir, contar, un poco de latin, Geografia, é Historia. No es menester decir, que Luis estaba perfectamente instruido al mismo tiempo en las verdades de la religion y que era muy piadoso.

Durante este tiempo, Gerónimo se burlaba de la aplicacion de su hermano; y le enviaba á pasear cuando le hablaba acerca de que aprendiese tambien alguna cosa. Los

defectos de este jóven pasaban á ser vicios á medida que crecia. A los catorce años en fin, ya habia llegado á hacerse temer y detestar de todo el lugar, y ya no tenia otra compañía que tres ó cuatro picarones tan buenas alhajas como él. Luego que los dos hermanos hubieron cumplido respectivamente quince ó diez y seis años, su padre Marcelo los llamó un dia á su presencia y les dijo, ya teneis edad para pensar en vuestra fortuna. Yo no puedo ayudaros en hacerla, vosotros sabeis que tantos trabajos tengo para subsistir. Aqui teneis cuarenta y ocho francos que á duras penas he podido ahorrar para vosotros. Tome cada uno la mitad ya que no puedo hacer mas: con ella tendreis bastante para ir á la ciudad, procurad trabajar, haced fortuna y enviadme noticias de vosotros. Tú, mi querido Luis, cuento que sabrás salir de cualquier apuro, quedo muy obligado al señor cura por la instruccion que te ha dado; ella te será util en todas partes, y de un modo ó de otro te adelantará. Por lo que hace á tí, mi pobre Gerónimo te veo partir con mucho cuidado. Bien hubieras podido hacer como tu hermano, y grangearte del mismo modo la estimacion del señor cura;

ra; pero en lugar de hacerlo has preferido abandonarte al ocio y disipacion. Mucho me temo que no tengas motivo de arrepentirte de ello. En fin mi corazon á ambos os desea el mismo bien. Id, hijos míos, y sed felices.

El buen Marcelo abrazó á sus hijos llorando, y sin quererlo estrechó á Luis con un movimiento mas tierno. Durante esta escena habia llegado el cura. Arrojóse á sus brazos el pobre Luis sin poder hablar ni espresar su reconocimiento de otro modo que con lágrimas. Gerónimo lloró tambien y sintió una verdadera agitacion; tan cierto es que los corazones, aun los que son mas corrompidos, no pueden sustraerse enteramente al tributo que reclama la naturaleza. Alejáronse en fin los dos hermanos agarrándose del brazo, y Marcelo su padre y el buen cura, les acompañaron con los ojos todo el tiempo que les fué posible.

Estaba Luis absorto en una profunda tristeza; Gerónimo pareció tambien estar pensativo algun tiempo, pero pronto volvió á su estado ordinario y fué el primero que rompió el silencio diciendo á su hermano: nosotros vamos á León ¿no es verdad? Si, ¿qué piensas hacer tu en aquella ciudad?

Que se yo. Con todo es preciso que pienses en ello. Verémos, obraré segun se me presentare la ocasion, tiempo tendré de pensar en ello, despues que abré acabado el dinero. Esto sucederá muy pronto mi pobre Gerónimo: he leído no se donde que los niños y los locos creen que veinte años y veinte francos no han de acabar jamas. Ea, hermano mio, no me vengas con sermones te suplico: yo soy bastante grande para saber lo que he de hacer. Enhora buena, ya no diré nada mas.

Despues de haber andado todo el dia, llegaron al caer la tarde nuestros dos peones á una venta, en donde resolvieron pasar la noche. Estaba á unas doce leguas de Leon con poca diferencia, y esperaban que al dia siguiente ó el otro llegarían á aquella ciudad.

Habia en la venta mucha gente. Entre otra de las personas que se hallaban en ella observó Gerónimo á su furriel que iba de guarnicion á Granoble. La traza de este jóven no era de las mas buenas, y por lo mismo no tardó en hacer la conquista de Gerónimo, porque como dice el proverbio Dios los cria y ellos se juntan. Dentro de un cuarto de hora ya fueron ami-

gos intimos, y se contaron el uno al otro sus cosas como hombres que á la primera ojeada ya conocieron que tan buena alhaja era el uno como el otro. Sabiendo el furriel que Gerónimo llevaba veinte y cuatro francos en el bolsillo, ya los dió por suyos. Era un bribon taimado, mas perro viejo que su nuevo amigo, estando de guarnicion habia aprendido todas las tretas del juego. Dió á entender á Gerónimo, que tambien traia dinero, y le propuso que jugasen á los naipes. Aceptó este el envite, y á la manera de los locos que nada temen ya ve su caudal doblado, su bolsillo lleno de un modo inagotable.

El prudente Luis que habia oido la proposicion se estremeció de ello. Quiso hacer alguna reflexion á su hermano: pero fue recibido muy groseramente, y se vió precisado á callar.

Tenemos ya nuestros dos jugadores en campaña. Fué juego de pocas tablas. Con pocas partidas hubo bastante para que Gerónimo se viese despojado de sus veinte y cuatro francos, y por consiguiente privado de toda especie de recursos. Préstame dinero, dijo á Luis, á fin de que pueda desquitar lo que acabo de perder. No, respon-

dió con firmeza Luis. Tu no has querido escuchar mis reflexiones, ten á bien que yo sea sordo á tu peticion, y que guarde mi dinero.

Entivióse de un modo muy raro lo amistad del furriel tan pronto como conoció que Gerónimo estaba sin blanca. Se despidió de él deseándole buena noche, y buena suerte para el porvenir y se fué á acostarse.

Luego que estuvieron solos los dos hermanos, Luis dijo á Gerónimo; amigo mio, ya veo que no podremos ir juntos. Nuestros gustos y nuestras inclinaciones son del todo diferentes y jamás podriamos avenirnos. Nos incomodaríamos el uno al otro. Mas vale que nos separemos, y que cada uno busque por su lado la fortuna. Tú has perdido el dinero que tenias por no haber querido seguir un buen consejo, con todo no quiero dejarte sin recurso cuando nos separemos. De mis veinte y cuatro francos voy á pagar el gasto de la posada, y lo que quede nos lo partirémos como buenos hermanos. Despues nos despedirémos.

Aceptó Gerónimo con mucho gusto esta propuesta dando gracias con frialdad á su generoso hermano.

Cumplió Luis lo que habia prometido,

y al amanecer mis dos muchachitos se dieron un abrazo, y en seguida echó cada uno por su lado.

«Ahora pues, ¿cuál quieren Vds., señores que sigamos primero?»

«Creo que será mejor, dijo el cura, que nos desembarazemos desde luego de Gerónimo, porque preveo que tendrá un mal fin.»

Pues bien, dijo Simon de Nantua, veamos en lo que vino á parar Gerónimo.

CAPITULO XXXIV.

Continuacion de la historia de los hermanos

Marcelo, contada por Simon de Nantua:

mala conducta y fin trágico de Gerónimo,

Gerónimo, á quien no se le quitaba de la cabeza el furriel y que no habia perdido las esperanzas de sacar partido de él, continuó Simon de Nantua, abandonó el proyecto de ir á Leon, y tomó el camino de Grenoble andando á un paso lento, á fin de que el furriel tuviese tiempo de alcanzarle. No habia pasado mucho tiempo cuando le vió llegar con la mochila á las espaldas y cantando alegremente. Ola, ¿Vd.

por aqui Camarada? ¿qué motivo le trae por este camino? Creia que esta mañana habia Vd. partido para Lion. He mudado de propósito amigo mio, quiero ir á Granoble en su compañía de Vd., y deseo sentar plaza en su regimiento. ¿De veras? Me alegro; mejor, Vd. hará un buen compañero, y su genio me gusta. O! ningun inconveniente hay en que vayamos juntos. Ea pues, ya que ello ha de ser sigamos adelante, marchemos. Yo le presentaré á Vd. á mi capitán.

Ya tenemos á nuestros camaradas andando juntos. Llegan á Granoble, Gerónimo es presentado, sienta plaza, y se incorpora; viste el uniforme, toma el fusil y empieza á hacer el ejercicio. Los primeros dias los pasó Gerónimo grandemente: habia tomado los dineros de su empeño, y al mismo tiempo tuvo la suerte de ganar jugando con algunos de los reclutas sus compañeros, de modo que no pensaba sino en divertirse con este dinero, dándosele muy poco de lo demás. Bien pronto distinguió y escogió para amigos suyos los mas picarones del regimiento. Con estos, en los dias que no estaba de faccion, andaba corriendo las tabernas y los lugares

sospechosos de la ciudad, y rara vez se recogia en el cuartel, que no tuviese mucha necesidad de irse á la cama.

No podia la cosa durar mucho tiempo de este modo. Empezó Gerónimo á perder el buen humor al mismo tiempo que su dinero; y luego que quedó vacia su bolsa ya no supo decir chistes. Voto á taidacia, que me he llevado chasco. Yo senté plaza solo para divertirme. Convengo en hacer el ejercicio y montar la guardia, pero con tal que pueda divertirme, sino doy al diablo el fusil y la cartuchera.

Gerónimo como saben Vds., estaba acostumbrado á satisfacer sus antojos sin reparar en los medios. Asi que en esta ocasion, sin tomarse el trabajo de buscar, ni para procurarse dinero habia otro espediente que el de robarle, pensó que este era el mas sencillo y el mas cómodo, y se resolvió á valerse de él sin el menor escrúpulo. Hizo sin embargo una reflexion que demuestra no se hallaba destituido enteramente de prudencia. Voy á robar á mis camaradas; si lo echan de ver, es natural que me pongan preso y me fusilen, y no es esto lo que yo quiero. A fe mia que considerada bien la cosa, no es el oficio de

soldado el que mas me conviene. Lo mejor será hacer un pequeño gato y coger las de villadiego.

Una vez hubo tomado esta bella resolución, no pensó sino en ponerla en ejecución; lo que hizo del modo siguiente: Había observado que algunos soldados habían juntado algun dinerillo ya con su economía, ya ocupándose en la ciudad en diferentes trabajos los días que estaban libres. Cada uno de estos buenos militares, tenía una pequeña suma de prevención en un rincón de su mochila. Los soldados de mala conducta decían de ellos que eran unos avaros y Gerónimo pensó que les estaria bien empleado que les jugase la pieza que tenía proyectado.

Una mañana, pues, se hizo el enfermo, y pretestó no poder ir al ejercicio con los demás. Mientras estaban ausentes, pasa revista de las mochilas y junta una suma de unos cincuenta escudos. Se sale del cuartel, va á trocar su uniforme por un vestido pardo, echando por las trochas para evitar que nadie le persiguiese.

Corrió el país, con la mayor celeridad posible, y se quedó muchas noches al raso, no queriendo esponerse á ser arrestado en

los parages en que habria podido alojarse. Despues de haber viajado de este modo incómodo por espacio de unos diez dias, llegó á una grande ciudad que le dijeron era Chalons de la Saona. Determinó hacer alto en ella creyendo que estaria tan seguro como en las Indias, y que toda vez que habia escapado hasta entonces nada tenia ya que temer. En efecto era una cosa casi milagrosa el haber podido zafarse de la persecucion de los gendarmes, que no se andan en chanzas con los desertores y mayormente siendo Gerónimo á un mismo tiempo desertor y ladron. Esta fortuna le dió ánimo, y propuso en su corazon de continuar en adelante en un oficio que hallaba lucrativo, y que le parecia bastante cómodo. No pensaba que el ojo de la justicia está abierto sobre los hombres de su ralea, los cuales podrán á la verdad escaparse una ó dos veces de su vigilancia; pero al fin serán descubiertos, y entonces las pagarán todas á un tiempo.

Empezó por comer su dinero, lo cual verificó en poco tiempo, respecto que el juego ayudó tambien á su vientre para que se acabára mas pronto. Cuando se vió sin una blanca, tuvo precision de pensar en

buscar nuevos recursos mientras aguardaba la ocasion de hacer lo que él llamaba un buen lance.

Se hallaba en Chalon una compañía de comediantes de la lengua, que representaban y cantaban. Habia Gerónimo trabado amistad en la taberna con uno de estos histriones, el cual tenia á su cargo hacer el papel de foragido en las piezas de tabla, y se llamaba Bernardino. Muchas veces habia hablado á Gerónimo de cuan agradable es la profesion de cómico; pero este no se dejò tentar de ello por dos razones: la primera, que no se atrevia á confesar á su amigo Bernardino, que no sabia de leer ni escribir, no pudiendo por lo mismo recitar ningun papel; y la segunda que el vestido miserable del bandido, no prometia que pudiese hacer una grande fortuna el que siguiese sus huellas. Con todo la necesidad hubiera hecho pasar á Gerónimo por encima de esta última consideracion si la primera no le hubiese presentado un obstáculo insuperable.

Un dia sin embargo pensó pedir á Bernardino, si habia algunos papeles en que no tuviese nada que decir el que los desempeñase, porque, añadió, yo carezco de

memoria y jamás podria decorar una linea. Esto no le hace, respondió Bernardino, hay lo que llamamos en términos del arte papeles mudos. De veras? repuso Gerónimo; pues bien, si la compañía de Vd. necesita de alguno que desempeñe esta clase de papeles puede contar conmigo. Hay una plaza vacante, no tiene Vd. mas que pedirla, y yo le presentaré al director. Deme Vd. la mano, dijo Gerónimo, estamos corrientes. Gerónimo es presentado: su fisonomia parece bien al director, y al dia siguiente empiezan ya á hacerle salir. Iba vestido de bandido y hacia parte de la partida de su gefe Bernardino. El traje de cómico le caia tan bien, que no habia mas que desear. Sobre todo tenia su semblante una espresion muy propia, y he aqui lo que contribuia á dársela.

Antes de subir á las tablas habia echado una ojeada al mostrador en que se distribuyen los billetes de entrada. La presencia de los dineros cobrados habia escitado en él ciertos sentimientos y ciertos deseos que se pintaban en sus facciones, y las ponian perfectamente de acuerdo con su papel. Acabada que fué la funcion, el director le dijo que lo habia hecho grande-

mente, y le manifestó que sentia mucho que su memoria no le permitiese desempeñar uno de los papeles principales. Pero Gerónimo respondió siempre, que la cosa era imposible y que esto no dependia de su voluntad.

Toda la noche tuvo delante de los ojos, la seductora imagen del dinero que se habia cobrado, y su espíritu no se ocupó ya sino en los medios de apropiárselo cuando se le presentase ocasion y de dar un chasco al director y su compañía.

Durante uno ó dos meses anduvo discutiendo en los medios de ejecutar este bello plan. Despues de haberlo meditado mucho pensó que el único partido que podia tomar, era el de inducir al recaudador á que hiciese sociedad con el, y á escaparse ambos llevándose la caja. Nuestro Gerónimo habia oliscado la propiedad de este recaudador y como ya era inteligente en esta materia creyó que con toda seguridad podria arrfegarse á hacerle la proposicion. Llevóle pues, á beber en una taberna, y mientras estaban vaciando una botella le comunicó sus intentos y no le costó mucho trabajo el persuadirle. Quedó convenido entre los dos que al dia siguiente se pondria por obra el proyecto. No escogieron mal

dia, pues que era un domingo en que debia echarse una pieza dramática que no podia dejar de traer grande concurrencia. La cosa pasó del modo que voy á referir. Habiendo el cajero realizado el valor de todos los billetes, hizo su talega segun tenia de costumbre, y se la llevó aparentando que iba á meter el dinero en la caja. Pero en lugar de hacerlo se salió fúrtivamente de la ciudad, y se fué segun estaban convenidos á unirse con su compañero que le estaba aguardando á alguna distancia, habiéndose dispensado de representar aquel dia, con el falso pretesto de hallarse indispueto.

Luego que estuvieron juntos, empezaron á caminar aceleradamente para ponerse á salvo lo mas pronto posible. De este modo corrieron toda la noche y no pararon hasta el amanecer para tomar un bocado en un meson. No fué flojo el susto que causó á Gerónimo al ver en esta posada á dos gendarmes que habian dejado sus caballos en la cuadra. No habia echado en olvido que era desertor, y como observó que los gendarmes le miraban con alguna atencion, no dudó que tendrian la nota de sus señas. Sin decir nada á su compañero se sale del comedor y se dirige á la cua-

bra en donde se hallaban los caballos de los gendarmes. Escoge el mejor, da una cuchillada en el pecho del otro á fin de que no pudiesen valerse de él para perseguirle, sube á caballo y empieza á correr á todo escape, burlándose de los gendarmes que le miraban huir y le hacian inútiles amenazas. Pero la mas triste figura era la que hacia el cuitado del recaudador. Gerónimo se llevaba el dinero mientras que él quedaba sin una blanca y en rehenes en poder de los gendarmes enfurecidos. Veremos mas adelante lo que sucedió por haberse dejado seducir por los consejos de un bandido. Gerónimo, pues, corrió á carrera tendida con el caballo del gendarme hasta que el pobre animal rendido al cansancio cayó y quedó en el sitio. Entonces nuestro ladrón se apartó del camino, y entró en un bosque para descansar y contar su tesoro. Este ascendia á 600 francos. Gerónimo jamás habia visto tanto dinero. Por un momento se creyó en estado de hacer frente á todos los sucesos posibles. Esta ilusion no duró mucho tiempo, pues mientras estaba contemplando todavia sus riquezas vió que se le ponian delante dos hombres de una figura espantosa que le pusieron

una pistola al pecho pidiéndole el dinero ó la vida. El pobre Gerónimo da un grito y cae de espaldas como si ya hubiese recibido cuatro ó cinco postas en la cabeza. Los dos salteadores le dieron ánimo diciéndole, no temas nada, no temas nada, de ti no queremos mas que los dineros, y no te haremos ningun daño. He, que diablos es eso señores? les dijo Gerónimo recobrando de su miedo. Yo siempre habia oido decir que los lobos no se comian unos á otros. Tengo el honor de ser de los vuestros y haceis una villanía en despojar á un compañero. Bien puede ser, ¿pero no has oido decir que los bienes robados no aprovechan? Pues vaya no andar con chanzas, repuso Gerónimo, os digo que soy de los vuestros. Aun no ha cuatro dias que iba vestido como vosotros. Este dinero es de una entrada de los cómicos de Chalons que yo he tenido la sagacidad de apropiarme. Soy gustoso de partirle con vosotros, pero no de dároslo todo. Pues bien dijo uno de los salteadores, si efectivamente eres de los nuestros, puedes alistarte en nuestra cuadrilla; vente con nosotros. De muy buena gana, señores y como soy, que creo que es lo mejor que puedo hacer.

Signió Gerónimo á los dos ladrones que le condujeron á lo mas espeso del bosque en donde estaban sus compañeros en número de siete ú ocho. Aquí os traemos un nuevo hermano, dijeron los facinerosos. ¿Es hombre que podamos fiar de él? dijo el que parecia ser gefe de la cuadrilla? Si, si, trae dinero al fondo.» «Venga en horabuena. Dame la mano camarada.

Tenemos pues, á Gerónimo metido en una cuadrilla de ladrones. Con esto ya no necesito decirles todo cuanto hizo durante los cuatro años que permaneció en ella sin ser descubierto. Llegó á ser uno de los mas hábiles de la cuadrilla. Dentro de muy poco tiempo conocieron que le daba el naípe para aquel oficio, y ocupó el empleo de atisbador, que este es el nombre que dan los ladrones al que envían delante, al efecto de descubrir si se puede hacer un buen lance. El se dirigia á una casa, se introducía en ella en calidad de criado ó con cualquier otro pretesto, robaba con una destreza asombrosa, y cuando era necesario, abría la puerta á sus compañeros.

Un día se preparaba para una expedicion, habiéndose introducido del modo que acabo de decir, en un palacio donde esperaba

hacer un lance soberbio. Quiso su mala suerte que viniese á comer en el mismo palacio un oficial sin que Gerónimo le conociese. Durante la comida el oficial observaba á Gerónimo que servia á la mesa con su toalla puesta al hombro. Despues de haber estado mirándole por algun tiempo gritó de improviso: este es un desertor y un ladron... detenedle. Gerónimo que al oír estas terribles palabras quedó tan aterrado como si hubiese sido herido de un rayo, tiró su toalla y se arroja hácia la puerta para huir, pero ya no puede vérificarlo. Le prenden, le encierran en un cuarto y van por la fuerza armada para que le conduzca á la cárcel.

Habia llegado ya el momento en que todo debia conspirar contra Gerónimo. Llegan dos gendarmes y uno de ellos cabalmente se acertó á ser el mismo en cuyo caballo habia huido nuestro bribon despues del robo de Chalons. Ya adivinarán Vds. lo demás, queridos amigos. Gerónimo es llevado á la cárcel, se le forma el proceso, se descubren sus delitos que no puede menos de confesar, y es condenado á galeras.

Pero no para aqui la cosa: no bien hacia ocho dias que se hallaba en Tolon, cuan-

do un galeote acercándose á él en el puerto, le mira de hito á hito por algunos instantes y en seguida cogiendo con ambas manos su bala da con ella, hechando un grito terrible, en el pecho de Gerónimo, al cual deja tendido á sus pies. Desventurado! dice, aqui te estaba aguardando para vengarme. A tí, á tus pérfidos consejos debo la desgracia de tener de arrastrar este instrumento de infamia y de dolor, y he querido también que fuese el instrumento de mi venganza. A no haber sido tú yo no habría sido un facineroso. ¡ Tu me hiciste cometer el primer delito induciéndome á robar la caja de los cómicos de Chalons, Mi último delito es un asesinato, pero si le he cometido, ha sido para libertar á la tierra de un monstruo,

Tal fué el fin de Gerónimo, despues de haber pasado sucesivamente por todos los grados del crimen. La venganza del cielo y la de las leyes, algunas veces tardan á llegar; pero tarde ó temprano alcanzan al delincuente que nunca puede evitarla.

He aqui un ejemplo bien terrible, dijo el cura, y que da márgen para hacer reflexiones muy serias. En efecto ofrece una

prueba de las verdades que he predicado esta mañana. Pero todo su auditorio de Vd. está contristado, mi querido Simon. Diganos en que vino á parar el buen Luis mientras que su hermano caminaba de este modo al precipicio. Este cuadro será mas consolador y mas grato que el que Vd. acaba de bosquejar.

O! Si, sin duda dijo Simon de Nantua, mas grato y mas consolador como van Vds á ver.

CAITUO. XXXVII.

Fin de la historia de los dos hermanos Marcelo, contada por Simon de Nantua; buena conducta y prosperidad de Luis.

Separado que se hubo Luis de su hermano se dirigió hácia Leon. Mientras que caminaba iba pensando en Gerónimo y sentia mil presagios funestos acerca de la suerte de este desventurado. En seguida reflexionando sobre su situacion decia ¿qué es lo que yo voy á hacer? despues que habré llegado á la ciudad, ¿qué recursos tendré? ¿Cómo haré valer la poca instruccion que tengo? No conozco á nadie que pueda protegerme, ni darme un medio para colocar-

me. Todo lo mas que puedo prometerme es entrar de criado en alguna casa; y esto me repugna un poco. Mucho mejor quisiera quedarme en un campo y meterme á labrador. Veo que los que tienen tierras no siempre saben sacar de ellas todo el partido posible. Con lo que sé, tengo bastante para aprender cosas útiles. Puedo estudiar los libros que tratan de agricultura. Si yo lograra aumentar las rentas de algun propietario tendria tal vez hecha la fortuna. A ver, ya lo he resuelto. No conviene emprender muchas cosas, es menester escoger una sola y aplicarse á ella enteramente. Si, pero ¿á quien podré dirigirme para poner en ejecucion este proyecto?

Hablando de este modo consigo mismo, llegó á una grande hacienda que contenia tierras de labor, monte y prados. Esto sí que haria grandemente para mi intento, dice: entra en la casa, se presenta al colono y sin preámbulos le pide si en su casa se necesitaba algun operario. No necesito mas que de un pastor, respondió el colono. Si este destino te acomoda, hijo mio, puedes entrar en mi casa. De muy buena gana, dijo Luis, ya puede Vd. tenerme por servidor suyo, y me esmeraré todo lo po-

sible á fin de que no le disgusten mis servicios. Así lo espero, amigo, dijo el colono.

Luis es puesto en posesion de su oficio y empieza á conducir el rebaño al pasto. Esta ocupacion no era muy de su gusto. Pero tomaba paciencia y decia: las cosas quieren principio. He hecho muy bien en aceptar este oficio, porque si le hubiese rehusado acaso habria dejado escapar la ocasion de hacer fortuna. Animo Luis, tú no estás destinado á ser pastor toda tu vida, házte útil y pronto serás necesario.

Lo que mas le afligía era el no tener dinero para comprar algunos libros. Discursó que podria ganarle ocupándose en labrar algunos juguetes, é hizo todo lo posible para no tener que llegar á su soldada la cual queria reservar para un fin en que fundaba muy grandes esperanzas. Por lo demás mostró tanto celo é inteligencia en cuidar el ganado que le habian confiado para que le guardase, que el colono no pudo ménos de notarlo. Jamás habia ninguna res enferma. Para conservarlas sanas, tenia siempre el corral limpio, y la pajaza renovada y bien puesta. Divulgóse esto de modo que Luis podia, si hubiese querido, colocarse en otro cortijo, pues no faltó quien le buscara y pro-

metiese un buen salario. Pero él había oído decir frecuentemente que siempre tiene mas cuenta el permanecer en el parage que uno se halla, que correr de una parte á otra. Además su corazon era demasiado reconocido para olvidar á aquel á quien debia el primer asilo que había encontrado.

Escribió tan pronto como le fué posible á su padre, dándole noticia de su situacion. Escribió igualmente á su respetable maestro, y le confió sus proyectos y sus esperanzas. No bien hubo recibido el buen cura la carta de su discipulo, cuando se dió prisa á enviarle tres ó cuatro libros de agricultura. La alegría que sintió Luis al recibirlos sería difícil de contar. Púsose á estudiarlos con calor, los llevaba consigo al campo y mientras que iba paciando el ganado, estudiaba sentado debajo de un árbol del mismo modo que un literato en su gabinete.

Al cabo de algun tiempo tuvo con el colono la conversacion siguiente.

EL COLONO.

Mi querido Luis estoy satisfecho de tí. Tú eres un muchacho extraordinario y te debo muchas obligaciones por el bien que

has hecho á mi ganado. Yo se que se te han hecho proposiciones ventajosas y que tú las has desechado. Esto lo has echo de movimiento propio el cual prueba que eres un buen muchacho. Pero yo no quiero que tu seas victima de tu delicadeza, y hago intencion de darte el mismo sobresueldo que te han ofrecido.

LUIS.

Quedo muy agradecido á los favores de Vd., señor Berthaud. Pero quisiera proponer cierto asunto.

EL COLONO BERTHAUD.

¿Cuál es, amigo mio?

LUIS

¿Hace Vd. confianza de mi?

EL COLONO BERTHAUD.

Mas de lo que puedes figurarte.

LUIS.

Pues yo se un medio para aumentar mucho las rentas de su cortijo de Vd. Permítame Vd. que por espacio de un año dirija sus labores. Por todo este tiempo no le

pido á Vd. por salario sino que me mantenga Vd.; y si yo salgo con la mia me dará V. lo que guste,

EL COLONO BERTHAUD.

¡Ola! ¿pero tú no adviertes, muchacho, que eres aun demasiado joven para...?

LUIS.

Luego Vd. no tiene confianza en mí.

EL COLONO BERTHAUD.

Válgame Dios; si.... pero....dejarte gobernar.....

LUIS.

Vd. velará sobre mí.

EL COLONO BERTHAUD.

Amigo mio, he aqui una cosa nunca oída; para mi será una maravilla. Consiento en lo que tu me pides.

LUIS.

Le prometo á Vd. que de aqui á un año, causará envidia á sus vecinos.

EL COLONO BERTHAUD.

Vamos, me fio de tí, ya ves que tu

instruccion y tu mérito me merece un buen concepto.

Tenemos ya desde ahora á nuestro Luis capataz de un grande cortijo. Ya se deja pensar cual seria su alegría al obtener el consentimiento de Berthaud. Tal era el grado de felicidad á que en menos de dos años le habia conducido su buena conducta.

Comenzó, pues, en seguida á cuidar de las tierras del colono Berthaud valiéndose de los conocimientos que habia adquirido en la agricultura. Pronto no hubo en todas las posesiones del cortijo ni eriales, ni barbechos, ni se trató mas de dejarlas descansar sin producir nada, sino de cultivarlas con cuidado, de sacar la mayor utilidad posible de ellas, y de emplear con industria, los mejores abonos. Hizo Luis prados artificiales que no eran conocidos aun en aquel pais. El colono Bertaud que hasta entonces habia seguido su antigua rutina, no las tenia todas con las tentativas del novel agricultor. Sin embargo ponía tal confianza en su talento que le dejaba hacer á despecho de su propio miedo y de las burlas y chofletas de los demás labradores de aquella comarca.

Pero despues que al cabo de un año vió

el buen éxito de lo que habia hecho Luis, y que la renta de su cortijo se habia aumentado en la tercera ó cuarta parte, se arrojó al cuello de Luis dándole un estrecho abrazo. Los demas labradores á su vez miraron esto con asombro y con no poca envidia. En su mano de Vds. está el hacer otro tanto y gozar de las mismas ventajas, les respondia aquel buen mocito. Vds. tienen una tierra muy fértil que les dará todo cuanto le pidan. No necesitan mas que saber sacar de ella todo el partido posible. Los mayores tesoros de la Francia consisten en la industria de los labradores. La agricultura puede hacer que nuestro pais sea el mas rico de la tierra. Si todos los franceses fuesen sabios volverian todos sus cuidados hácia este objeto, con lo cual tendrian adelantado mucho para ser poderosos y ricos. Aprendamos á aprovechar este fondo inagotable que la naturaleza nos ha legado, escuchemos los consejos que nos dan los hombres ilustrados y no sacrifiquemos nuestra fortuna á preocupaciones rancias y á rutinas añejas.

El colono Bertaud, no sabia como manifestar á Luis su agradecimiento. Al cabo del año de ensayo le dió un sueldo consi-

derable, la mayor parte del cual remitia Luis como buen hijo á su anciano padre, á quien de ordinario escribia, asi como al respetable cura á quien debia esta educacion, origen de su prosperidad. En esta situacion tenia un solo cuidado, á saber, el ignorar la suerte de su hermano Gerónimo; con todo era para él una dicha el ignorarla, puesto que el saberla le hubiera llenado de confusion.

Entretanto el colono iba ganando dinero y compraba tierras. Tenia una hija única que era muy linda. En el tiempo en que Luis entró de pastor en el cortijo, ella tenia unos catorce años y no le faltaba mas que alguna instruccion para ser un embeleso. Luis sintió una inclinacion hácia ella que su delicadeza no le permitió descubrir, pero logró que Berthaud le permitiese de enseñar á Anita lo poco que él sabia. Esta ocupacion hizo que para él fuese agradables todos los momentos desocupados que le dejaban los otros trabajos serios y la educacion acabó de hacer á Anita amable é interesante. Su agradecimiento hácia su maestro tenia alguna cosa tierna que ella misma no sabia entender. Pero el colono Bertaud que no era nada topo echó de ver

muy pronto la mútua inclinacion que sentian los jóvenes sin dárselo á entender.

Habia ya cinco años que Luis hacia prosperar la hacienda cuando un dia le dijo Bertaud: Luis: tu me has hecho servicios que yo no he podido recompensarte de otro modo que tratándote como á mi hijo. ¿Quieres serlo de veras? Mi hija te ama: tu la quieres y yo te la cedo.

Estas palabras volvieron á Luis casi loco de contento; fueron tantos los abrazos que dió al honrado Berthaud que faltó poco para que no le sofocase con ellos. No cabia en si de contento.

Poco trabajo costó el conseguir que aprobase este convenio. Anita, la cual ni siquiera supo ocultar el contento que le causó. Mandaron por el viejo Marcelo para que asistiese á la boda á la cual quiso tambien concurrir el cura. La fiesta se celebró con los mayores regocijos, nuestro querido Luis se hallaba en el colmo de la felicidad. Cuando tuvo á su padre en compañía no quiso consentir en dejarle volver, y Bertaud unió sus instancias á las de aquel buen hijo. Vamos, decia él, Marcelo, nosotros dos ya somos viejos, quedése Vd. en mi compañía, y los dos seremos testigos de la

dicha de nuestros hijos. Oirémos como se dirán palabras amorosas, y esto nos servirá de diversion trayéndonos á la memoria el tiempo en que fuimos jóvenes, mientras que por nuestra parte vaciarémos algunas botellas del mejor vino de mi bodega. A mas de que, tio Marcelo, no piense Vd. que es mi casa en la que va Vd. á quedarse, sino que los dos vamos á vivir en casa de su hijo de Vd., puesto que todo cuanto tengo, ya es de estos dos jóvenes quienes han de cuidar solos de ello de aqui adelante. Aseguro á Vd. que no podia dejarlo en mejores manos, y que su hijo Luis vale una india por su actividad y mérito.

El tio Marcelo tenia los ojos arrasados de lágrimas. Ya se deja entender que le vendria de perlas el poder vivir de este modo en la familia de Bertaud, y el curso de este acabó de persuadirle y acalló su delicadeza.

De este modo Luis á los 25 años de su edad ya se hallaba esposo de una hermosa muger, el apoyo de su padre, dueño de algunas fanegas de buena tierra, y colono de un escelente cortijo.

Con todo, en esta época fué cuando tuvo un grande sinsabor. El ruido de la muer-

te trágica de su hermano se extendió por todas partes y llegó hasta sus oídos. Yo no pintaré la consternacion y el dolor de toda la familia en el momento en que recibió esta triste noticia. Corramos un velo á este triste cuadro. El suceso terrible que he contado á Vds. fué la sola nube que turbó la dicha de Luis, bien que la turbó de un modo cruel. Pasó en silencio estos dias de luto y de vergüenza.

Luego que Luis se vió amo absoluto, tuvo mas valor para acometer nuevas empresas del que tenia antes, á causa de no tener ya que temer que nadie le contradijese. Cada año hacia nuevos esperimentos; la mayor parte de los cuales le salian tan bien como podia desear. De cuando en cuando iba á Leon donde habia adquirido conocimientos con algunas personas que se dedicaban á la agricultura. En la conversacion de estos hombres ilustrados se enriquecia con nuevas luces, y bien pronto por medio de los esperimentos que hizo, se grangeó el honroso concepto de un agricultor distinguido: muy á menudo recibia en su casa á sujetos de la ciudad y de aquellos contornos, que iban á visitar con interes sus hermosos plantios, sus prados y todas sus labores. Al cabo

de algunos años se halló considerablemente aumentada su fortuna. Entonces engrandeció su propiedad con nuevas adquisiciones, é hizo edificar una pequeña casa sencilla, pero muy hermosa y provista de todas las comodidades apetecibles, estableciéndose posteriormente en ella con su mujer, su padre, su suegro, y los dos hijos que ya tenia. Dificil seria de imaginar una dicha mas perfecta que la de Luis. ¿Y cómo podia dejar de ser feliz? Una mujer agraciada y digna de ser amada, buena esposa y buena madre, dos niños cuya educacion iba á formar una de sus mas tiernas delicias, su padre que debia la tranquilidad y el consuelo de su vejez á la piedad de un buen hijo; aquel excelente Berthaud que gozaba de toda esta felicidad que por la mayor parte era obra del mismo; qué objetos para un corazon como el de Luis! Añádese á esto la estimacion y el afecto de todos los que le conocian. Su casa era frecuentada de las personas mas distinguidas que tenian por honor el comer alguna vez en su mesa. En estas ocasiones cualquiera que fuese la calidad de los convidados, jamás el buen hombre Marcelo ni Berthaud dejaban los dos puestos de honor que les habia reservado

el respeto filial y no habia cuidado que nadie se hubiese atrevido á incomodarse de estos señales de veneracion que ambos padres recibian de sus hijos. Jamás olvidó Luis lo que habia sido antes de hacer fortuna, y lejos de procurar ocultarlo, habla frecuentemente de ello á los demás, aconsejándoles que siguiesen su ejemplo.

Regularmente seria esta la situacion de Luis en la última ocasion que le vió Vd. señor cura, pero ya que Vd. no sabe el resto de su historia voy á contarla.

Luis hizo grandes servicios á su pais contribuyendo con sus luces y ejemplo á los progresos de la agricultura, y su lugar con el tiempo, llegó á ser uno de los mas ricos de la Francia. Cuando quedó vacante el empleo de Alcalde, Luis fué generalmente designado para llenarle. En algun modo la opinion pública hizo que se le nombrase. Hecho Alcalde de su pueblo se mostró un magistrado íntegro é ilustrado, y su administracion fué un nuevo manantial de prosperidad para el pais. Le fué fácil hacer bien, porque todo el mundo estaba convencido que queria hacerlo, y cada uno por su parte procuraba coadyuvar sus esfuerzos.

En fin Luis ha obtenido, hace poco

tiempo, el mas grande honor á que puede aspirar un ciudadano honrado con la confianza de los habitantes de su departamento: ha sido encargado de representarlos en la cámara de los diputados; donde ha dado un bello ejemplo de patriotismo y de adhesion á los intereses del estado y del rey.

Sus hijos que han tenido el cuidado de educar en todos los sentimientos de honor y de probidad que él mismo ha profesado, dan las mas lisongeras esperanzas. El es un padre feliz porque ha sido un buen hijo, es rico porque ha sido laborioso y aplicado; goza de consideracion y honor, porque ha sido un buen ciudadano y útil á su pátria.

Vds. dirán que yo tambien predico, amigos míos, pero es menester que yo concluya del modo que he empezado, á mas de que pocos hay que muden de genio en mi edad. No puedo dejar de hacer todavía algunas reflexiones sobre la historia que acabo de contar á Vds. ¡Qué cosa mas preciosa puede haber que la educacion! ¡Y qué mayor desgracia que carecer de ella! Miren Vds. á Luis y á Gerónimo, la prosperidad del uno, la degradacion y el fin desastroso del otro. ¡O mis queridos amigos! Vds. tienen hijos, piensan algunas veces en

ellos. Vds. no tendrian ninguna disculpa si descuidasen la educacion de sus hijos cuando se les proporcionan todos los medios para poderse la dar. Procuren Vds. que sean temerosos de Dios, que respeten á las leyes y amen al prójimo. Los que tienen estos sentimientos jamás se pierden, y los que carecen de ellos con dificultad dejan de estraviarse.

Calló Simon de Nantua: todo el concurso que habia tomado un interés vivo en su relacion le dió muchas gracias, siguiendo todavía por algunos instantes la conversacion sobre las aventuras de los dos hermanos Marcelo; despues cada uno se fué á recojer llevando consigo materia acomodada para hacer reflexiones en la noche.

CAPITULO XXXVIII.

Conclusion.

Al dia siguiente por la madrugada nos despedimos de nuestro digno cura. Simon de Nantua sintió en el alma el tener que separarse de él tan prontamente, y al dejarle no pudimos menos de desear que todos los pastores se le pareciesen.

Seguí acompañando á Simon de Nantua

hasta Rennes, en donde le dejé á causa de tener que ir á París por asuntos propios. Mucho hubiera deseado poder correr con él los demás departamentos de la Francia, y ver como se habria portado con los de la Bretaña, de la Vendé, y con los habitantes de las orillas del Garona y de los hermosos campos de la Provenza. Pero me fué forzoso hacer este sacrificio. Con todo quedé con muchas esperanzas de poder volver á hacer en el año siguiente un viaje con Simon de Nantua, y él mismo manifestó que lo desearia muchísimo. Dímonos, pues, un tierno abrazo saludándonos mutuamente, y yo tomé el camino de París.

Despues de mi regreso me he ocupado en escribir esto y deseo, caros lectores, que mi libro pueda entreteneros en los ratos desocupados. Deseo sobre todo que os aprovecheis de algunos buenos consejos de Simon de Nantua. Ahora que le conoceis podeis pensar de cuando en cuando en él. Cuando os diere tentacion de alguna cosa que repruebe vuestra conciencia, representaos á vuestro Simon de Nantua, con su cabeza calva, sus ojos perspicaces, y sus grandes cejas blancas, y figuraos que os dice: poco á poco, poco á poco, daos una vuelta

á la lengua antes de hablar y antes de hacer alguna cosa, tomad tiempo para reflexionar que es lo que vais á hacer. El que mal hace mal acaba.

Cuando viereis que algun amigo vuestro va á cometer alguna mala accion decidle: Simon de Nantua aconseja hacer esto y evitar aquello; oid lo que dice Simon de Nantua. Creo, mis amados lectores, que si haceis asi os sucederá bien y debo decir que á mí por mi parte me ha sucedido bien y que muchas veces he pensado: Simon de Nantua tenia razon: gracias á Simon de Nantua.

Si yo echare de ver que os acontece otro tanto hos prometo daros noticia de mi segundo viaje para el cual no tardaré á partir. Entre tanto deseo, amigos míos, que seais sabios y felices. Yo ya soy anciano y no tengo muchas esperanzas de ver mejores tiempos, pero acaso vosotros lo vereis, vosotros si, lo vereis con tal que queráis. Educad á los jóvenes en los buenos sentimientos é inspirarles amor al trabajo. Por este medio vendrá un dia de prosperidad general en que todos los hombres serán felices y contentos; la miseria no tendrá sino algunas pocas víctimas á quienes

se podrá socorrer con mucha facilidad: los hombres se mirarán como á hermanos y ya no procurarán hacerse daño unos á otros; todos olvidarán sus propios intereses cuando traten de los de la patria. !O pueblo francés! ;O ciudadanos míos! á vosotros toca dar bellos ejemplos á las demás naciones. Vosotros les habeis dado el de valor, del esfuerzo y de la gloria; en el dia les estais dando el del honor, de la resignacion y de la dignidad en la desgracia: dadles tambien el ejemplo en la virtud, y este será vuestro mas bello triunfo y vuestra principal superioridad.

FIN.

TABLA

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE.

| | PAG. |
|--|------|
| CAP. I. Quien es Simon de Nantua. | 44 |
| CAP. II. Simon de Nantua va á la feria de Saint-Claude, en la que encuentra mercaderes, charlatanes, jugadores, y decidores de la buena aventura. | 15 |
| CAP. III. Simon de Nantua va al baile, habla de la destemplanza y cuenta una historia análoga al asunto. | 19 |
| Historia de Felipe. | 21 |
| CAP. IV. Simon de Nantua se enfada contra los que maltratan los animales. | 24 |
| CAP. V. Simon de Nantua da á conocer las ventajas de las escuelas en que los niños se instruyen unos á otros por la enseñanza mútua y cuenta la historia del caballero Paulet. | 28 |
| CAP. VI. Simon de Nantua conduce á la escuela á unos niños que malograban el tiempo. | 55 |
| CAP. VII. Simon de Nantua compone amigablemente á dos litigantes. | 38 |
| CAP. VIII. Razones que pasaron entre Simon de Nantua y un mendigo y | |

| | |
|---|----|
| buena leccion para los orgullosos y holgazanes. | 44 |
| CAP. IX. Simon de Nantua inspira resignacion y hace conseguir esperanzas á un viñador que estaba desalentado. | 49 |
| CAP. X. Sensibilidad de Simon de Nantua y buenos consejos que da con motivo de un fallecimiento y de un inventario. | 52 |
| CAP. XI. Grande satisfaccion que experimenta Simon de Nantua al hallar que sus buenos consejos habian hecho fruto. | 56 |
| CAP. XII. Simon de Nantua cuenta la historia de dos muchachas, de las cuales la una era laboriosa, y la otra desaplicada. | 61 |
| Historia de Catalina Gerbais | 61 |
| Historia de Nicolassita Michaud. | 64 |
| CAP. XIII. Simon de Nantua publica un bando sobre las ventajas y la historia de la vacuna. | 69 |
| CAP. XIV. Simon de Nantua contempla con emocion el cuadro que le ofrece un matrimonio feliz y virtuoso. | 76 |
| CAP. XV. Diferentes encuentros que hace Simon de Nantua en el camino | |

| | |
|---|-----|
| <i>real, y buenos consejos que da sobre diversos asuntos.</i> | 82 |
| CAP. XVI. <i>Simon de Nantua llega á un palacio, y se llena de indignacion, al ver la ingratitude de los criados para con sus amos.</i> | 91 |
| CAP. XVII. <i>Simon de Nantua pasa la noche en un cuerpo de guardia, donde tiene ocasion de decir lindas cosas acerca de la guardia nacional.</i> | 97 |
| CAP. XVIII. <i>Arenga que hizo Simon de Nantua á unos curiosos que corrian á bandadas á ver una ejecucion.</i> | 105 |
| CAP. XIX. <i>Simon de Nantua demuestra que el aseo no cuesta nada.</i> | 112 |
| CAP. XX. <i>Simon de Nantua concurre con sus potencias y sentidos á la fiesta del rey.</i> | 115 |
| CAP. XXI. <i>Simon de Nantua explica á un nuevo jurado, la naturaleza y la importancia de sus funciones.</i> | 122 |
| CAP. XXII. <i>Buena leccion dada por Simon de Nantua á los que creen en apariciones.</i> | 128 |
| CAP. XXIII. <i>Simon de Nantua anima al trabajo á unos pastores indolentes y perezosos.</i> | 154 |
| CAP. XXIV. <i>Sabios consejos que da</i> | |

| | |
|---|-----|
| <i>Simon de Nantua á unos electores que van á la junta electoral.</i> | 138 |
| CAP. XXV. <i>Reflexiones del compañero de Simon de Nantua sobre el respeto que se debe á los monumentos públicos.</i> | 145 |
| CAP. XXVI. <i>Simon de Nantua hace callar á unos hombres que se ocupaban en maldecir y les refiere un cuento</i> | 148 |
| <i>Anécdota del tio Paradis.</i> | 149 |
| CAP. XXVII. <i>Simon de Nantua arenga al pueblo acerca de la necesidad de pagar exactamente las contribuciones.</i> | 152 |
| CAP. XXVIII. <i>Simon de Nantua reclama contra los que tratan con poco respeto á los muertos.</i> | 157 |
| CAP. XXIX. <i>Simon de Nantua hace un encuentro que prueba que los golosos son castigados por la misma gula.</i> | 161 |
| CAP. XXX. <i>Simon de Nantua encuentra á un aprendiz conocido suyo, y que venia de correr toda la Francia.</i> | 167 |
| CAP. XXXI. <i>Simon de Nantua habla de la envidia y sostiene que los envidiosos ni engordan ni se enriquecen.</i> | 172 |
| CAP. XXXII. <i>Simon de Nantua dá á conocer las ventajas del nuevo sistema</i> | |

| | |
|---|-----|
| <i>de pesos y medidas.</i> | 177 |
| CAP. XXXIII. <i>Simon de Nantua presenta una aventura nocturna, en la que se ven los funestos efectos de la cólera.</i> | 181 |
| CAP. XXXIV. <i>Simon de Nantua va á la iglesia, canta en el facistol y oye el sermón de un cura que se acertó á ser un antiguo amigo suyo.</i> | 186 |
| CAP. XXXV. <i>Simon de Nantua come en casa del cura y en compañía de este, quiere probar con hechos la verdad de lo que el cura ha dicho, y cuenta una historia.</i> | 191 |
| <i>Historia de los dos hermanos Marcelo.</i> | |
| <i>Nacimiento y educacion de Gerónimo y de Luis.</i> | 194 |
| CAP. XXXVI. <i>Continuacion de la historia de los dos hermanos Marcelo, contada por Simon de Nantua: mala conducta y fin trágico de Gerónimo.</i> | 205 |
| CAP. XXXVII. <i>Fin de la historia de los dos hermanos Marcelo, contada por Simon de Nantua; buena conducta y prosperidad de Luis.</i> | 217 |
| CAP. XXXVIII. <i>Conclusion.</i> | 232 |

